CATHERINE BROOK



MATRIMONIO con un BASTARDO

Matrimonio con un bastardo
Catherine Brook

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 1

Desde que era una niña, Annie Mirren siempre supo dos cosas: su único deber era casarse y su futuro esposo debía ser un hombre que su padre considerase decente. No creyó que conseguirlo fuera un problema porque, al igual que cualquier niña, la idea del matrimonio y tener un hombre que la cuidara y la protegiera le causaba mucha ilusión, por lo que estaba dispuesta a hacer su mayor esfuerzo para encontrar un buen esposo. Sin embargo, los inconvenientes surgieron cuando su falta de atractivo, precaria posición social, dote limitada y escasas habilidades sociales redujeron sus propuestas a una por temporada, y esta, para mala suerte de Annie, siempre era de algún caballero al que su padre no consideraba digno para emparentar.

Y así pasaron tres temporadas. Annie se encontraba en el momento en que, si no conseguía esposo, sería considerada una solterona oficial. Debido a esto, su padre decidió salvarla de ese terrible destino y buscarle él un pretendiente adecuando. En cualquier otra circunstancia, Annie habría estado agradecida, pero, aunque sus pensamientos fueran los de una mala hija, no podía concebir la idea de casarse con el hombre que tenía en frente.

—Señor Clark —dijo su padre con la solemnidad que lo caracterizaba—. Ella es Annie, mi hija.

Annie hizo la reverencia correspondiente y extendió su mano para que el hombre la besara. Tuvo que contener una mueca de asco cuando sintió su contacto, y la retiró con rapidez, esperando que su gesto fuera visto como timidez y no como rechazo.

Al no ser ella una belleza, pues tenía los cabellos castaños claros de su padre y los rasgos más bien regulares de su madre, nunca se había atrevido a ser exigente en cuanto al físico se refería. Sabía bien que ser agraciado era una bendición que no todos tenían, y quienes no la poseían sufrían mucho por ello. Por esto, trataba de ser una mujer empática. Sin embargo, a pesar de su falta de atractivo, creía que se merecía algo mejor que un hombre que parecía una momia.

«Y si solamente fuera feo, podría tolerarlo», se dijo. Pero su único defecto no era la falta de belleza. De hecho, diría que ese era la menor de sus imperfecciones. El hombre que tenía frente a sí debía llevarle unos treinta años, y se decían de él cosas desagradables, como que había matado a su primera esposa. Según su padre, eran difamaciones de mentes ociosas a un hombre de carácter ejemplar. Ella, que iba a ser su esposa, no se atrevía a darle tal voto de confianza.

—He reservado un recinto privado para disfrutar del espectáculo —dijo el señor Clark.

Su padre asintió, no demasiado contento. En general, a su progenitor no le gustaba Vauxhall. Decía que eran unos jardines donde abundaban inmorales, y solo iban allí cuando personas importantes, y a las que sería una grosería rechazar, los invitaban. Como en ese caso.

A Annie le encantaba Vauxhall. Desde que lo vio por primera vez, el jardín con su lámpara de colores y exuberante vegetación le había parecido un espacio mágico. Si le preguntaban, bailar con un pretendiente frente a la orquesta sería todo un cuento de hadas. Lástima que acabara de perder toda esperanza de encontrar uno.

Bajó la cabeza para que nadie notara sus ganas de llorar. Su padre siempre decía que una buena mujer debía ser sumisa, así que su comportamiento no le extrañaría. Oh, cómo deseaba tener el valor para rebelarse a su futuro desdichado, pero si rechazaba esa oferta, su progenitor no la perdonaría. Y el destino de una mujer repudiada era peor que la muerte.

Los recintos privados de Vauxhall tenían una capacidad para doce personas, pero esa vez estaban solo ellos cuatro. Se sentó al lado de su madre, que no había dicho palabra desde que salieron de casa. Pocas veces lo hacía. A su padre no le gustaban las mujeres que hablaban demasiado, por eso Annie también solía guardar silencio.

Su «prometido» se sentó frente a ella, justo al lado de su padre. Annie de vez en cuando alzaba la mirada y lo encontraba observándola. No sabría nombrar la emoción en sus ojos, pero la hacía sentir muy incómoda, así que volvía a desviar la vista.

—Es usted una joven muy hermosa, señorita Mirren —dijo el señor Clark con voz ronca.

—Gracias —musitó sin emoción.

El cumplido no podía surtir efecto si venía de él. Considerando que era una momia, incluso una joven como ella debía de parecerle hermosa. Al menos tenía la juventud de su lado.

—Y está bien educada —dijo su padre con orgullo—. No como las damas de esta generación. Coquetean con descaro, visten sin pudor y solo tratan de llamar la atención.

Inconscientemente, Annie echó un vistazo al vestido que llevaba. Era de un azul pálido y le cubría hasta el cuello. Annie detestaba esos vestidos, no solo porque en un salón lleno de gente

le generaban mucho calor, sino porque, aunque su figura de por sí no tenía nada de notable, vestir así no la ayudaba a destacar. Sin embargo, su padre se había negado a financiar otro tipo de ropa. Una vez había mandado a devolver diez vestidos que habían pedido para su primera temporada solo porque le parecían indecentes.

—La juventud está perdiendo el rumbo, siempre lo he dicho —concordó el señor Clark—. Es bueno que usted y yo todavía apreciemos las buenas costumbres. Le aseguro que la descendencia que tenga con su hija será bien educada.

Annie se estremeció solo de pensar en tener hijos con ese hombre. Ni siquiera estaba segura de que pudiera. No conocía bien el proceso reproductivo, pero si una mujer perdía fertilidad con la edad, el hombre también, ¿no?

—Incluso se atreven a cuestionar la eternidad del matrimonio —continuó el señor Clark, esta vez mirando a un punto detrás de ella—. No puedo creer que venga hacia nosotros. ¡Qué descaro! Sabe que no le dirijo la palabra.

Sin poder evitarlo, Annie giró para buscar al responsable de tanto disgusto. Vio a un hombre alto, de cabello castaño oscuro y contextura delgada que se acercaba a ellos. Estaba segura de no haberlo visto nunca, pues sus rasgos, más mediterráneos que ingleses, serían difíciles de olvidar. Sintió la necesidad de seguir observándolo, pero sabía que, si lo hacía, su padre la regañaría, así que volvió la vista hacia la mesa y bajó la cabeza.

—Espero, señor Mirren, que no tome en cuenta mi parentesco con él. Avergüenza a la familia y no comparto sus ideas —prosiguió el señor Clark con evidente desprecio a quien fuera el desconocido que pronto llegaría a ellos.

—No se preocupe —dijo su padre—. Sé bien lo que es tener sobrinos que nos avergüenzan.

Annie contuvo una mueca ante la mención indirecta a su prima, Charlotte. Se la habían encontrado cuando estaban llegando a Vauxhall, e iba acompañada de su reciente prometido, lord Leinster. Annie recordaba el día en que su padre se había enterado de ese compromiso. Casi había explotado de la ira. Lord Leinster tenía reputación de granuja, y en palabras de su progenitor, su tío debía estar loco para permitir un matrimonio así. Cuando se encontraron a Charlotte, no había perdido oportunidad para mostrarle su desacuerdo, y, para desgracia de todos, Leinster no había sido amable, lo que dejó de mal humor a su padre.

Annie esperaba que al menos Lottie fuera feliz. No la había tratado demasiado, pero le agradaba, y sabía que también llevaba mucho tiempo buscando esposo. A lo mejor el conde no era el mejor partido, pero al menos era apuesto y de naturaleza liberal. En cambio, ella se casaría con un anticuario que daba indicios de ser aun más estricto que su padre.

—Ah, los sobrinos desconsiderados, qué situación tan terrible —dijo una voz gruesa a sus espaldas, que hizo que Annie tensara los hombros y se congelara por la frialdad de su tono—. Hay familiares muy despreciables, sobre todos aquellos que juzgan pecados ajenos en lugar de centrarse en los que ellos cometen con toda deliberación. Tío, qué gusto encontrarte por aquí.

El recién llegado se movió lo suficiente para que Annie pudiera ver con disimulo su rostro. Esbozaba una sonrisa falsa mientras sus ojos color ámbar miraban con desprecio al hombre que sería su esposo. Era apuesto, pero el veneno de su mirada y la

tensión de su cuerpo advertían que también era alguien peligroso. No era tan delgado como pareció en un principio. Debajo de la ropa se evidenciaban músculos bien formados, que solo podían obtenerse practicando alguna clase de deporte. Todo en él daba la impresión de un animal furioso a punto de atacar.

Como el señor Clark no respondió, el desconocido continuó:

—Pero ya que te he encontrado, me gustaría darte un consejo. Me enteré que contrataste a unos lacayos que antes estaban sirviendo en mi casa. Ten cuidado, tienen malas manías. Hace unos días los encontré humeando en el cuarto de mi madre.

Claramente había un mensaje implícito en su comentario, porque el señor Clark tensó los hombros.

—Lo tomaré en cuenta —respondió con sequedad.

—Por suerte, no se llevaron nada —continuó el desconocido como si su tío no hubiese hablado—. Ahora bien, tampoco estoy seguro de qué buscaban. No había allí nada que pudiera interesarles.

—Si eso es todo, Montrose…

Entonces, Annie supo quién era. ¡El vizconde de Montrose! Una paria social con la que era difícil toparse, pero todo el mundo conocía su escandaloso pasado. No solo se rumoreaba que era un hijo bastardo, sino que el divorcio de su primera esposa había causado revuelo. El hombre movió cielo y tierra para poder separarse y dejó parte de sus arcas en ello. Estas, sin embargo, estaban lejos de estar vacías, por lo que todavía algún anfitrión arriesgado lo invitaba a su casa por interés.

No entendía cómo su padre pudo comprometerla con un hombre que estaba relacionado a un personaje tan despreciado.

—¿Me echas, tío? Eso dice mucho de la educación que tanto pregonas. Al menos preséntame a tus invitados.

Era evidente que se divertía teniendo el control de la situación y que sacaría el máximo provecho de eso. Annie se sintió más nerviosa que antes.

El señor Clark se aclaró la voz.

—Él es el señor Mirren —dijo sin mucha emoción, señalando con la cabeza a su padre—. Ella es su esposa, la señora Mirren, y la señorita Mirren, mi prometida.

El vizconde fijó los ojos en ella con interés y Annie se sintió más pequeña que nunca. Tenía una mirada muy penetrante, de esas que emanaban autoridad y prometían despedazar a quien se interpusiera en su camino.

—Había escuchado que te volverías a casar, pero tu prometida me ha dejado sorprendido. Por favor, tío, si esa mujer es más joven que yo. ¿Cuántos años tienes, niña?

Annie abrió la boca para responder, pero una mirada de reojo a su padre hizo que recapacitara a tiempo. Cerró la boca y bajó la cabeza, incapaz de soportar la presión que esas monedas de oro tenían sobre ella.

De pronto, sintió unos dedos sobre su barbilla que ejercieron presión para levantarle el mentón. Jadeó sorprendida, y, de nuevo, quedó presa de sus ojos dorados. Sin embargo, esta vez la observaban con suavidad persuasiva. Querían ganarse su confianza para que hablara.

—¿Acaso eres muda, niña? ¿O te da miedo tu padre?

—Suelte a mi hija —gruñó su padre, furioso.

Lo sintió levantarse de su silla, pero ella no lo miró. Estaba prendada de los ojos del vizconde. Podía haberse zafado sin quisiera, pero no lo hizo. Algo más fuerte que la razón se lo impedía.

—La dejaré en paz cuando me responda.

—Veintidós, tiene veintidós —respondió su madre, a su lado. Sonaba muy nerviosa.

—Quiero que lo diga ella —dijo el hombre sin ceder ni un poco—. Vamos, vamos, no eres muda, ¿verdad?

Annie tuvo que buscar su voz en lo más profundo de su garganta, porque sentía que había olvidado cómo hablar.

—Tengo veintidós —dijo en un susurro ronco.

—Veintidós años —repitió él y se alejó de inmediato. Ella no se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta ese momento—. Si mal no recuerdo, tío, tu cumpliste sesenta hace poco. Si gustas saber mi opinión, es una diferencia considerable.

—No te importa con quién me caso —espetó el señor Clark, muy molesto—. Necesito herederos. Solo una mujer joven puede dármelos.

El desconocido esbozó una sonrisa maliciosa.

—Pero para que la mujer conciba, necesita un hombre que pueda responder. No te ofendas, tío, pero creo que no estás en capacidad para cumplir ese rol.

El señor Clark se levantó con tanta brusquedad que casi tumba la silla. Annie se sobresaltó y se abrazó a sí misma. Conocía esos arranques violentos. Eran tan similares a los de su padre.

—Lárgate, Montrose.

—Me voy, me voy —dijo el hombre con tranquilidad, como si sus comentarios no hubieran llevado la discordia al recinto—. No se

te olvide mi consejo, tío. A las alimañas no se les tiene piedad.

—Estoy de acuerdo —respondió el señor Clark con mirada desafiante.

Pareció una eternidad el tiempo que ambos se quedaron observándose con atención. La tensión llenó la estancia y Annie sentía que en cualquier momento se irían a los golpes. Para fortuna de todos, el vizconde se giró. Parecía que iba a marcharse, pero antes de hacerlo, centró sus ojos en ella.

—Pobre criatura —le dijo—. Él te destruirá.

Sin comentar más, se marchó. Annie comenzó a temblar y tuvo que respirar hondo para poder tranquilizarse. A su lado, su madre también estaba muy nerviosa. Los caballeros volvieron a tomar asiento y sus expresiones eran igual de funestas.

—Pido disculpas por el comportamiento de mi sobrino —dijo el señor Clark—. Le aseguro que no es una presencia grata en mi casa, y un episodio así no volverá a acontecer.

Su padre se apresuró a decirle que no lo culpaba, pero Annie no podía dejar de pensar en las palabras que le había susurrado antes de marcharse.

«Él te destruirá»

La sinceridad en su voz le dio la certeza de que sería cierto. El vizconde sabía cosas que la sociedad solo rumoreaba. Su instinto de supervivencia se activó. Annie nunca había tenido que tomar decisiones difíciles, y las que tomaba, jamás iban en contra de los deseos de sus padres. Pero en ese momento, tomó una decisión de la que no pensaba retractarse: no iba casarse con ese hombre y no importaba lo que tuviera que hacer para evitarlo.

Capítulo 2

Jonathan Clark, vizconde Montrose, se recostó en el árbol ubicado en un sitio alejado de la orquesta, esperando que la sombra lo protegiera de miradas indiscretas y comentarios curiosos. Puesto que ya había conseguido el objetivo que lo llevó allí, podía marcharse, pero salía tan pocas veces a sitios públicos que quería aprovechar un rato más de la música y los espectáculos proporcionados por los increíbles jardines.

Quizás eso aplacara su mal humor. Aunque lo dudaba.

Apretó los puños al recordar la conversación con su tío. No lo había dicho en ningún momento, pero esperaba dejarle claro que no pensaba dejar que siguiera entrometiéndose en su vida.

Sin embargo, él lo seguiría haciendo. Jonathan era muy consciente de eso.

Soltó un resoplido solo de pensar en lo que le esperaba. En general, su vida nunca había sido fácil desde que, cuando era joven, se había corrido el rumor de que era un bastardo hijo de un amante extranjero que tuvo su madre. Si había algo que la sociedad no perdonaba, era la ilegitimidad y la violación a la pureza de la sangre, y si tener una madre extrajera ya era de por sí cuestionable, la posibilidad de que ni siquiera tuviera sangre inglesa era imperdonable. No se había, por supuesto, podido demostrar nada, y la incapacidad de hacerlo hacía que todavía algunos pudieran tolerarlo en sus reuniones. No obstante, pasaron los años, más cosas sucedieron, y Jonathan ya no era un rostro grato en la alta sociedad. No necesitaba que su tío estuviera empeñado en desenterrar el pasado para poder quedarse con su título.

—Una pérdida de tiempo —musitó.

Quitarle a alguien un título, sobre todo cuando los involucrados en su concepción estaban muertos, era una gran pérdida de tiempo. Iniciar un proceso legal de ese estilo requería mucho dinero y pruebas sólidas. Su tío tenía algo de lo primero, y era evidente que buscaba con desespero lo segundo. No parecía importarle lo desgastante que podía resultar el proceso, no cuando la recompensa era el poder que traía consigo ser un par inglés.

—Si por mí fuera, se lo regalaría —dijo en voz baja.

Ser un vizconde no le había traído más que problemas. Todos esperaban algo de él, y por cumplir expectativas, cavó su propia tumba. El dinero era lo único que evitaba que sus pares le escupieran a la cara.

—Un mundo lleno de hipócritas.

Paseó su vista por el lugar con aburrimiento. Todos reían, charlaban y bailaban como si se amasen entre sí, cuando lo más probable era que hubiera envidia, odio y rencor tras esas fachadas de sonrisas. Así funcionaba el mundo. No podía mostrársele al otro lo que se sentía porque no era educado. No podían decir la verdad porque era insultante y, sobre todo, no podían ir en contra de las normas escritas porque era pecado.

Como si no hubiera otros con pecados aún mayores.

Su vista se fijó en la joven que pronto se casaría con su tío. Estaba sentada al lado de su madre, sola y con la mirada baja. No había que ser muy inteligente para adivinar que era una muchacha sumisa, desesperada por casarse y con poco carácter. Sintió pena por ella, no solo porque una mujer joven siempre era desdichada al lado de un hombre mayor, sino porque el carácter de su tío

terminaría por destruirle el espíritu, si todavía que le quedaba algo de eso. El señor Clark nunca había sido un hombre amigable. Desde hacía años, John fue testigo del trato despectivo que le daba a su primera esposa, humillándola cuando no hacía algo bien e incluso tratándola con cierta rudeza al momento de tocarla. Jamás vio un golpe en ella, pero sabía que debía tenerlos. Y la muerte de esta, una caída accidental del balcón, no podía menos que cuestionarla. No le desearía un esposo como ese ni siquiera a su ex mujer, y ya era decir demasiado.

De pronto, alzó la vista y sus miradas se encontraron. Fue solo un segundo, pero bastó para que Jonathan sintiera curiosidad por ella. No era una joven fea, aunque tampoco podría decir que se trataba de una belleza. Parte de su atractivo quedaba oculto por ese peinado restringido y vestido que dejaba poco a la imaginación. Estaba seguro de que, pese a su edad, posible falta de dote y pocas habilidades sociales, podía conseguir como esposo algo un poco mejor que su tío, así que no pudo menos que preguntarse cómo habría terminado allí.

«No es tu problema», se dijo. Pero no pudo dejar de observarla. Se veía tan pura, tan casta… Jonathan había conocido a muchas mujeres que fingían esas cualidades para atraer caballeros, pero en ella parecían naturales. Un alma pura a punto de ser destruida.

O un alma destruida a punto de vivir un infierno diferente.

Ambas opciones eran válidas.

Ella alzó la vista en varias ocasiones, pero la desviaba con rapidez. Jonathan empezaba a sospechar que no eran encuentros casuales. Observó cómo su mamá le decía algo y ella se enderezaba

en la silla. Volvió a mirar hacia él, y como un desdichado condenado a muerte, se levantó. Al salir del recinto, miró hacia ambos lados, temerosa de que la estuvieran vigilando, cosa que dudaba. Había visto al padre de la joven alejarse con su tío hacía poco, y por el camino que tomaron, tendrían una conversación larga. La joven empezó a caminar con cautela. Tardó en comprender que se dirigía hacia él.

—¿Qué diablos…? —musitó justo en el momento que ella se detuvo frente a él.

Ella bajó la cabeza, como si fuera incapaz de sostenerle la mirada, y sus manos empezaron a arrugar el vestido con nerviosismo. Le recordaba a un corderito a punto de ser devorado por un depredador.

—¿Por…? ¿Por qué dijo que él me destruirá? —preguntó ella por fin, su voz casi inaudible.

Él quiso responderle que se había equivocado, que no la destruiría porque ella ya estaba destruida, pero no deseó apresurarse en su juicio. Sin duda, tenía las características sumisas que le gustaban a su tío. Sin embargo, que se hubiera atrevido a llegar hasta él le daba información que antes no había contemplado.

—Disculpe, temo que no la escuché.

Quería ver hasta dónde llegaba su valor. A Jonathan siempre le había gustado molestar a los demás, retarlos, ver en qué punto se quebraban. Las personas enfadadas mostraban su verdadera naturaleza. Ojalá lo hubiera sabido antes de casarse.

Ella respiró hondo, como si intentara aferrarse a un valor que la había abandonado.

—¿Por qué dijo que él me destruirá? —volvió a preguntar, esta vez más alto.

Jonathan sonrió. Entonces, todavía había algo de espíritu que salvar.

—¿No ha escuchado lo que le pasó a su primera esposa?

—¿No son solo rumores? —preguntó con voz ahogada.

—Míreme —ordenó, cansado de que ella observara el suelo, como si él no fuera digno de ser mirado a los ojos.

Ella alzó la vista con lentitud. Tenía unos preciosos ojos del azul al amanecer, grisáceos. Claros y puros, como el agua de un manantial virgen. Retrocedió, sorprendido por lo hipnotizante que le resultaban.

—¿No son solo rumores? —volvió a preguntar ella, desesperada.

—Si quiere saber si la mató, no lo sé. Pero sí le puedo asegurar que su trato hacia la antigua señora Clark era degradante. Mi tío nunca ha sido un hombre amable.

Ella empezó a temblar y él temió que tuviera un ataque de histeria allí mismo. Sin duda, no sería prudente. Aunque estaban en un espacio oculto de miradas curiosas, atraería demasiado la atención.

Ella empezó a murmurar palabas inteligibles mientras jugaba con sus manos y movía la cabeza de un lado a otro, como si buscara algo. Finalmente, centró los ojos en él. Era una mirada tan decidida que él sintió que estaba observando a otra persona.

—Tiene que ayudarme —musitó.

—¿Se ha vuelto loca?

Annie se dijo de que había muchas probabilidades de que sí, pero si se casaba con el hombre al que le habían prometido, tendría un destino peor que vivir sin juicio. Miró hacia atrás, a donde estaba su madre, quien había salido del recinto y se había ubicado a una distancia prudencial de ellos. Le había sorprendido que, cuando la atrapó mirándolo, la hubiera instado a ir. Su madre no era una mujer de muchas palabras, así que no le había explicado sus razones, pero Annie supuso que comprendía su desespero y por eso se ofreció a cubrirla.

No había estado segura de qué quería conseguir hablando con ese hombre, y aún no lo estaba. Solo quería respuestas, y estas le habían disgustando tanto que entró en un desespero mayor por liberarse de ese compromiso, donde su único aliado posible era ese hombre que la observaba con incredulidad.

—Yo no me quiero casar con él —confesó.

—Me hubiese sorprendido si hubiese dicho lo contrario —respondió él con sequedad.

Su indiferencia la inquietaba. Sentía que ese caballero tenía el corazón hecho de piedra, y no habría manera de que sintiera empatía por su causa.

—Hable con mi padre —rogó—. Cuéntele que es no un buen hombre. Él no ha querido hacer caso a los rumores, pero si usted, que es una fuente cercana se lo dice, quizás…

—No conozco a su padre, señorita Mirren, pero he visto lo suficiente para saber que nada de lo que yo le diga lo hará cambiar de opinión. Por si no recuerda, no soy un ejemplo de buena moral. Ni siquiera debería estar hablando conmigo.

Annie lo sabía muy bien. Sin embargo, estaba lo suficientemente desesperada para tomar el riesgo, y escucharlo afirmar que no la ayudaría hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas.

¿Por qué?, se preguntó. Ella siempre había sido una niña buena y obediente. ¿Por qué su padre la comprometía con ese hombre? Estaba segura de que alguno de los partidos que pidieron su mano en temporadas pasadas podría haber sido una buena opción. ¿Por qué no la había dejado casarse entonces? ¿Por qué la condenaba a eso?

Las lágrimas inundaron sus ojos y empezaron a salir sin permiso. La expresión del vizconde se ablandó, aunque solo por un momento, como si fuera algo que no pudiera permitirse.

—Nadie la puede obligar a casarse si no quiere —le dijo él de mala gana—. Es su vida, su decisión. Lo que digan los demás no debería importarle.

—Es fácil para usted decirlo —replicó ella sin pensarlo, guiada por la frustración—. Es hombre. Puede divorciarse y lo seguirán saludando, pero yo ¿qué opciones tengo? Si rechazo este matrimonio, mi padre me castigará. Posiblemente me mandará a Francia a algún convento, o me encerrará en la pequeña casa que tenemos en el campo sin dejarme ver a mi madre. Una mujer sin un hombre que la proteja no tiene futuro.

Muy tarde se dio cuenta de que todo lo que había dicho y lo impertinente que había sido. Se sonrojó y bajó la mirada, avergonzada por su exabrupto. No era propio de ella perder el control de esa manera.

Él se acercó hasta que ella sintió su presencia a pocos centímetros.

—Así que al corderito todavía le queda algo de valor, quién lo diría —dijo con burla—. Debe haber una solución, niña. Utiliza esas energías para encontrarla.

—No la hay —sollozó—. Lo único que podría salvarme es que mi padre cambie de opinión.

—O cásate con alguien más —propuso él con tranquilidad, como si fuera una opción lógica—. Seguramente habrá un caballero enamorado de usted que quiera hacerse el héroe y huir a Gretna Green para salvarla de ese terrible matrimonio.

Annie pensó que, si hubiera un caballero así, ni siquiera estarían teniendo esa conversación, pero se cuidó de decirlo.

—Si me caso sin permiso de mi padre, no tendré dote. No soy demasiado agraciada ni mi posición social es atractiva —dijo con calma—. Solo alguien desesperado se casaría conmigo.

Y los caballeros nunca estaban desesperados. Ellos siempre tenían ventaja al momento de elegir. Los únicos que podían estar angustiados para no tomar en cuenta las cualidades de una esposa serían aquellos en quiebra, e incluso así exigirían una mujer con dote alta. No había ni un solo caballero que no tuviera otra opción…

De pronto, los ojos Annie se abrieron y se fijaron en el hombre que tenía en frente. Era consciente de que la idea que se estaba formando en su cabeza era una completa locura, pero, a su vez, tenía todo el sentido del mundo. Cualquier otro caballero tenía otras opciones. Cualquiera excepto un repudiado social.

—Si estás pensando lo que creo que estás pensado, ni siquiera lo consideres —advirtió él, leyendo en sus ojos su objetivo.

—Por favor —suplicó—. Usted no tiene herederos, los necesita.

—No lo creo.

—Los herederos siempre son necesarios para afianzar el linaje —dijo con cautela.

Él no lo replicó, y ella guardó la esperanza. No lo había dicho explícitamente, pero sabía que él estaba pensado lo mismo que ella. Dada su precaria posición social, un heredero que mantuviera un linaje siempre sería bien recibido, sobre todo cuando el que se disputaba el título podría no tenerlos nunca. Quizás no sirviera demasiado para ganarse el aprecio de la sociedad, pero sí podría llegar a aligerar las tensiones.

—Puedo tenerlos cuando quiera —dijo con fastidio.

—Ninguna mujer respetable se casará con usted.

Apenas dijo las palabras, se arrepintió. Había sido grosera y lo sabía, y no estaba en su naturaleza serlo.

Bajó la mirada.

—Lo siento —musitó, avergonzada.

Él, de nuevo, le tomó la barbilla y la obligó a levantar la cara. Su expresión era dura, pero había algo más en ella que Annie no supo descifrar.

—A lo mejor no quiero volver a casarme, corderita impertinente.

Estaba tan cerca que no tuvo tiempo de prestarle atención al apodo. Dios se apiadase de ella, ¿en qué había estado pensando al sugerirle un matrimonio entre ambos? No conocía a ese hombre, pero algo le decía que era aun más peligroso que su prometido.

Dio un paso hacia atrás. De reojo, notó que su madre se acercaba, así que supuso que su padre también.

—Lo lamento… yo…

¿Qué iba a decirle? Estaba muerta de vergüenza, y todo el valor que pudo haberla llevado a hacer esa propuesta desapareció. ¿En qué estaba pensando? Quiso encogerse hasta desaparecer. En su lugar, dio media vuelta y se marchó. Había dado ya varios pasos cuando su voz le llegó como el susurro del viento.

—Lo pensaré.

Annie quiso creer que se lo había imaginado, o que tal vez había escuchado un retazo de alguna otra conversación. No quería pensar que él de verdad lo consideraría porque estaba arrepentida de ese impulso de rebeldía. No se imaginó lo que le haría su padre si se enterase. Él jamás aceptaría ese matrimonio.

Cuando llegó al lado de su madre, ella la tomó del brazo y, sin decir una palabra, regresaron al recinto. Su padre volvió justo dos minutos después, muy sonriente y en compañía del señor Clark, quien le mostró una sonrisa desdentada.

Annie sintió asco. Sin poder evitarlo, recordó la sonrisa burlona del vizconde, cuyos dientes parecían tallados en mármol fino.

«Casarte con él sería una locura, Annie», se recordó.

Y, sin embargo, la parte más irracional le hizo pensar que no hacerlo, siendo su otra opción el señor Clark, sería una insensatez mayor.

Capítulo 3

—Le pedí que se casara conmigo —le comentó Annie a su madre mientras esta le trenzaba el cabello—. O al menos lo insinué. Fue una tontería, lo sé. Estaba muy desesperada. Me asusté cuando me confesó cómo el señor Clark trató a su primera mujer. Me dijo que no era un hombre amable.

—¿Y qué te respondió? —preguntó su progenitora, con calma.

No sabía exactamente qué reacción esperaba de su madre, pero que respondiera no había sido una. Desde hacía años su madre y ella tenían una relación extraña. Annie se sentía en la libertad de contarle todo lo que la acongojaba, pero la dama pocas veces respondía. Cuando era niña, recordaba a su progenitora un poco más enérgica; jugaba con ella, le daba consejos y era una madre cariñosa. Con los años, los continuos regaños y restricciones de su padre la volvieron un cascarón vacío, como si le hubieran ido succionando el alma poco a poco. Salía solo cuando era necesario, hablaba cuando se requería una respuesta obligatoria, y nunca sonreía. Si no hablaba, no podía hacer nada mal, y su padre no tenía razón para castigarla. Annie también había aprendido esa lección.

La única costumbre que mantenían desde hacía años era esa: trenzarle el cabello. Nada más tenían una doncella para las dos, pero su madre siempre la despedía en las noches y se dedicaba, en silencio, a hacerle las trenzas. Se quedaba hasta que Annie se acostaba y después se marchaba. Si no fuera por esos momentos, Annie olvidaría que también tenía una madre con la que podía desahogarse. Al contrario que su padre, su madre nunca la juzgaba, ni la delataba con su progenitor. Solo escuchaba. Ella hubiera

deseado que también le diera consejos, pero era demasiado pedir a la vida, así que se conformaba con lo que obtenía, porque si la privaba también de eso, enloquecería.

—Que era impertinente, y que quizás él no quería volver a casarse.

Omitió mencionar la última frase, porque se había convencido a sí misma de que no la había dicho él. De hecho, reflexionando sobre el tema, concluyó que era lógico que no deseara volver a contraer matrimonio. Era un hombre divorciado, y solo había una razón para que la Cámara de Lores y Comunes aprobara un divorcio: infidelidad de la esposa. Annie no sabía la historia, pero dada esa experiencia, sería ilógico que considerara pronunciar los votos frente al altar otra vez.

—Es mejor así —continuó—. No fue una buena idea. A lo mejor el señor Clark ni siquiera es tan malo. Es decir, es evidente que entre ellos hay conflictos, así que tal vez solo exageró un poco. Uno nunca habla bien de alguien que no le agrada, ¿verdad?

Su madre no respondió.

—Además —prosiguió, ignorando el nudo en su garganta—, un hombre maduro siempre

es buen esposo, por la experiencia. Es verdad que no es apuesto, le faltan dientes y estoy segura de que lleva un peluquín, pero… pero quizás no sea tan malo, es decir, a lo mejor no tenemos muchas cosas en común, como dijo Leinster hoy, y tal vez en unos años me toque cuidarlo. Sin embargo, hay futuros más desdichados, ¿no crees?

Annie ya no pudo evitar que su voz sonara ahogada y que las lágrimas bajaran por sus ojos. Esa noche habían ido a cenar a casa

de su tío, el vizconde Hereford. Por alguna razón, su padre había decidido intentar convencer a su hermano de que ese sería un terrible matrimonio, pero lo único que había conseguido era que Leinster le dijera crueles verdades, como que estaba a punto de mandar a su hija a la desdicha si seguía adelante con el compromiso. Annie se sintió más frustrada que nunca, y todo argumento que se había dicho la noche anterior respecto a que podría no ser un matrimonio tan malo desapareció. Estaba más convencida que antes de que sería desdichada, pero quizás, si se repetía con frecuencia lo contrario, lograra mitigar su congoja.

—Además, entre el señor Clark y lord Montrose, este último tampoco es mejor opción. Un posible bastardo, que además es divorciado. Vamos, madre, creo que incluso tú tendrías algo que replicar ante tan cuestionable partido. Deberías decirme que me volví loca al proponerle matrimonio, y que debo aceptar mi boda con ese señor que podría ser mi abuelo porque es lo que mi padre cree que es mejor para mí. Dímelo, anda, dímelo.

Rompió a llorar sin poder evitarlo. Para su sorpresa, su madre le rodeó los hombros con los brazos a modo de consuelo. Annie lloró como lo haría una niña pequeña y su madre la consoló todo lo mejor que podía.

—Todo estará bien —musitó, tan bajo que incluso creyó habérselo imaginado.

Cuando Annie se calmó, su madre la instó a que se acostara y luego salió de la habitación. Escuchó el sonido de la llave al ser pasada y suspiró. Jamás había entendido por qué su madre la encerraba todas las noches en su habitación. No era como si pudiera escapar, y si resultaba inoportuno si le daba hambre cuando tenía

insomnio. Pero era una costumbre que venía siguiendo desde hacía unos quince años. Se lo había preguntado varias veces, pero ella no le respondía, así que terminó por no insistir más.

Dio varias vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Intentaba resignarse a su futuro, pero era difícil hacerlo cuando este era tan desdichado. ¿Por qué? ¿Por qué la vida tenía que ser tan injusta? Ella siempre había sido buena hija. Nunca alzaba la voz porque sabía las consecuencias, no se rebeló cuando le ordenaba cómo vestirse y era siempre obediente ¿Por qué la castigaba con ese matrimonio?

Golpeó la almohada con frustración.

Los buenos nunca obtenían lo que deseaban, y esa era la triste realidad.

Desolada, cedió al sueño, lamentando que no pudiera ser eterno.

Jonathan estaba en su despacho, fumando un puro, mientras revisaba los papeles de su último negocio. Le estaba siendo difícil concentrarse, debido a que desde hacía dos días su cabeza volvía una y otra a la joven de ojos de cordero que lo había asaltado en Vauxhall.

Su propuesta aún lo sorprendía, pero no tanto como el hecho de que hubiera llegado a considerarla.

«Lo pensaré», le había dicho. Aunque su intención era ser más bien sarcástico, la frase había salido con naturalidad, como si de verdad fuera a hacerlo.

Y vaya que lo había hecho.

Desde el divorcio, Jonathan ni siquiera había contemplado la posibilidad de volver a casarse. La humillación que Camille le causó no era algo que quisiera volver a repetir, y sabía que las mujeres de la alta sociedad no eran muy diferentes entre ellas, ni siquiera cuando eran extrajeras.

Sin embargo, por un efímero momento, había cedido a sus argumentos y lo había pensado, simplemente porque algo le decía que ella era diferente.

No obstante, tampoco podía meter las manos al fuego por ella. Quizás la corderita aparentara ser sumisa y obediente, pero él sabía que tenía su carácter, y eso podía indicar una naturaleza similar a la de su ex mujer.

Se le hacía muy difícil confiar.

Pero también se le hacía difícil olvidar sus ojos suplicantes y su desesperación. Él, que se hacía una idea de su destino, no podía hacer menos que sentir empatía hacia ella. Más allá de que pudiera ser mala o no, no lo merecía. O al menos en ese momento no lo merecía, y John era de los que prefería juzgar una vez cometido el delito, no antes.

Una mala maña que ni lo de Camille le había quitado. Aunque cualquiera diría que debería haber aprendido la lección.

Inhaló del puro y soló el humo que llenó la habitación, apenas escapándose por la ventana abierta a su lado. En ese momento, tocaron la puerta, pero el recién llegado no esperó orden, sino que entró directamente.

La visita era una mujer que rondaba los treinta años, de cabellos rubios y rasgos delicados, tan ingleses que nadie podría

dudar sobre su origen. Llevaba un vestido a la moda y sombrero coqueto que se quitó en el momento en que entró en la habitación.

—Oh, ¿cómo puedes respirar con tanto humo? —dijo haciendo una mueca—. Creí que ibas a dejar el vicio antes de que te quedaras sin dientes.

—Estoy en eso —respondió volviendo a fijar la vista en sus papeles—. Ahora solo fumo uno entre día, o cuando estoy abrumado.

—Dado que veo que llevas dos —comentó fijándose en el cenicero sobre el escritorio—, me gustaría saber la causa de tu inquietud. —Gabrielle se acercó a la silla que estaba frente al escritorio y se sentó con tranquilidad y elegancia—. Y apaga eso. Es de mala educación fumar frente a una dama.

Jonathan suspiró y dejó el puro sobre el cenicero.

—¿Alguna razón para recibir el honor de tu visita? —preguntó con ironía.

Ella sonrió.

—¿Necesito razones para ver a mi hermano?

—La mayor parte de las veces lo que necesitas es dinero. Dime, ¿de qué sirvió abogar ante mi padre para que te casaras con el hombre que amabas si yo soy el que mantengo tus caprichos?

—El amor y el dinero no siempre vienen juntos. Daniel no tiene demasiado capital y lo sabes, pero es un buen hombre y hace lo que puede.

—Debería hacer más —gruñó—. Debí dejar que te arreglaran un matrimonio conveniente.

—Sí, porque a ti te fue excelente, ¿no?

Jonathan le lanzó una mirada asesina que Gabrielle respondió con una sonrisa.

—Eres un amargado. No he venido a pedirte a dinero, y tampoco lo hago siempre. Vine porque me enteré que nuestro querido tío y tú tuvieron un enfrentamiento ayer en Vauxhall.

—Te habrás enterado entonces de la razón.

—Mi fuente no sabía el chisme entero.

—Entonces necesita mejorar sus técnicas —esperó con sarcasmo. Gabrielle arqueó una ceja y él suspiró—. Había metido a dos de sus sirvientes en mi casa para que revisaran las cosas de mi madre.

Ella jadeó.

—No puede ser que aún siga con esa idea.

—Es un hombre muy persistente.

—No podrá quitarte el título.

—Eso díselo a él.

Gabrielle frunció los labios con desagrado. Su tío no era el familiar preferido de ninguno de los dos. Había roto relaciones con su padre desde que este se casó con una extranjera, y aprovechaba cada oportunidad para mostrarles desprecio, a pesar de que, al menos Gabrielle, era el retrato de su progenitor.

—Algún día lo comprenderá —aseguró ella—. A lo mejor con su nuevo matrimonio. Escuché que se casará.

—Oh, sí. Su encantadora prometida es más joven que tú, y está ansiosa por convertirse en su esposa —dijo con sarcasmo.

No pudo evitar recordar la súplica en su mirada cuando le pidió que la ayudara. Cerró los ojos para sacar esa imagen de su mente.

—Pobre niña —dijo su hermana con empatía—. No le deseo a nadie ese futuro. John, ¿y si la ayudas?

Él se tensó.

—No veo cómo.

—Habla con su padre, dile cómo es mi tío. A lo mejor recapacita.

Él tuvo que contener una carcajada. A igual que la señorita Mirren, su hermana parecía olvidar quién era él.

—Creo que mi palabra no tiene valor suficiente para que me crean, hermana.

Ella hizo un puchero.

—Pobre niña. No puedo concebir a alguien perdiendo su vida junto a mi tío. Me alegra no tener un destino tan desdichado. En fin, hablando de esposas…

—No —la cortó él.

—No sabes qué iba a decir.

—Lo sé porque siempre me repites lo mismo —la cortó él—. No me volveré a casar.

—Han pasado tres años desde el divorcio, John. Ya es momento.

—Yo diría que el momento es nunca.

—John —lo reprendió ella—, un heredero fortalecería tu posición. Sería más difícil para mi tío intentar desheredarte si ya hay herederos en la línea.

—Olvidas algo importante, querida hermana: ninguna mujer decente se casaría conmigo.

—Tu dinero podría comprar a alguna desesperada, solo es cuestión de buscar…

De pronto, esbozó una sonrisa calculadora, que advirtió a John de que diría algo que no le gustaría.

—Comentaste que la prometida de mi tío no quiere casarse con él. ¿Pasó algo en particular para que lo afirmes?

John maldijo por haber hablado. Conocía lo suficiente a Gabrielle para saber que no dejaría ir el tema hasta que confesara. Tendría que hacerlo, y de ahí en adelante, lo que venía era una lucha de voluntades.

—Ella me lo dijo —masculló de mala gana.

—¿Frente a su prometido?

—Después.

—¿Te fue a buscar después?

—Sí.

—¿Por qué?

Esa mujer debió haber trabajado en Bow Street.

—Porque tenía la misma absurda idea de que yo podía convencer a su padre para que rompiera ese compromiso. Y le dije lo mismo que a ti.

La mirada de Gabrielle se volvió sagaz.

—¿Y no te dijo nada más?

—¿Qué más me diría? —replicó.

Esperaba sonar indiferente, pero su hermana era una mujer difícil de engañar.

—Quizás, si está tan desesperada, tú puedas parecerle un mejor partido —sugirió con inocencia.

—No voy a casarme, Gabrielle.

—¿Ni siquiera por molestar a nuestro tío?

Él frunció el ceño y ella continuó:

—Piénsalo. Le daría una apoplejía si le robaras a la prometida. Con un poco de suerte, no la sobrevive.

Aunque pensar así era cruel, a John la idea le causó satisfacción. Ese viejo los había humillado desde que tenía uso de razón, y fue él quién difundió los rumores de que su madre tenía un amante y él era un bastardo. Desde entonces, había tenido que tolerar como algunos llamaban a su progenitora «puta francesa», mientras que su padre hacía lo mejor que podía para paliar el escándalo, a pesar de que la duda también se sembró en él. Su padre jamás lo había tratado mal, pero nunca fue el mismo desde que empezó a dudar de su legitimidad. Y la actitud de su madre no colaboró.

En ese momento tocaron la puerta. John dio la orden para que pasaran y el mayordomo entró con una nota en la mano.

—Quien la traía dejó la orden de que se la entregase personalmente, milord —dijo el hombre extendiendo la carta.

John la tomó. El sobre no tenía destinatario ni dirección. La abrió. Era una nota corta, escrita en caligrafía femenina a la que era evidente que le temblaba la mano.

Cásate con ella, por favor. Cásate con ella. Protégela.

John arrugó el ceño. La carta llegaba, sin duda, en un momento muy oportuno para el desconocido destinatario, quien imaginaba era la propia señorita Mirren. Quizás creyó que fingiendo ser un tercero podía generar más simpatía hacia ella. Nunca entendería en funcionamiento de la mente femenina.

—¿Quién es? —preguntó Gabrielle con curiosidad y, como siempre había sido una mujer entrometida, le arrebató la carta antes

de que él pudiera dejarla fuera de su alcance—. Oh. ¿No se estará refiriendo a…? John, ¿hay algo que no me estás contando? ¿Te dijo esa mujer que quiere casarse contigo?

—A lo mejor lo insinuó —admitió con desdén—. Pero mi opinión no ha cambiado.

—¿Ni siquiera por molestar a nuestro tío?

Era sin duda un buen aliciente, pero todavía le quedaba algo de buen juicio. Casarse era una decisión complicada. No tenía ganas de elegir mal y quedar en una situación similar a la que tuvo en su primer matrimonio. No podría salir ileso una segunda vez.

—No todas las mujeres son iguales, John —murmuró Gabrielle con suavidad.

—Lo sé.

John era lo suficientemente maduro para entender que lo de Camille no tenía por qué ser general, pero tampoco creía que era la excepción a la regla. La alta sociedad veía el matrimonio como un contrato donde la fidelidad no era una cláusula. Eran muy pocos los que tomaban en serio la sagrada unión, y él no quería quedar atado de nuevo a alguien así de frívolo.

La imagen del rostro de la señorita Mirren volvió a aparecer en su mente. Si alguien se decidiera retratar la inocencia, podría dibujarla a ella. Esos ojos de cordero, siempre mirando al suelo. Esa boca delgada, algo fruncida y nariz respingona. No, John no creía que fuera como todas, al menos que la obligaran a actuar mal.

Y sentía mucho pesar en imaginar que alguien pudiera cambiarla de tal manera. Le despertaba un instinto de resguardarla para que nadie la rompiera.

—Voy a pensarlo —le dijo a Gabrielle antes de que ella pudiera replicar—. ¿Podrías dejarme solo, por favor?

Gabrielle, que sabía sus límites, asintió y se marchó. John meditó la situación.

Una parte de él decía que era ridículo que estuviera siquiera considerando la idea. La señorita Mirren era una desconocida, y eso podría resultar muy mal.

Otra, lo instaba a pensar todo con detenimiento. Si en algo había acertado la señorita Mirren, era que John no tenía muchas opciones. Podría convencer a un padre desesperado por dinero de que le entregara a alguna hija, pero la idea no le agradaba demasiado. En cambio, su hermana tendría razón, y un matrimonio con la dama mataría a su tío de un disgusto. Si tenía que elegir entre una desconocida y otra, la que no le costaría dinero y le causaría un disgusto a su tío sin duda tenía ventaja. Además, su conciencia no aprobaba que la dejara casarse con su tío. Aunque no era su problema, él sentía que debía hacer algo.

Recordó las palabras de la carta. «Protégela», decía. Aunque estaba convencido de que la nota había sido escrita por la señorita Mirren, la elección de palabras era peculiar. No parecía el tipo de dama que exageraba como un medio de manipulación. ¿De qué quería ser protegida? ¿De su tío? Tenía sentido. La dama debía creer que mató a su primera esposa, y él también lo creía.

Suspiró.

«Su mirada desesperada me atrapó como a un incauto», pesó con desdén. Pero el sentimiento no desapareció.

Al parecer, iba a pasar otra noche en vela.

Prendió otro puro y empezó a fumar.

Capítulo 4

Quedaba un mes y medio para su boda y Annie aún no podía resignarse.

Mientras esperaban que la obra de teatro iniciara, contuvo una mueca de desagrado cuando el señor Clark le rozó la mano.

Había pasado las últimas tres semanas diciéndose que ese era su destino, que no podía ir en contra de que lo que padre creía mejor para ella, pero no había logrado librarse de la desdicha que la idea del matrimonio le causaba.

Habían salido con el señor Clark en un par de ocasiones, y después de cada encuentro, Annie terminaba llorando en los brazos de su madre. Si tan solo el caballero tuviera, entre todos sus defectos una agradable personalidad… En cambio, era arrogante, escupía cuando hablaba y tenía una concepción de esposa no muy diferente a la de su padre. Aunque Annie había crecido en ese ambiente, varias veces soñó con un hombre que la tratara mejor de lo que su padre trataba a su madre. No esperaba demasiado, pues sabía cuál era el deber de una mujer dentro de una casa; sin embargo, creía que una dama merecía, aunque fuera, un poco de respeto y ser tomada en cuenta para algunas cosas.

Ilusiones absurdas que estaban a punto de quedar destruidas.

—Este palco tienes muy buenas vistas —comentó su padre con satisfacción—. Ha sido muy amable en invitarnos, señor Clark.

«El palco ni siquiera es de él», pensó Annie con desdén, pero se cuidó de no decir nada. Al no ser poseedora de gran fortuna, jamás pretendió que su prometido tuviera una. Sin embargo, le fastidiaba que el señor Clark se vanagloriaba de haberlos llevado a

un palco privado cuando se lo habían prestado. El hombre lo reconocía, pero no con humildad. Según él, los condes de Wessex eran muy buenos amigos suyos, y le tenían tanta estima que por eso le hacían ese tipo de favores con frecuencia. No perdía la oportunidad para recordar lo bien relacionado que se encontraba, y su padre respondía a cada comentario justo como el hombre quería: con satisfacción.

—Espero que la señorita Mirren esté complacida.

Apretó su mano y Annie, de nuevo, sintió asco. Cada vez que se veían hacía eso con frecuencia. Apretaba su mano, le rozaba el brazo, o la miraba de una forma que no le gustaba, como si intentase desnudarla con la mirada. Ni la tela que cubría cada parte de su cuerpo lograba frenar el desagrado.

—Sí, lo estoy —musitó en voz baja.

Era incapaz de alzar el tono cuando estaba frente a él, sentía que, si lo hacía, sería evidente su descontento.

—No veo el momento para que se celebre nuestra boda —anunció el señor Clark.

De pronto, su mano se movió hasta posarse encima de su rodilla. Annie tembló. Miró a su padre, pero este, si bien lo había notado, no dijo nada. Giró la cabeza y Annie creyó verlo sonreír. No pudo aguantar más. Se levantó con brusquedad.

—Ne-necesito ir al servicio —dijo en el tono más alto y seguro que pudo reunir.

El señor Clark parecía disgustado, pero ella no lo miró por mucho tiempo.

Su madre se levantó en apoyo silencio y, sin esperar respuesta de su esposo, caminó hasta la salida del palco. Annie la

siguió, aliviada.

No dijeron nada durante el camino, pero ambas caminaron con lentitud deliberada, como si desearan retrasar el momento de la vuelta. Los pasillos del teatro estaban vacíos, debido a que la función estaba por comenzar y ya todos se encontraban en sus asientos. Estaban a punto de tomar la salida que daba al servicio cuando Annie sintió un tirón en su vestido. Se giró con brusquedad, y sus ojos se encontraron con una figura masculina semi oculta entre la entrada de un palco, que le señaló con esos ojos dorados que se acercara a él.

Annie miró a su madre, quien en ese momento se giró, justo en el momento en que el vizconde se escondió dentro del palco. No obstante, ella sabía que lo había visto, y sin decir una palabra, su progenitora continuó su camino hacia el servicio, sin girarse para ver si Annie la seguía o no.

Annie, dubitativa, se acercó al palco. El vizconde apartó la cortina y, tomándola por sorpresa, tiró de ella hasta llevarla junto a él. El palco estaba vacío y en la esquina en que se encontraban no podían ser vistos por nadie. Aun así, ella estaba nerviosa.

Habían pasado tres semanas desde que lo había visto en Vauxhall, y aunque le gustaría decir que se había olvidado por completo su particular encuentro, no era así. De vez en cuando recordaba su conversación, y en contadas ocasiones, cuando la frustración se apoderaba de ella, volvía a considerar la idea de un matrimonio entre ambos, preguntándose si él estaría pensando al respecto. Había llegado a la conclusión de que no, de que ni siquiera lo había considerado —por suerte—. Sin embargo, ese repentino encuentro la inquietaba. Él la había estado esperando.

—Su madre ha aceptado que me vea —dijo él, mirando a través de una rendija el exterior—. ¿Por qué?

—No puedo decirle cómo piensa mi madre, porque no lo sé. Lo único que puedo asegurar es que no me delatará. ¿Ha… ha venido hasta aquí para verme? —preguntó con la vista fija en el suelo.

—Pensé en enviarle una nota, pero no lo consideré seguro. Así que cuando escuché que mi tío iba a venir al teatro, aposté a que usted también estaría. Quiero hablarle.

—¿De qué?

—He estado pensando en su propuesta de la otra noche —dijo con tranquilidad, como si solo hubieran hablado del clima.

Annie sintió que el corazón le daba un vuelco. La sensación era similar a cuando de niña desobedecía a su padre y sabía que estaría en problemas.

—Eso fue un momento impulsivo, una equivocación —dijo rápidamente.

—Sí, no dudo que esté arrepentida de ello —comentó él sin el menor rastro de emoción—. Y si le soy sincero, también me parecía una idea absurda. No obstante, lo he estado considerando, y puede traer ciertas ventajas para ambos. Podría, por favor, mirarme a la cara. No soy un lobo, señorita Mirren. No la voy a devorar por observarme.

Annie alzó la vista con lentitud. Evadir la mira de cualquier personaje masculino era más una costumbre que una reacción nerviosa. Su padre solía decirle que mirar a los ojos a un hombre era desafiarlo, y una buena mujer no hacía eso.

En cuanto sus miradas se encontraron, Annie se sintió aún más nerviosa. No estaba segura de qué era lo que él producía en ella, pero la intensidad de sus ojos le robaba las palabras. Tuvo que parpadear varias veces para centrarse en la conversación.

—No me puedo casar con usted.

—¿Y con mi tío sí? —preguntó con ironía—. No es por ser arrogante, pero creo que, aun con todas mis desventajas, sigo siendo un mejor partido que él.

Annie no pudo negarlo. Más allá de que fuera joven y apuesto, percibía en él un carácter genuino. A diferencia del señor Clark, no tenía que aparentar, presumir lo que no tenía, o tratarla con condescendencia. La forma en que actuaba el vizconde estaba regida por su verdadera naturaleza. No fingía, y eso significaba que ser odioso también era parte de su carácter.

—Me… me había dicho que no quería casarse —recordó en voz baja.

—No estaba entre mi lista de prioridades, es verdad, pero luego de reflexionar, creo que sería conveniente dejar un heredero. Hay responsabilidades de las que uno no debería huir, a pesar de lo que se desee.

—¿Y por qué yo? —preguntó con un hilo de voz.

—Pues tal y como me dijo en Vauxhall, mis opciones son bastantes limitadas. Podría ir por allí y ofrecerle dinero a un hombre en quiebra para que me entregue a su hija, pero la idea de comprar a una mujer no me entusiasma demasiado. Sí lo hace, en cambio, la idea de ahorrarme el dinero y casarme con la prometida de mi tío, sabiendo que eso le causará un gran disgusto.

Tal y como había predicho Annie, era honesto. *Demasiado* honesto.

Así que, era la opción más económica y la que le proporcionaría una venganza. Había recibido mejores propuestas de matrimonio que esa, pero no estaba en posición de reclamar.

No respondió.

—Soy consciente de que no soy un partido destacable —continuó él. La forma en que hablaba del tema, como si no fuera más que una simple negociación, la perturbaba. ¿No tenía sentimientos? —. Nuestra vida social será algo limitada, debido a que no toda la alta sociedad me abre las puertas, pero tengo suficiente dinero para darle una buena vida, y, si no hace algo para dañarme, yo no haré nada para dañarla a usted.

Había una clara advertencia en esa frase que ella supo que estaba relacionada con su antigua esposa. Más allá de lo que todos sabían, se preguntó cuál sería la historia tras aquel matrimonio.

—Yo… no creo que mi padre lo apruebe.

—Ah, ¿es que pensaba pedirle permiso? —parecía verdaderamente sorprendido.

A Annie le hubiese gustado intentarlo para evitar conflictos, pero sabía que era una apuesta perdida. Él ya había elegido un pretendiente, y, ni aunque saliera otro, iba a cambiar de opinión. Menos si ese otro tenía la reputación del vizconde.

—No tiene por qué decidir en este momento —le dijo con calma—. La semana próxima estaré en la fiesta de lady Portland. Nos vemos a las diez en la entrada del laberinto. Piénselo. Yo puedo protegerla, señorita Mirren.

Salió sin decir nada más, y cuando Annie asomó la cabeza al pasillo ya no estaba. Se apresuró a buscar a su madre y la encontró en el servicio. Esta no dijo nada; Annie tampoco habló, así que regresaron en silencio al palco, donde la función acababa de iniciar.

Annie no le prestó atención a la representación. Se pasó la noche intentando evadir las manos inquietas del señor Clark y pensando en lo que acababa de suceder.

No esperaba esa propuesta, y tener tan cerca la posibilidad de liberarse de ese matrimonio la ponía ansiosa. No obstante, ¿qué tan conveniente era huir de un matrimonio con otro? No conocía a ese hombre, y aunque sus palabras parecían sinceras, no sabía si lo eran.

Podía caer en un infierno peor del que le esperaba… aunque lo dudaba. El vizconde se había separado de su mujer, pero al menos no se rumoreaba que había intentado matarla.

Estaba demasiado inquieta para formar una idea coherente. Cuando saliendo de la función, el señor Clark se ofreció a llevar a Annie en su carruaje hasta la casa.

—Por supuesto —dijo su padre, mientras ella se ponía lívida.

—No es correcto —argumentó su madre con más vehemencia de la que le había escuchado en años.

Su intento de defenderla solo consiguió que su padre le apretara con fuerza el brazo y le dirigiera una de esas miradas que hablaban de un regaño en la casa.

—Están prometidos. Y nosotros iremos detrás. No hay nada de incorrecto en que el señor Clark quiera pasar tiempo con su prometida.

Su madre no pudo seguir abogando por ella, pues sabía lo que le esperaba si lo hacía. Cuando los carruajes llegaron, Annie ya se había resignado.

«No es un trayecto largo», se dijo. Solo serían unos veinte minutos hasta su casa en St James. Podría soportarlo.

El señor Clark la ayudó a subir y Annie se ubicó en una esquina. El hombre subió poco después y se sentó frente a ella. Dio una orden y el carro avanzó.

Durante algunos minutos, no dijeron nada. Annie se limitó a mantener la vista baja mientras él la miraba como si fuera un plato muy apetitoso.

—Eres muy bonita —le dijo cuando llevaban ya unos diez minutos de trayecto—. Esa forma de vestir… ese cabello… —Alzó una mano para tocarle el cabello, que estaba muy bien recogido en su nuca. Annie se habría apartado si hubiera tenido espacio—. Eres como un regalo que insta a ser desenvuelto. No sabes cómo ansío el día de nuestra boda.

A ella no le gustaba la forma en que la miraba, y cuando se movió para ponerse a su lado, jadeó de la sorpresa.

—Se-señor Clark —tartamudeó—. ¿Qué hace?

—No puedo esperar a probarte —dijo con la mirada llena de lujuria—. Él tenía razón. Eres una tentación.

Annie estaba tan asustada que no se puso a considerar quién era «él». El hombre se acercaba cada vez más a ella, arrinconándola contra la puerta de la entrada.

—Déjeme —dijo poniendo las manos sobre su pecho para apartarlo—. Esto no es correcto.

—Eres mi prometida y pronto serás mi esposa. Tienes que acostumbrarte a hacer lo que yo diga.

La tomó fuertemente de los hombros, inmovilizándola, y acercó su rostro hasta rozar sus labios.

Annie siempre se había permitido soñar con su primer beso, y nunca esperó que fuera tan desagradable. Los labios del hombre se movían sobre los de ella con brusquedad, llenándola de saliva. La tenía aprisionada, sin poder moverse y sometida a la tortura. Los ojos se le llenaron de lágrimas al verse incapaz de defenderse. ¿Así sería su vida? ¿Eso era lo que tenía que tolerar?

El carruaje paró y él hombre se separó de ella.

—Sécate las lágrimas —le ordenó con brusquedad—. Cuando nos casemos, no quiero una mujer llorona en mi casa. Estás muy joven, pero pronto aprenderás a apreciarme.

Annie casi saltó del carruaje cuando le abrieron la puerta. Sus padres la estaban esperando en la entrada y tuvo que contenerse para no ir a abrazar a su madre. El señor Clark se despidió de todos como si no hubiera pasado nada, y ella tuvo que soportar que le besara la mano. Una vez estuvieron en el vestíbulo, dijo en voz alta:

—Padre, no quiero casarme con él.

Su padre, que caminaba hacia las escaleras, se giró con brusquedad para enfrentarla. Annie no bajó la mirada. Estaba más asustada de ese hombre que de su progenitor. Le pareció ver que su madre contenía el aliento.

—¿Qué has dicho? —preguntó su padre.

—No quiero casarme con él —repitió con seguridad—. No es un buen hombre. En el carruaje él… él me…

Ni siquiera pudo decirlo, un sollozo se escapó en su lugar. Sabía, por la expresión de su rostro, que su padre había entendido. Siendo como era un hombre de moralidad estricta, esperaba que la confesión lo hiciera entrar en razón.

Por eso, sus palabras la sorprendieron:

—Él es tu prometido. Es normal que desee ciertas cosas de ti.

—¡Pero padre…!

—¡Basta! —gritó con la autoridad que lo caracterizaba—. No quiero volver a escuchar esa tontería. Te casarás con él a menos que quieras atenerte a las consecuencias. —Dio un paso adelante y su voz se suavizó cuando habló—: Esto es lo mejor para ti, Annie. Confía en mí. Es lo mejor para todos.

Y en un gesto poco propio de él, llevó una mano hasta su mejilla y la acarició, como si quisiera consolarla. No era la primera vez que lo hacía, y siempre era una actitud que la confundía demasiado. En un momento estaba enfadado, y en otra la miraba como si fuera algo preciado. Por un instante, creyó distinguir en sus ojos una mirada similar a la del señor Clark, pero supuso que era una ilusión causada por el trauma del mal momento.

—Es hora de descansar. Annie, vamos —dijo su madre con apuro, cortando allí la conversación.

Su padre se alejó y se fue, y Annie se dirigió con su madre a la habitación. Una vez allí se permitió llorar mientras su progenitora le trenzaba el cabello.

Había sido un día horrible. No solo sabía lo que le esperaba en el matrimonio, sino que había confirmado que, ante cualquier eventualidad, tampoco contaba con el apoyo de su padre.

De pronto, las palabras del vizconde llegaron a su mente: «Yo puedo protegerla, señorita Mirren».

Quizás fuera verdad, o quizás no, pero dudaba que una vida a su lado fuera peor que lo que le esperaba.

—Madre —dijo con decisión. La dama no apartó la vista de su tarea, pero Annie vio a través del espejo cómo sus manos se tensaban—, hoy el vizconde Montrose me ha propuesto matrimonio, y he decidido que voy a aceptar.

Su madre no respondió, pero Annie notó cómo una expresión de alivio le llenaba el rostro.

La decisión ya estaba tomada, y solo esperaba que todo saliera bien.

Capítulo 5

John se recostó en el árbol que estaba cerca de la entrada del laberinto y miró la hora en su reloj de bolsillo. Las 10:30 p.m. Llevaba treinta minutos esperándola y se estaba resignando a que ella no iba a llegar.

No la culpaba. A él también le había costado mucho tomar la decisión. Había estado pensándolo día y noche por semanas, analizando ventajas y desventajas, hasta que llegó a la conclusión de que no tenía por qué ser mala idea. Necesitaba un heredero, no tenía ánimos de comprar a una dama desesperada, y ayudarla podía ser su buena acción del año, ya que tenía demasiados pecados encima.

Sin contar que eso enfurecía bastante a su tío, idea que no podía dejar de causarle satisfacción.

Además, no le parecía una dama desagradable a la vista. Estaba convencido de que si cambiaba esos horribles vestidos por unos menos recatados, y se realizaba un peinado más favorecedor, podía ser una joven bonita. Su naturaleza calmada y sumisa le transmitía confianza de que no uniría su vida a otra mujer desquiciada, y algo le decía que la señorita Mirren poseía los mismos valores que él apreciaba.

Prueba de ello era que dudaba en aceptar la propuesta que podría librarla de un destino desdichado.

Se dijo que, si no llegaba en diez minutos más, se retiraría, resignado. Sus miradas se habían cruzado apenas llegó a la velada, pero no vio nada en ella que le diera indicios de su decisión. Actuó

como siempre: nerviosa, esquiva y sin poder sostenerle la mirada por más de dos segundos.

Estaba considerando si no debería retirarse cuando divisó una silueta que se acercaba. La figura caminaba con rapidez, mirando nerviosamente a los lados y casi tropieza en su apuro. John reconoció de inmediato la contextura delgada de la señorita Mirren y también su horroroso vestido.

—No creí que viniera —confesó cuando ella ya estuvo lo suficiente cerca para escucharlo—. Llevo esperándola treinta minutos.

—Se me hizo difícil escaparme —respondió con su acostumbrado nerviosismo. John se había dado cuenta de que cuando estaba inquieta, arrugaba su vestido—. No tenemos mucho tiempo.

—¿Pensó en mi propuesta? —preguntó sin rodeos.

Ella respiró hondo, como si necesitase valor para responder. No lo estaba mirando a los ojos y John decidió no presionarla esta vez para que lo hiciera. Era un asunto que resolvería luego.

—Sí. Yo… acepto.

Las palabras fueron apenas un susurro, como si hubiese tenido que obligarlas a salir, pero John se conformó con ello. Sonrió, sin saber por qué estaba tan satisfecho.

—¿Cuándo?

—La boda es en un mes. Tiene que ser antes…

—Sí, temo que después no serviría —dijo con burla—. Voy a arreglarlo todo.

—¿Pedirá una licencia especial? —preguntó ella, y al fin sus ojos decidieron enfrentarlo por un segundo.

—Después de tener un divorcio a mis espaldas, dudo que al arzobispo le agrade verme en su oficina. De igual forma, no funcionaría. Tardan al menos un día en otorgar la licencia especial, y ese día publican el compromiso. Es muy arriesgado.

—Entonces, ¿cómo…?

Ella parecía de verdad desconcertada. Tener que informarle la única opción que tenían le causó gracia.

—¿Ha escuchado hablar de Gretna Green, corderita?

Ella levantó la cabeza con brusquedad. Sus ojos estaban llenos de sorpresa.

—¡Gretna Green! Pero…

—¡Tío Roger! —dijo una voz femenina con un tono exageradamente alto—. No sabía que estabas aquí.

Para John, la presencia de esos extraños no tenía importancia, pero la dama frente a sí tensó los hombros y empezó a mirar con prisas a los lados, hasta que pareció encontrar lo que buscaba.

—Mi padre —musitó con terror—. No me puede ver aquí.

Él siguió su mirada y ubicó al señor Mirren a unos pasos de ellos, distraídos por una pareja cuyos nombres desconocía.

—Va a matarme —dijo ella, histérica—. Me encerrará hasta el día de la boda y no podré hacer nada.

Empezó a temblar como un animalito que se sentía perdido y John tuvo actuar. La tomó del brazo, captando su atención, y le hizo una seña con la cabeza para que entraran al laberinto.

—Nos encontrará —siseó ella con pesar.

—Nos encontrará si nos quedamos aquí. Es un laberinto muy grande, no creo que se adentre demasiado, y en el peor de los casos

tiene dos salidas. Podemos utilizar la otra.

—¿Usted lo conoce bien?

Él sonrió con picardía.

—Lady Portland es mi tía. Sé a dónde lleva cada pasillo. Venga.

No le dio oportunidad de replicar y tiró de ella hasta que se adentraron en el laberinto. Las paredes de este eran grandes para ocultarlos de la vista, y John usó su memoria para llevarlos al final. De vez en cuando, se detenía para escuchar si no los estaban siguiendo, y continuaban el camino. Él no le soltó el brazo en ningún momento y podía sentirlo temblar. Lo de ella iba más allá del miedo. Estaba aterrorizada. ¿Qué clase de padre sería Roger Mirren para causar tal efecto ella?

Se detuvieron cuando John identificó el final del laberinto.

—Por aquí podemos salir, pero para regresar al salón hay que dar la vuelta, así que será mejor hacerlo cuando nos aseguremos que su padre se haya adentrado en el laberinto.

—¿Y cómo lo sabremos?

—Habrá que confiar en que llegue lo suficientemente lejos para que lo escuchemos. O esperar el tiempo que le tomaría dar una vuelta primero por el jardín, que es lo que con posibilidad hará, y luego entrar.

Ella gimió.

—Va a matarme. Aunque regresé al salón, preguntará a dónde fui.

—Dígale que se sintió mal y quiso tomar un poco de aire fresco.

—¿Sola? Eso me ganará, como mínimo, una bofetada.

La declaración lo sorprendió tanto que no pudo hacer menos que mirarla con incredulidad.

—¿La golpea?

Ella desvió la mirada.

—¿Có-cómo sería la fuga a Gretna Green? —preguntó.

Pero él no pensaba dejar que cambiara el tema con facilidad. De pronto, estaba preso de una ira incontenible. Le tomó la barbilla e hizo que lo mirara.

—¿La golpea? —repitió.

—¿No lo hacen todos los padres para corregir a sus hijos?

—Quizás a un niño, pero no a un adulto, y menos a una mujer…

John estaba incrédulo. No podía entender cómo alguien sería capaz de golpear a una persona como ella. Era apenas una joven que parecía haber vivido toda su vida complaciendo a otros. No levantaba la voz, no hacía nada con mala intención… En opinión de John, el que merecía unas buenas bofetadas era el propio señor Mirren.

Respiró hondo para controlar la rabia. Pronto, eso dejaría de ser un problema.

—Dígale que estaba en el servicio, y si asegura que la vio salir, jure hasta la muerte que no era usted.

—No soy buena mintiendo.

—Pues aprenda. O la tendrá más vigilada y todo será más difícil.

Estaba siendo brusco y lo sabía, pero seguía tan enfadado que le costaba ser amable.

Ella dio un paso hacia atrás, asustada. Él suspiró.

—Lo lamento. Es solo que…

No pudo decirle que estaba enfadado por la conducta de su padre, porque incluso él no entendía su comportamiento. Una cosa era que considerase algo incorrecto e inhumado, y otra reaccionar como si la ofensa hubiera sido personal. Sí, ella sería su esposa, pero por el momento era solo una desconocida más, de las tantas desdichadas que había en la vida.

—¿Quién fue la joven que distrajo a su padre? —preguntó con más calma.

Ella se dejó caer en un banco que se encontraba pegado a una de las paredes del laberinto. Parecía derrotada.

—Es Lottie, mi prima.

—Quizás pueda decir que salió con ellos, pero regresó sola porque no quería estar mucho tiempo afuera.

Ella negó con la cabeza.

—Será igual de malo. Mi padre detesta a Lottie. Dice que no tiene moral. Asistió a su boda para no quedar mal frente a mi tío, pero nunca aprobó ese matrimonio con el conde de Leinster.

John recordaba haber escuchado sobre ese matrimonio. Fue la comidilla de la sociedad por semanas, pues el conde de Leinster era un soltero empedernido. Según los rumores, se había casado por amor, pero todos esperaban encontrar alguna razón oculta en los próximos meses, porque les parecía inverosímil que así fuera.

John se sentó a su lado. Su preocupación lo inquietaba porque no sabía cómo tratarla.

—Annie —dijo. Haber pronunciado su nombre atrajo su atención, porque levantó la mirada con interés. Él no iba a explicarle

el porqué del cambio de trato; en su lugar, dijo—: Cuando nos casemos, nadie volverá a hacerte daño.

Ella parpadeó, como si no supiera qué responder. Él tomó un mechón corto que se había logrado zafar de su ajustado moño y se lo llevó detrás de la oreja. El roce fue corto y suave, pero aun a través de los guates pudo sentir la calidez de su piel. Se preguntó cómo se sentirían sus labios, y una punzada de deseo lo invadió. Hacía mucho tiempo que no tocaba a una mujer, y la abstinencia nunca era buena consejera para un hombre.

Él se alejó para controlar mejor la tentación. Por la expresión de ella, estaba confundida.

—¿Cómo podré comunicarme contigo? ¿Es seguro que recibas cartas?

Ella tardó en responder. Por un momento, temió que no lo hubiera escuchado.

—Por el momento no. Después de esta escapada, mi padre estará alerta a cualquier actividad sospechosa. Además, yo nunca recibo cartas. Quizás dentro de una o dos semanas se le olvide, pero mientras…

—¿Mientras…?

—Puede escribirle a mi madre fingiendo ser alguna dama de sociedad. Ella sí recibe cartas en ocasiones, y mi padre no las toma en cuenta.

—¿Tu madre aprobará esto? —preguntó extrañado.

Annie asintió.

Él solo pudo pensar en lo desdichada que debía la vida de ambas para que una madre apoyara que su hija se casara con un posible bastardo que, además, era divorciado.

—Cuando idee el plan, te lo haré saber. Quizás sea conveniente hacerlo días antes de la boda. Cuando estén todos distraídos con los preparativos.

Ella volvió a asentir.

—¡Annie! —se escuchó una voz a lo lejos.

Ella se tensó, él se levantó y le hizo un gesto para que lo siguiera.

—Iré adelante para verificar que nadie nos vea —le susurró cuando salieron del laberinto.

Tuvieron que caminar un buen trecho para regresar al jardín principal, y cuando finalmente lo hicieron, Annie lo miró.

—Gracias —musitó.

Y él no necesitó que le aclara por qué. Asintió.

—Nos vemos pronto, querida esposa —dijo con una sonrisa burlona.

Ella se sonrojó y, con rapidez, regresó al salón.

John la observó marchar sin poder borrar la sonrisa de su boca. Para estar a punto de volver a caer en la trampa mortal del matrimonio, se sentía satisfecho. Quizás porque ella le generaba una confianza que nunca nadie le había inspirado.

Y esperaba esta vez no equivocarse.

Cuando Annie regresó al salón, su madre lo único que dijo fue:

—Tu padre te está buscando.

Annie se pasó muchos minutos nerviosa, hasta que su padre volvió a entrar al salón y la vio. Como supuso, no dijo nada, pues no

le gustaba armar escándalos en público, pero Annie esperaba la reprimenda cuando regresara a la casa.

Se pasó el resto de la noche intentando actuar con normalidad. El señor Clark ya se encontraba en la fiesta, así que se vio obligada a conversar con él mientras evadía sus manos inquietas.

«Pronto no tendrás que aguantarlo, Annie», se dijo.

Todavía le costaba creer que hubiera encontrado el valor para aceptar la propuesta de ese hombre. Aunque se había pasado esa semana convencida de que era el mejor de los males, en el fondo tenía miedo de arrepentirse, y era que, cuando lo vio parado en la entrada del laberinto, se estremeció. Él no era un hombre cualquiera. Era un hombre que inspiraba poder, miedo y respeto.

Y, sin embargo, su toque había sido tan suave…

Annie tuvo que contener varias veces el impulso de llevarse una mano a la mejilla, allí donde él había tocado. Había sido un roce efímero, pero ella sintió un cosquilleo que le llegó hasta el cuello.

Esperaba que al menos fuera una buena señal.

Cuando montaron en el carruaje para regresar a la casa, Annie agradeció que el señor Clark no se ofreciera a llevarla. No obstante, un mal solo fue sustituido por otro, porque apenas avanzaron, su padre preguntó:

—¿A dónde fuiste?

Ella tragó saliva. Había estado pensando mucho en qué decirle y esperaba sonar convincente.

—Salí al balcón a tomar un poco de aire, padre. Me sentía algo mareada, y después de eso, fui al servicio.

—Te vi salir, pero nunca te vi entrar. Fuiste al jardín —la acusó.

—No, padre, me quedé en el balcón unos minutos y después entré, se lo juro —dijo. Qué Dios la perdonase por mentir—. ¿Por qué razón saldría sola al jardín?

Ese último argumento pareció hacerlo dudar. No había razón para que su padre sospechase que se estaba viendo con el vizconde Montrose, y, por ende, tampoco había razón para que ella pasease sola por los jardines. Annie jamás había sido esa clase de joven.

Agradeció a Charlotte por haberla ayudado. Aunque su prima era cortés por naturaleza, no saludaría nunca a su padre con el ánimo con el que lo hizo esa noche. Ella la había visto, y había decidido advertirle. Annie nunca lo olvidaría.

—No quiero que vuelve a pasar. Si vas a salir al balcón, que tu madre te acompañe. No permitiré que la gente murmure sobre las acciones de mi hija.

—Sí, padre —dijo con la mirada baja.

Tuvo que contener un suspiro de alivio. Se había salvado, al menos por el momento.

Cuando llegaron a la casa, Annie le contó todo a su madre mientras esta le trenzaba el cabello. También le comentó que el vizconde la mantendría informada sobre el plan de huida a través de ella, como una forma de precaución. Su madre no hizo ningún comentario al respecto y Annie asumió que le haría llegar las cartas.

Una vez en su cama, le costó conciliar el sueño. Estaba nerviosa, muy nerviosa. Annie no solía hacer esas cosas. Planes de huida, rebelarse contra su padre eran acciones que solo hacían aquellas jóvenes valientes, y Annie no lo era. Siempre había sido sumisa, obediente y le parecía inconcebible estar a punto de fugarse a Gretna Green con uno de los peores partidos de la sociedad.

¡A Gretna Green!

La sociedad hablaría de eso por meses, y tendría suerte si la noticia no mataba a su padre de una apoplejía.

Por un momento, se sintió culpable. Ella nunca había querido causarle disgustos a nadie, y se sentía como una mala hija por estar planeando huir del destino que había escrito para ella.

Pero Annie no podía soportar ese destino. Por una vez en su vida, quería ser egoísta y tomar sus propias decisiones. No sabía si casarse con el vizconde sería su mejor elección, si de verdad sería un buen hombre como aparentaba o terminaría en un infierno peor al que se encontraba, pero al menos, ella lo habría decidido así y viviría con las consecuencias de eso.

Solo esperaba que estas fueran buenas. Si Dios le tenía un poco de compasión, ella podría tener en el futuro algo de paz.

Capítulo 6

La primera carta llegó una semana después de haber acordado que huirán. Su madre se la entregó en la noche, mientras le trenzaba el cabello. Estaba sellada y Annie la abrió con manos temblorosas.

Querida Annie.

He estado pensando en que lo más conveniente sería llevar a cabo nuestro plan unos días antes de la boda, cuando todos estén convencidos de que no se presentará ningún contratiempo y estén ocupados afinando los últimos detalles. He estado evaluando la situación. Tu padre sale cada martes en la noche a un lugar desconocido, y no regresa hasta altas horas de la madrugada. El martes antes de la boda, me acercaré a tu casa con un carruaje equipado, y te esperaré detrás de la calle para emprender el viaje. Con un poco de suerte, no se darán cuenta de tu desaparición hasta la tarde del día siguiente, cuando estaremos demasiado lejos para que nos den alcance. Por favor, intenta hacerme saber si estás conformo con el plan, y más adelante te haré llegar los detalles.

La carta no tenía firma, pero el sobre había sido sellado bajo el nombre de lady Portland. Annie arrugó la nota y la lanzó al fuego, temerosa de dejar alguna pista que arruinara el plan.

Plan que, cabía acotar, la ponía cada vez más nerviosa. Aún le costaba creer que estaba a punto de fugarse a Gretna Green con un hombre que había visto solo tes veces. ¡Tres veces! En otro momento se hubiera dicho que había perdido el juicio, pero en ese, sabía que había mucho más que perder para merecer el riesgo.

—Esto puede salir tan mal, madre —musitó—. Apenas lo conozco. ¿Y si es igual que su tío, pero no lo aparenta? Dijo que una de las razones para casarse conmigo era disgustarlo, alguien así de rencoroso no puede ser bueno, ¿verdad?

Aunque si fuera malo intentaría, por lo menos, disimularlo. El vizconde de Montrose era tan sincero que era difícil desconfiar de él, y eso lo hacía igual de peligroso, pues nunca plantearía para Annie una realidad falsa. Sin embargo, ¿quería ella una realidad falsa? Después de todo lo vivido, no le disgustaría ser feliz, aunque fuera mentira.

Pero las mentiras no duraban para siempre, así que supuso que una realidad no disfrazada era lo mejor a lo que podía aspirar. Él no fingiría que la quería y ella tampoco tendría que hacer lo mismo. Harían lo indispensable para que en el matrimonio hubiera una equilibrada paz. Ella intentaría ser una buena esposa y él la protegería, como había prometido.

Protegerla.

Annie ni siquiera conocía lo que significaba ser protegida. Su padre decía que lo hacía, pero ella jamás lo sintió así. Quizás, lo más cercano a la protección era el apoyo silencio de su madre cuando se le ocurría una locura como esa.

Y vaya locura.

—Gabrielle, ¿quieres acompañarnos a Gretna Green?

Su hermana casi escupe el sorbo de té que se había llevado a la boca, y cuyo proceso de tragado fue interrumpido por una carcajada.

—Claro. ¿También deseas que esté en la noche de bodas? —John la miró con fastidio y ella sonrió—. No veo yo que podría hacer allí.

—No sé. Hacer compañía. A lo mejor ella se siente más cómoda con otra presencia femenina.

Y él también. No estaba muy seguro de cómo actuar tantos días a solas con alguien como Annie.

—Será tu esposa, John. Creo que tendrá que acostumbrarse a tu presencia. Y tú tendrás que acostumbrarte a la suya.

A veces odiaba a Gabrielle.

—Pero viajar con nosotros podría hacer que todo sea más correcto.

Ella se carcajeó.

—Te vas a fugar a Gretna Green. No hay nada de correcto en eso. Si acaso, convendría que no lo fuera. Es el escándalo lo que hace que esos matrimonios sean legales.

Era verdad y John lo sabía. Con regularidad, más que la cuestionable legalidad de unas manos atadas en una herrería en Escocia, lo que hacía que la sociedad aceptara esos matrimonios era que eso era preferible a recibir de vuelta a una joven que ya había sido, con toda probabilidad, deshonrada. Repudiarían la boda, porque así lo exigía la moralidad, pero los votos siempre mitigaban un poco la vergüenza.

A decir verdad, él sabía que se estaba comportando como un adolescente nervioso, pero desde que había enviado esa carta notificando del plan, se había apoderado de él una gran inquietud. ¿De verdad iba a casarse con esa joven que apenas había visto en tres ocasiones? Con Camille había realizado un cortejo de tres meses y no funcionó. ¿Por qué creía que con Annie sí funcionaría?

—John, calma —le dijo su hermana como si pudiera ver los inquietos pensamientos en su mente—. Te aseguro que es una buena decisión.

Solo Gabrielle podría pensar así. Sus padres, si vivieran, se verían más inclinados a pensar que había perdido el juicio. Pero Gabrielle no era la más sensata de la familia, o se hubiera casado con alguno de los múltiples pretendientes que tuvo en sus mejores años y no se habría casado con un hombre que apenas podía mantenerla decentemente.

—¿Tienes todo organizado? —le preguntó ella.

—Todo lo organizado que se puede tener una fuga —respondió con ironía.

Se había tomado el trabajo de investigar a fondo al padre de Annie, y había descubierto que cada martes se marchaba en la noche y regresaba a altas horas de la madrugada. No le interesaba por el momento a dónde iba, sino la oportunidad de usar esa falta para que la dama se sintiera más segura al salir de su casa. También convino que lo ideal sería buscarla en su hogar, porque hacer que se trasladara sería complicado. Viajarían durante toda la noche, y si tenían suerte, la ausencia de ella podría ocultarse hasta al día siguiente al mediodía, lo que le daría una gran ventaja. No estaba seguro de si el padre de Annie los perseguiría, así que prefería hacer el viaje lo más rápido posible y descansar cuando no ya todo fuera irreversible.

—Me siento como un adolescente que cree que está a punto de huir con el amor de su vida —masculló con disgusto—. Solo espero no llevarme la misma decepción.

—Nunca está demás una aventura. Con suerte, te vuelve menos amargado —replicó Gabrielle.

John le dirigió una mirada asesina. La réplica murió cuando el mayordomo le informó que había llegado una carta para él. John la

tomó. Al igual que la anterior, no tenía remitente y solo una línea manchaba la hoja.

Estoy de acuerdo con lo que propone. Quedo a la espera de más indicaciones.

John arrugó el ceño al leerla.

Esa letra…

—¿Sucede algo? —preguntó Gabrielle tomando té.

—No.

Pero sí sucedía. Esa no era la misma letra que le había escrito pidiendo ayuda. Esta era más pequeña, y se notaba un pulso menos tembloroso. O bien Annie no había escrito esa carta, o la anterior no había sido escrita por Annie.

Recordó vagamente las palabras que decía aquella nota anónima que lo había hecho tomar la impulsiva decisión de casarse. Hablaba de Annie en tercera persona, y pedía que la protegiera.

Empezó a atar cabos. El padre de Annie la golpeaba. La única que estaba de su lado era… su madre.

A John le costó imaginarse a la señora Mirren escribiéndole una carta, pero tampoco lo consideraba descabello. Si Annie era maltratada, con toda seguridad la dama también lo era, y por eso quería sacar a su hija de allí.

Apretó los puños al sentir de nuevo la rabia que lo había consumido cuando se enteró de la clase de hombre de familia que era el señor Mirren. Debía gobernar su casa como el diablo gobernaba el infierno para que alguien tan reservada y sumisa como la señora Mirren se atreviera a ir en su contra.

Un instinto de protección que no sabía que tenía creció hasta convertirse en una necesidad de sacar a Annie de allí. Quizás estaba

a punto de cometer el mayor error de su vida, pero nunca había estado tan seguro de hacerlo.

Los días que siguieron pasaron más rápido de lo que Annie hubiese esperado.

Todo había transcurrido con normalidad hasta entonces. Se había ido a hacer pruebas del vestido de novia, tomó algunas decisiones sobre las flores que habría en la iglesia y otras cosas sin importancia. No había demasiado que hacer, pues la boda no sería ostentosa; el problema radicaba en que ese día su padre estaba de muy mal humor, y no sabía si haría su acostumbrada salida por la noche.

Se paseó de un lado a otro de la habitación, nerviosa, diciéndose que no había sido buena idea dejar entrar al conde de Leinster a escondidas de su padre. Cuando Charlotte llegó a la casa, supo que algo no iría bien, pues su prima no tenía ninguna razón para visitar a su padre. Sin embargo, cuando le llegó una nota del conde pidiéndole que le abriera poco después de que entrara Charlotte, supo que algo iría definitivamente mal.

Se dejó caer en su cama con un suspiro. Annie les debía un favor, y por eso lo había hecho, pero empezaba a pensar que acababa de arruinar su única posibilidad de escape. ¿Qué pasaría si su padre no salía esa noche? ¿Cómo podría avisar al vizconde? Su boda era el lunes y no tendría otra oportunidad de escapar.

—Quizás es el destino, Annie, que quiere evitar que hagas una locura —se dijo para consolarse.

Oh, pero que maldito destino el de ella. No veía como casarse con un señor que podía ser su abuelo era lo que le estaba

predestinado. Si existía un Dios, estaba siendo muy injusto.

Observó la hora en el reloj que estaba arriba de la chimenea. Las nueve y cuarto de la noche.

Con regularidad, su padre solía desaparecerse alrededor de las siete, pero aún no se había marchado, e incluso había cenado en casa, lo que no era un buen augurio.

El vizconde había quedado de pasar por ella a las diez. ¿Tendría tiempo de escribirle y decirle que no podría salir?

Sintió ganas de llorar solo de pensar tener que hacerlo. Hasta allí había llegado su aventura. Has allí había llegado la posibilidad de un futuro menos desdichado.

La puerta se abrió con brusquedad y su madre entró en la habitación.

—¿Se fue? —preguntó Annie esperanzada.

Ella negó con la cabeza. Su madre también parecía muy nerviosa.

—Supongo que hasta aquí llegó todo —musitó con tristeza —. Me tendré que casar con el señor Clark.

De pronto, la mirada de su madre cambió. Había en ella una determinación que no le había visto hacía años. Una vitalidad que tenía tiempo que no llenaba sus ojos vacíos.

—Te escaparás esta noche —aseguró.

—Madre. Es peligroso. ¿Y si lo nota?

—Yo lo distraeré. Sal a la hora acordada de la casa y no regreses, Annie. —Se acercó a ella y le tomó la cara entre las manos. Por un momento, Annie volvió a ver a la madre de su niñez, esa que aún no era una cáscara sin alma—. Nunca vuelvas a esta casa sola, ni siquiera por mí. Haz lo que tu marido te diga y podrás

tener una vida en paz. Y… asegúrate de que tu padre no pueda anular el matrimonio.

Annie arrugó el ceño.

—¿Cómo me aseguro de eso?

Su madre bajó la mirada.

—Tu esposo te lo dirá. Solo… solo pídele que sea amable.

Se alejó tan abruptamente como se había acercado y se marchó sin decir otra palabra.

Annie se quedó muy confundida. Ni siquiera estaba segura de que la que le hubiera hablado fuera su madre y no un espíritu que se apoderó de ella. Annie siempre supo que su progenitora estaba de su lado, pero jamás imaginó que se arriesgara a colaborarle incluso distrayendo a su padre.

Empezó a preocuparse por ella. Su madre evitaba a su padre en la medida de lo posible, y no sabía cómo podría arreglárselas para distraerlo sin despertar sospechas.

No tuvo mucho tiempo para pensar en ello. El reloj marcó un cuarto para las diez, y Annie se dijo que tendría que apresurarse. Con nerviosismo, tomo la pequeña bolsa de viaje que su madre le había ayudado a empacar con antelación. Tenía solo dos cambios de vestido y una que otra cosa de aseo personal. Sabía que el viaje de ida y vuelta a Gretna Green eran al menos cinco días, y eso si viajaban rápido, pero tendría que arreglárselas por el momento con ello.

Abrió con cuidado la puerta de su habitación y se fijó que no hubiera nadie en el pasillo. Como en su casa no había mucho movimiento de noche, a esa hora gran parte de los criados, que eran pocos, ya se habían ido a dormir.

Annie salió y caminó por los pasillos con el mayor sigilo posible. Las manos que agarraban la bolsa temblaban, pero no cedieron. Cuando iba camino a la cocina, sus pies se detuvieron al pasar por el despacho de su padre, como si temiera que en cualquier momento este pudiera salir y atraparla. Sin embargo, solo escuchó gritos provenientes de adentro.

—Son unos malditos, los dos. Atreviéndose a difamarme de ese modo

Annie supuso que hablaba de Charlotte y su esposo. Era evidente que su madre estaba con él, pues su padre no solía hablar solo, pero si respondió, la respuesta fue muy baja para ser escuchada.

—Ni siquiera puedo salir a entretenerme esta noche, así que tú me tendrás que servir por el momento.

Annie se tensó al escuchar pasos y corrió a esconderse al pasillo que la llevaría a la cocina. La puerta del despacho se abrió y observó cómo salía su padre tirando del brazo de su madre. Cada vez que sucedía eso, su madre al día siguiente estaba más ausente que de costumbre. Sus miradas se encontraron y ella pudo leer en los ojos de su progenitora súplica por que se marchara. Annie dudó, pero lo hizo.

La cocina estaba vacía, y con manos temblorosas, tomó la llave que estaba sobre una repisa para abrir la puerta de servicio.

El frío de la noche le congeló los huesos y se obligó a caminar rápido hasta la calle que quedaba detrás de la propiedad. Un carruaje negro y sin blasón estaba parado frente a esta, y a medida que se acercaba a él, su corazón latía más fuerte. Estaba solo a unos pasos de llegar cuando sus pies se detuvieron, inseguros de

continuar con lo que sería una decisión definitiva. La puerta del carruaje se abrió y el vizconde bajó de este. No se acercó, se limitó a mirarla mientas Annie intentaba controlar su corazón desbocado.

Miró hacia atrás. Si daba unos pasos más, esa no volvería a ser su casa. Su padre no la recibiría de buena manera. Annie no había pasado buenos momentos allí, pero era difícil alejarse de lo conocido.

Pero si no se iba, de todas formas, se tendría que alejar.

Respiró hondo y continuó adelante. Aceptó la mano del vizconde al momento de subir y elevó una última oración, esperando haber tomado la decisión correcta.

Capítulo 7

Había un silencio incómodo en el carruaje y John no sabía sin romperlo o no. Annie se había acurrucado en una esquina del coche y miraba con disimulo a través de la cortina que cubría la ventanilla.

Había notado su vacilación al acercarse al carruaje, y también se daba cuenta de su nerviosismo en ese momento, evidenciado en la forma en que arrugaba la bolsa de viaje que no había dejado de abrazar desde que se había montado. Supuso que para una joven acostumbrada a seguir las normas no era fácil de asimilar.

John estaba acostumbrado a ser rebelde, y tampoco le era fácil asimilar esa decisión.

En general, si había matrimonio, nada era sencillo.

Decidió no decir nada por el momento. Llenar el ambiente de conversaciones banales no sería de ayuda para reducir la tensión, si acaso, aumentaría la incomodidad entre ambos. Entonces, ¿sería así su vida de casado? ¿Una esposa que apenas le hablaba? Algunos lo considerarían afortunado, eso sin duda.

El carruaje iba a una velocidad promedio para no llamar la atención, pero el conductor tenía órdenes de azuzar a los caballos una vez estuvieran en carretera, no solo porque viajar de noche nunca había sido seguro, sino porque, a una buena velocidad, podrían estar en el norte de Inglaterra a esa hora el día siguiente, siempre y cuando las paradas para cambiar los caballos fueran cortas. Dependiendo de cómo viera el ritmo, podrían dormir tres o cuatro horas al día siguiente en una posada y continuar.

—¿Crees que tu padre nos siga? —preguntó, porque era algo importante.

Ella se apartó de la ventanilla y giró la cabeza hacia él, aunque no lo miraba.

—No lo creo. No puede saber a dónde fui. Quemé las cartas que enviabas y… —De pronto, sus ojos se abrieron como un ratón asustado—. Oh, Dios, mi madre. Intentará sacarle información a ella.

—¿Y se lo dirá?

Annie negó con la cabeza.

—No creo, pero eso no implica que pueda ser… rudo con ella.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. John podía ver muchas imágenes desagradables pasando por su cabeza.

—Puede venirse a vivir con nosotros cuando estemos casados.

—Él no la dejará. Será su forma de castigarme y… —Dio un respingo—. ¡Cómo no lo pensé! Pagará con mi madre la rabia por mi huida. Oh, tenemos que volver. No puedo tolerar que le haga daño por mi culpa.

Miró a ambos lados como si considerase la mejor opción para saltar del carruaje. Estaba muy alterada. Él le colocó las manos sobre los hombros temblorosos.

—Annie —la llamó, pero ella pareció no escuchar—. Annie —dijo más fuerte, y entonces los ojos de ella se fijaron por fin en él. Pobre corderito asustado. Temía tanto al mundo—. Si tu madre te ayudó, es porque cree que esto es lo mejor para ti. La harás muy desdichada si regresas.

Y no mentía. La desesperación de la nota que envió a su casa aquel día respaldaba su teoría. Esa mujer estaba ansiosa por sacar a

su hija de allí, tanto que los antecedentes del pretendiente no le importaban.

Ella pensó sus palabras y debió concluir que tenía razón, porque suspiró.

—¿Y si le hace daño? —preguntó con voz llorosa.

John sintió un nudo en la garganta. El señor Mirren debía ser un monstro.

—Buscaremos la manera de sacarla de allí. Tengo suficiente dinero para mandarla a algún pueblo dejado de la mano de Dios, comprarle una casa y hacerla pasar por una viuda respetable. Él jamás la encontrará. Pero pensaremos en ello cuando suceda.

Ella lo miró como si acabase de toparse con un ángel y John se sintió incómodo. Desde hacía un tiempo se había acostumbrado solo a recibir indiferencia o desprecios de sus allegados.

—Gracias yo… yo seré una buena esposa, lo prometo.

—Créeme, no tengo expectativas demasiado altas al respecto —contestó con sarcasmo.

Ella fue demasiado educada para preguntar, pero John vio la curiosidad en su mirada a pesar de que continuaba con la vista encima de la bolsa sobre su regazo.

—Pero podrías comenzar mirándome a los ojos cuando me hablas.

Ella alzó la vista con recelo.

—Es una muestra de respeto —musitó.

Y un cuerno. Era una muestra de sumisión, pero tuvo la prudencia necesaria para no decirlo con brusquedad. Cambiar la manera en que había sido educada no podía ser un proceso fácil.

—Yo prefiero que me miren a los ojos, ¿está bien?

Ella asintió lentamente, pero su mirada de confusión daba a entender que no lo comprendía.

Él suspiró.

No volvieron a hablar hasta que hicieron la segunda parada para cambiar los caballos, casi al mediodía, cuando también se detuvieron para comer algo.

Ella removía la sopa aguada que le habían servido con distracción, y John sabía que sus razones iban más allá del hecho de que estaba horrible la comida.

—Ya debieron haberse dado cuenta de mi partida —comentó de la nada.

A John le sorprendió que iniciara la conversación, pero el comentario parecía de los que no podía guardar por más tiempo.

—Es posible —dijo sin saber qué responder.

—Me da miedo cómo reaccionará mi padre cuando regrese.

—Ya no te podrá hacer nada.

Él supo lo que estaba pensando sin que ella lo dijera: a su madre sí.

Tendría que pensar en ello cuando regresaran. Contuvo un suspiro. Desde que había conocido a esa mujer tenía tanta piedad por el dolor ajeno que debería convertirse en arzobispo. Lo cierto era que, muy a su pesar, no podía dejar a esa dama en las garras del hombre que ahora conocía que era Roger Miller.

—Y… ¿no- no le preocupa la reacción de su tío? —preguntó en voz baja.

—En lo absoluto. Estoy deseando verla.

Era uno de los momentos que más esperaba, aunque la cara de ella expresaba que no entendía por qué.

Ella bajó la mirada a su sopa y él adivinó que quería decir algo, pero no se atrevía.

—Puedes preguntar lo que quieras —le dijo con calma—. Vamos a ser esposos dentro de pocas horas.

Ella removió la comida por unos segundos más antes de atreverse a alzar la mirada.

—¿Por qué odia a su tío? —preguntó con timidez.

—Él me odia a mí. El odio suele ser recíproco.

—¿Y por qué él lo odia a usted?

—No me digas, querida, que a estas alturas no sabes sobre mi posible ilegitimidad. Creo que deberías saberlo, ya que aún estás a tiempo de arrepentirte.

Ella bajó la mirada, incómoda. Su posible bastardía era un tema que siempre lo ponía de mal humor, así que no tuvo la sensibilidad para cambiarlo y mitigar así su incomodidad.

—Lo he escuchado —musitó ella sin despegar la mirada de la sopa fría.

—¿Y qué piensas al respecto?

Ella no respondió. Él se inclinó sobre la mesa y le levantó la cabeza.

—¿Qué piensas al respecto? —insistió.

—Yo... no creo que se deba juzgar a una persona por algo que no es su culpa —dijo en voz baja.

No sabía si ella lo pensaba de verdad o solo estaba siendo cortés, pero su respuesta lo tranquilizó. Con frecuencia la sociedad ni siquiera se molestaba en ser disimulada. Ser ilegítimo era un pecado muy grave, aunque todos tuvieran la culpa menos el señalado.

—Mi tío no piensa igual —dijo, retomando la conversación—, y por eso me odia. Es natural, supongo. Si yo fuese declarado ilegítimo, él se quedaría con el título. Han pasado treinta y dos años y aún está intentando demostrarlo.

—¿Él le quiere quitar el título? —preguntó, asombrada—. No sabía que eso se podía.

—Es un proceso largo, caro y que necesita de pruebas sólidas, que no tiene, pero que sigue buscando. No te preocupes, querida, no dejaré que nos arrebaten el título.

Notó que ella se tensó ante la mención en plural. Volvió a bajar la mirada.

—Yo… no lo pregunté por eso —musitó avergonzada.

Él lo sabía, pero una parte perversa de sí le divertía verla ruborizada.

Supuso que debía de estar preguntándose si él era o no ilegítimo, pero no tenía la confianza para indagar al respecto y a John le faltaban ganas de dar explicaciones. De igual forma, ya le había dado a entender que, a pesar de ese detalle, estaba dispuesta a casarse con él. No era como si tuviera mejores opciones, después de todo.

—¿Vas a comerte la sopa? —dijo para cambiar de tema—. No parece que te haya gustado.

Ella se ruborizó aún más.

—No sabe bien —musitó.

—Lo cierto es que sí, está horrible —concordó provocando que ella curvara ligeramente los labios y se atreviera a mirarlo. John dejó unas monedas sobre la mesa y se levantó—. Vámonos, corderita.

—¿Por qué me llama así? —preguntó ella en voz baja mientras salían de la posada.

Él no creyó que le gustase la explicación, así que se limitó a decir:

—Creo que hoy podremos detenernos a pasar la noche en una posada, y, con suerte, tendrán mejor comida que aquí.

Como supuso, ella no insistió.

No hablaron mucho durante el resto del día, excepto sobre el tiempo de duración del viaje y alguna otra formalidad. John insistió en que lo llamara por su nombre, pues era extraño para él que lo siguiera llamando *milord* aun antes de casarse, y ella accedió con un murmullo avergonzado y sin mirarlo a los ojos.

Sería una convivencia extraña.

Cuando llegaron a la posada, John había tomado la decisión de presentarla como su esposa y dar un nombre falso. Existía una gran posibilidad de que no le creyesen, pero no le importaba. Si había algo a lo que estaban acostumbrados los posaderos de norte, era a los amantes fugitivos. De cenar le sirvieron un estofado que no solo era comestible, sino que estaba muy bueno. Entendía por qué la posada estaba llena. Por esa razón, cuando John fue a pedirle dos habitaciones para hospedarse esa noche, no le sorprendió que le dijeran:

—Solo nos queda una.

Por supuesto. Debió recordar que no eran ellos dos las personas con mejor suerte de Londres. John a veces se cuestionaba si no sería un familiar lejano de los Allen.

—Démela —dijo sin ánimos.

Cuando se acercó a Annie, consideró la mejor forma de darle la noticia, y no la encontró.

—Hay una sola habitación disponible —informó—. Tendremos que compartirla.

—¿Qué? —chilló con el tono más alto que le había escuchado desde que la conocía—. No es posible.

John odió que pareciera tan asustada.

—Temo que sí.

—Seguro están confundidos. —Hizo además de ir a la recepción, pero John la tomó de los hombros y la guío hacia las escaleras. ´

Ella estaba temblando.

—No, la posada está llena, como seguro apreciaste en el comedor. Vamos, corderita, no será tan malo. Yo dormiré en un lado, tú en otro y te prometo que no haré nada inapropiado —dijo con el tono de un padre que quería convencer a su hija de que no tuviera miedo.

—Podemos volver a preguntar... —sugirió ella.

—Querida, he dicho que eres mi esposa. La gente puede entender que los conyugues quieran privacidad y pidan su propia habitación, pero sería extraño que, habiendo solo una, la esposa se niegue a dormir con el marido. Preferiría que no creyeran que te secuestré.

Ella se ruborizó, avergonzada, y no objetó más.

Llegaron a la habitación. Era pequeña, con una cama no demasiado grande en el centro, una ventana y un biombo que seguro servía de vestidor y baño improvisado.

Annie miraba fijamente la cama.

—No sé si entremos ahí los dos —musitó.

Por supuesto que entraban, pero no podrían mantener las distancias que ella esperaba.

—Corderita, ni tú ni yo somos tan corpulentos como para no entrar ahí. Tú especialmente cuentas como la mitad de una persona.

Ella arrugó el ceño, pero, fiel a su naturaleza, no replicó.

De haber un sillón ancho, John se hubiera apiadado de ella y le habría cedido la cama, pero no había ni siquiera una silla en esa habitación, y no era tan caballero para dormir en el suelo.

Se quitó el frac y empezó a desabrocharse el chaleco. Su intención no era desnudarse por completo, pues era consciente de que la joven saldría corriendo si lo hacía, pero tampoco pensaba acostarse con un nudo en su cuello.

Aun así, ella jadeó cuando lo vio desabrochar el primero botón.

—¿Qué estás haciendo?

—Me pongo cómodo para dormir. Y tú deberías hacer lo mismo. Llevas un día entero con corsé, ¿no te molesta?

Ella se ruborizó, no supo si por ver cómo él se quitaba la ropa, o por la mención a su ropa interior.

—Estoy bien así.

—Y quizás mueras de asfixia si duermes así. Vamos, querida, considerando la forma en que te vistes, apuesto a que traes en esa bolsa un camisón que te cubre de pies a cabeza y de tela lo bastante gruesa para que no se transparente nada. ¿Por qué no vas tras el biombo y te lo pones?

Ella dudó, pero finalmente debió decidir que tenía razón y le hizo caso. John terminó de quitarse el chaleco y se desabrochó el

nudo del lazo que llevaba en el cuello. Sacó la camisa de los pantalones, pero no se la quitó. En cambio, se deshizo de las botas. Acababa de dejarlas en el suelo cuando escuchó golpes, y se percató de que Annie debía estar chocando contra el biombo.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

—No, estoy bien.

Pero claramente debía estar batallando con los lazos del vestido y el corsé. A riesgo de asustarla, John caminó hasta detrás del biombo. Observó que, como había imaginado, estaba luchando con los lazos del vestido.

—Déjame ayudarte.

Ella jadeó y él tomó los lazos antes de que pudiera protestar. Con maestría la liberó del vestido y después del corsé. Ella se abrazó el pecho, temerosa de que se le cayera, pero él se retiró antes de que tuviera excusas para sentir miedo. Apagó alguna de las velas de la habitación, dejando solo la que estaba al lado de la mesa y una cerca del biombo, y se metió a la cama. Tuvo que esperar un rato hasta que ella salió. Como imaginó, su camisón no mostraba nada tentador, y cuando ella apagó la vela que le servía de apoyo, no vio más que sombras. Annie se acercó y se metió a la cama, acurrucándose lo más lejos que pudo de él. John pudo haber apagado la vela de inmediato, pero en cambio se tomó unos segundos para contemplar lo poco que podía de su silueta.

Era delgada, bastante, y podía adivinar que no había demasiadas curvas debajo de la tela. Sin embargo, esa delicadeza de su cuerpo le confería cierto encanto, como el de un hada.

Ella se giró y al encontrarlo observándola, bajó la mirada. John casi podía dibujar en su mente la imagen del sonrojo de sus

mejillas.

Debía estar volviéndose loco.

—Milord…

—John —le recordó él.

—John —dijo con lentitud—. Yo… sé que, como mi futuro esposo, seguro esperas ciertas cosas de mí, y te juro que no es mi intención negártelas, es solo que… me gustaría esperar hasta el matrimonio.

Él arrugó el ceño. Sabía a qué se refería, pero no entendía por qué sacaba el tema en ese momento. No había dado él ningún indicio de que le pediría algo esa noche.

Observó sus ojos. Tenía de nuevo esa mirada de corderita asustada que había sido su perdición. Empezaba a temer el poder que esa mujer tenía sobre él. Después de un tormentoso matrimonio, John no estaba acostumbrado a la inocencia ni al miedo, y Annie generaba en él un sentimiento de protección que había jurado no volver a otorgar a ninguna mujer que no fuera de su familia.

Pero también había jurado no volver a pasar por el altar, si los votos pronunciados frente al yunque de un herrero contaban como eso.

La observó. Ella rehuía su mirada de nuevo, como si pensara que le estaba pidiendo demasiado. Como si creyera que él de verdad se creía con derecho de robarle la virtud ahí mismo.

Y eso solo podía tener una razón.

—¿Qué te hizo?

Ella alzó la vista con lentitud.

—¿Disculpa?

—Mi tío, ¿qué te hizo? ¿Se aprovechó de ti de alguna manera?

Ella titubeó y esa fue toda su respuesta.

—Siempre fue un cerdo —espetó—. ¿Qué te hizo? —insistió.

Ella no habló de inmediato, pero John confiaba en que ya sabría que él no desistiría con facilidad.

—Me besó —murmuró en tono casi inaudible—. Se ofreció a llevarme a casa en su carruaje y me besó.

Por su tono, había sido algo más que un beso. O, al menos, no uno suave.

—Oh, corderita. Tu padre sí que estaba dispuesto a sacrificarte.

Sin pensarlo, extendió una mano hacia ella y la colocó en su mejilla, sorprendiéndola. Por primera vez, decidió medir sus palabras.

—La intimidad es algo que inevitable. Pero no lo exigiré de inmediato si no estás preparada para ello. A diferencia de mi tío, encuentro más placer en damas dispuestas que rebeldes. Puedes tomarte el tiempo que deseas, a menos que… Corderita, ¿tu padre sería capaz de pedir anulación del matrimonio?

Se maldijo por no haberlo pensado antes. Su situación no era un matrimonio corriente en donde pudieran permitirse darle todo su tiempo. Pero tampoco se veía despojándola de la virtud en la noche de bodas. John siempre había disfrutado del buen sexo, y eso incluía damas entusiasmadas por compartir su cama.

«O que fingieran estarlo», pensó con amargura. Sin embargó, no dejó que los pensamientos lo carcomieran. Había pasado mucho de eso.

—Mi madre me dijo que me asegurara de que no pudiera hacerlo —respondió con inocencia—. Y me aconsejó que te pidiera que… oh bueno, no importa —dijo, al parecer muy avergonzada para continuar.

John no necesitó que lo hiciera. Se daba una idea. Algo dentro de sí se rompió. Esa niña sería su perdición, y aunque sabía que no podía permitirlo, también le costaba evitarlo. Era tan diferente a Camille, pero igual de peligrosa. Porque Camille era una arpía manipuladora. Annie conquistaba con su inocencia, hacía que creyera en ella.

John se llevó una mano a la cabeza sin saber qué hacer. Concluyó que era un problema que resolvería después del matrimonio, pero por el momento, debería iniciar con ganarse la confianza de la joven.

—Annie, ¿puedo besarte?

Ella se sobresaltó y parecía no saber qué responder.

—Solo será un beso —prometió—. No intentaré nada más.

Ella asintió, estaba seguro que más que por gusto, por obligación. John le alzó el mentón con la mano y se acercó con lentitud.

No estaba seguro de qué esperaba al besarla, pero empezar a sentir un deseo difícil de controlar. Sus labios eran suaves, tiernos y tenían un ligero sabor dulzón que resultaba adictivo. John tenía la intención de ser delicado, y le costó muchísimo mantener un ritmo lento.

Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer, y seguramente por eso esa criatura tan sencilla estaba despertando en él arrolladoras pasiones.

Empezó a subir el beso de intensidad y se obligó a detenerse cuando ella le puso las manos en el pecho. Creyó que la había asustado, pero ella parecía más bien desconcertada y tenía la respiración agitada.

—¿Te ha gustado? —preguntó.

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza como respuesta y le dio la espalda.

John sonrió.

El matrimonio podría resultar más interesante de lo que esperó.

Capítulo 8

Se había casado.

Annie observó la cinta con la que el herrero acababa de unir sus manos y contuvo la respiración.

Había escuchado historias acerca de matrimonios en Gretna Green, pero ni en sus más alocados sueños se imaginó ser la protagonista de una.

—No se lo quiten hasta mañana —dijo el herrero, un hombre regordete, con barba y cuyo aliento tenía un fuerte olor a alcohol.

—¿Por qué? —preguntó Annie, curiosa.

—Es para fortalecer la unión —respondió la esposa del herrero, que había servido como testigo—. El nudo simboliza que ahora son uno solo, y deben aprender a convivir como tal.

A ella le pareció una explicación muy romántica, y por la expresión de John, le debía parecer absurdo.

—Yo diría que es difícil integrarse como una sola persona con las manos así atadas —masculló.

El herrero se rio y su mujer se sonrojó. La hija del herrero, que también había actuado de testigo, esbozó una sonrisa pícara. Annie no entendió el significado del comentario, e imaginó que prefería no hacerlo.

John sacó de su chaleco las diez libras que el herrero había pedido por el matrimonio. Había sido una discusión nada más llegar, pues a John le parecía un precio absurdo, pero el herrero afirmó que no había precio para el amor. Annie entendió que se estaba aprovechando de su desesperación, como debía tener por costumbre.

—Si nosotros incluimos los testigos, tiene un costo de una corona extra —comentó el herrero con desenfado.

John gruñó y le dio lo que pedía.

Cuando salieron de la herrería el sol casi se ocultaba. Habían llegado a Gretna Green al atardecer, y no habían perdido tiempo en ir a la herrería. Annie apenas pudo procesar la llegada cuando ya se encontraba con las manos atadas al que era su esposo.

Esposo.

Era tan extraño. Llevaba mucho tiempo haciéndose a la idea de que tendría que soportar al señor Clark como su marido, y ver a alguien diferente a su lado se le hacía extraño.

—¿Quieres conservar esto? —preguntó John señalando la cinta en sus manos atadas.

Annie se encogió de hombros.

—No me importa. Puedes desatarlo si lo deseas.

Nunca había sido demasiado romántica. No podía permitírselo, así que permanecer unidos o no por un lazo le era indiferente. Sin embargo, le agradó que tuviera la consideración de preguntarle.

John no perdió más tiempo y desató el lazo que los unía. Caminaron juntos hacia la posada, donde esta vez se presentaron como lo que eran: el vizconde y la vizcondesa Montrose.

Annie saboreó el título como algo extraño. Dada su posición social, no imaginó que se casaría con un lord. Otra vuelta sorpresiva de la vida.

En esta posada sí había más de una habitación disponible, pero John solo pidió una. Annie quiso protestar, pero no encontró el valor. Era su esposo, después de todo. Y era su noche de bodas.

Tembló ante ese pensamiento. Se dijo a sí misma que no tenía por qué estar nerviosa. Ya habían pasado una noche juntos, y aunque era evidente que no habían hecho nada de lo que seguramente harían esa noche, sí se habían acercado, ¿no? Él la había besado. Estaba convencida de que ese era el primer paso, y si eso no había sido desagradable, lo otro no tenía por qué serlo.

O eso esperaba.

A decir verdad, Annie estaba bastante sorprendida de que el beso no le hubiera parecido malo. Cuando el señor Clark la había besado, ella sintió mucho, mucho asco. En cambio, con John… No podía explicar lo que había sentido con John. Al principio, fue un ligero cosquilleo en su cuerpo, como si algo la estuviera acariciando con una pluma. Después, cuando el beso había aumentado de intensidad, también lo hicieron todas las emociones en su piel. Annie empezó a sentir una pequeña punzada en el vientre que se volvió más dolorosa mientras más se besaban, y cuando se separaron, se percató de que se había quedado sin aire.

Ambos se habían quedado sin aire. Él le preguntó si le había gustado, y ella no pudo hacer más que asentir y girarse para mitigar su vergüenza.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó él, sacándola de sus cavilaciones.

Annie se percató entonces de que tenía mucha hambre, así que asintió.

Había desayunado algo antes de salir, pero no habían comido nada desde entonces. El olor a cerdo asado y patatas al vapor la alejó de sus preocupaciones por unos minutos, mientras se deleitaba de una buena comida y llenaba su estómago. Cuando hubo saciado

parte de su hambre, notó que John casi no había probado bocado y parecía pensativo.

Dudó en si hablar o no, pero al final preguntó:

—¿Estás arrepentido del matrimonio?

Él tardó en responder y esos segundos se le hicieron eternos a Annie. ¿Qué pasaría si él decidía arrepentirse? Todavía podía devolverla. No habían consumado el matrimonio.

Finalmente, el negó con la cabeza.

—No, no es eso. Es solo que no imaginé que volvería a estar casado.

No por primera vez, Annie se preguntó cómo había sido su antiguo matrimonio. Por supuesto, todos conocían la causa de divorcio, era imposible no saberla cuando era la única razón admitida para disolver una alianza, pero le daba curiosidad enterarse de qué tanto lo había afectado. En general, a ningún hombre le gustaba que una mujer burlara su orgullo siéndole infiel, pero pocos se atrevían a inicial un proceso legal que suponía un gran escándalo. Annie suponía que, o la experiencia había sido lo bastante dramática para que él llegara a ese punto, o era un hombre que no se inclinaba a la hipocresía. Deducía que era un poco de ambas.

—Yo no imaginé que de verdad me atreviera a hacer esto —comentó ella antes de llevarse una papa a la boca—. Estaba segura de que me arrepentiría en cualquier momento.

—¿Y por qué decidiste hacerlo?

Annie consideró su respuesta.

—No me agrada el señor Clark.

—Creo que formas parte de una larga lista de personas que piensan igual.

Ella negó con la cabeza.

—No es solo eso, es que… Yo jamás esperé tener al esposo ideal. Soy consciente de mis limitaciones y por ende de lo que podía conseguir. Incluso, para mi segunda temporada me había resignado a no conseguir esposo. Cualquier dama en mi posición se hubiera alegrado de que su padre le consiguiera un marido, y yo de verdad agradezco el esfuerzo, pero… pero…

—Pero creías merecer algo mejor —culminó él.

No había juicio en sus palabras y Annie se relajó. Había pasado horas considerándose una mala hija por ir en contra de los deseos de su padre que tener algo más que el apoyo silencio de su madre la animó.

—Sí —admitió con más énfasis del que solía caracterizarla—. Yo no esperaba demasiado —repitió para que él no creyera que aspiraba a más de lo que su posición le permitía—, pero el señor Clark es… es…

—¿Es…? —la instó él.

—Es desagradable. No solo hablaba como si ya fuera mi dueño, sino que es feo, no tiene dientes, ni cabello y… ¡es un anticuario! —explotó—. Mi abuelo murió, pero estoy segura que ahorita sería más joven que él.

John se echó a reír tan fuerte que atrajeron la atención de algunos otros huéspedes. Annie se sonrojó, consciente de que se había dejado llevar por la frustración y había hablado demás.

—Vaya, así que la corderita tiene carácter. Quién lo diría.

—Lo siento —murmuró—. He sido grosera.

—Oh, no me importa. Es todo lo que has dicho y más. Para mí, mi tío no es menos que un maldito desgraciado. Sí, merecías

más, querida. No sé si yo con mi historial puedo considerarme merecedor de ti, pero sí puedo asegurar que soy mejor que él.

Annie quiso decirle que era más de lo que hubiera podido esperar, pero no estaba segura de cómo se lo tomaría. Comió hasta dejar limpio el plato, y él, al parecer ya no concentrado en sus turbulentos pensamientos, también lo hizo.

Cuando llegó el momento de subir a la habitación ella estaba de nuevo nerviosa.

Si él lo notó, no dijo nada. Pagó la comida y le ofreció el brazo para ir a los aposentos. Eran un poco más grandes que el de la posada de la noche anterior. La cama se veía más cómoda, había una mesa en el centro de la habitación y un pequeño armario, como si estuvieses acostumbrados a las estadías largar. El cuarto de baño estaba separado por una puerta y no por un biombo, cosa que agradeció.

Se quedó en el medio de la habitación, sin saber qué hacer. Su primer impulso fue ir a esconderse al baño y quedarse allí hasta que John se durmiera, aunque dudaba que pudiera tener tanta suerte. En el fondo, sabía que no podía evadir sus deberes, y que también eran necesarios para que en matrimonio fuera legal.

John se sentó en la cama y empezó a quitarse los zapatos.

—Admito que estoy en un dilema —le comentó, sorprendiéndola—. Soy consciente de la necesidad de consumar el matrimonio, pero también de que no estás preparada en lo absoluto. Entonces, no sé qué hacer.

—Estoy preparada —se apresuró a decir ella. No quería que él pensara que ni siquiera podía cumplirle en eso.

Él sonrió y se quitó el segundo zapato.

—Corderita, ¿sabes si quiera qué es lo que deberíamos hacer?

Annie no respondió. Él suspiró.

—Me lo imaginaba. ¿Qué te dijo tu madre?

Ella se sonrojó.

—Solo que debía consumar el matrimonio —musitó.

No podía decirle que le dijo que le pidiera que fuera amable. Annie quiso pensar que no era necesario. No lo veía en general como un hombre rudo, a menos que el acto fuera rudo en sí mismo.

—Dios del cielo. No me imaginé teniendo que explicarle esto a una dama. No pensé que admitiría que la experiencia de Camille fue útil después de todo.

Annie se tensó. Asumió que Camille era su ex mujer, pero no entendió a qué se estaba refiriendo. ¿Qué no había llegado ella también casta al matrimonio? O quizás su madre fue más específica que la suya.

John se levantó y se acercó a ella.

—Si te preguntan si hemos consumado el matrimonio, ¿serías capaz de decir que sí y afirmar te he hecho las cosas más perversas que puedan imaginar?

Ella se sonrojó.

—Sí —dijo dubitativa.

—No, claro que no podrías. Mientras muy mal. A lo mejor basta con que guardes silencio y te sonrojes así. Mi preocupación es que quieran hacerte revisar por un médico.

Annie sintió que se sonrojaba aún más.

—¿Pueden hacer eso? —chilló.

—No estoy seguro de hasta que límites llegaría tu padre, pero mi tío sí que podría sugerirlo solo para no perder ante mí. Aunque

sería absurdo pensar que pasamos tantos días juntos y no te hubiera tocado, solo lo harían si tuvieran la sospecha de que no es así. Y podemos intentar no darle ninguna sospecha, pero es que mientes tal mal… Maldita sea. No sé qué hacer.

Parecía tan frustrado que Annie se asustó. No quería que se enojara con ella el primer día de casados.

—Puedo soportar la consumación del matrimonio —dijo con firmeza.

Él sonrió y la miró como si fuera una niña que hubiera dicho algo muy tierno.

—No lo dudo, querida, pero la idea no es que lo soportes, sino que lo disfrutes, y estás tan tensa que dudo que puedas hacerlo.

Annie no se dio cuenta de que era verdad hasta que él lo mencionó. Intentó relajarse, pero era difícil hacerlo con esa mirada depredadora puesta en ella. La primera vez que lo había visto, había pensado que era un hombre peligroso, y en momentos como ese, reafirmaba su teoría.

—Date la vuelta —le pidió.

Ella lo hizo sin protestar, como si su voz tuviera un efecto hipnótico en su persona.

Él acortó la distancia que los separaba y empezó a desatarle el vestido que Annie se había puesto con dificultad esa mañana, cuando se escabulló de la cama antes de que él se levantara.

El vestido se aflojó y el corsé también, y, al igual que la noche anterior, lo sostuvo sobre su pecho para que no se le cayera.

—Suéltalo —ordenó.

Esta vez no obedeció, demasiado avergonzada para hacerlo. Era consciente de que se estaba contradiciendo respecto a que soportaría lo que le pidiese, pero se le hacía difícil luchar contra el pudor.

—Suéltalo —volvió a decir con suavidad.

Annie respiró hondo y dejó caer el ropaje antes de que pudiera arrepentirse. Cuando él se ubicó frente a ella, sintió enrojecer cada parte de su cuerpo ante su mirada. Nadie, aparte de su madre y su doncella, la había visto en ropa interior, y la mirada intensa de él no ayudaba a calmar su incomodidad. La camisola y la enagua parecía muy poca protección.

—Estás temblando —musitó él, su voz ronca.

—Hace algo de frío.

Él sonrió.

—Eso no es una buena señal.

Ella no entendió qué quiso decir, pero se olvidó de ello en cuanto él dio un paso hacia adelante. Tuvo que contener el impulso de retroceder cuando estiró la mano para tocarle la mejilla.

—Hagamos algo, corderita. Tenemos esta y al menos otras dos noches antes de llegar a Londres. Creo que podemos tomarlo con un poco de calma. ¿Por qué no te acuestas y te demuestro por qué no debes temerle a mi toque?

Annie lo miró dubitativa. No había mucho qué pensar. Era su esposo, debía obedecerle, pero no podía evitar sentirse recelosa ante lo desconocido. Él esperó con paciencia, sin presionarla, y ella finalmente fue a recostarse en la cama.

Observó cómo él se deshacía del chaleco, el lazo y, a diferencia de la vez anterior, también se quitó la camisa. La visión de

su cuerpo desnudo la avergonzó tanto que desvió la mirada, sobre todo porque sintió como su cuerpo cosquilleaba.

—Pareces un cadáver, querida. No te voy a hacer daño.

Annie lo sabía, confiaba en él, pero no podía evitar sentir miedo. No conocía mucho sobre la consumación de un matrimonio, pero si fuera algo agradable, su madre no sería tan infeliz, ¿o sí?

Él se subió a la cama y se ubicó a su lado. Su mirada se posó en su pecho, visible a través de la camisola, y Annie quiso que la tierra se la tragara.

—¿No apagarás las velas? —preguntó dubitativa.

—Eso quitaría gran parte de la diversión —objetó él con una sonrisa burlona.

Sin previo aviso, llevó una mano a su pecho. Al principio, Annie se sobresaltó, pero la caricia era tan suave que sentir miedo le pareció ridículo. Observó con recelo cómo él movía el dedo sobre su seno izquierdo, rodeando su pezón y rozándolo de vez en cuando. Al principio, se sintió como la caricia de una pluma, pero después, un cosquilleo hizo que su pecho se erizara y se volviera más sensible a su toque. Abandonó uno de sus senos y repitió el procedimiento con el otro hasta que estuvo igual de duro. Annie empezó a respirar con agitación, no supo si por los nervios o por el toque.

De pronto, él pellizcó uno de sus pezones y ella jadeó. Sintió cómo empezaba a crecer una punzada entre sus piernas y las apretó por instinto.

—¿Te gusta? —susurró muy cerca de su oído.

Annie no respondió. No fue capaz. Ni siquiera sabía con exactitud qué estaba sintiendo, aunque podía decir con certeza que no era desagradable.

Él pasó la lengua por el lóbulo de su oreja y ella volvió a jadear, esta vez por la sorpresa. La presión entre sus muslos se incrementó, pero llegó a un punto casi insoportable cuando él posó su boca en su cuello y empezó besarla allí.

Annie tuvo que morderse los labios para no hacer ruido, pero no pudo evitar removerse bajo su toque.

—Dime qué sientes, corderita —le preguntó entre besos.

—Yo… Yo…

Ni siquiera era capaz de formular palabra.

La mano que tenía en sus senos empezó a bajar, subió la camisola para meterse por debajo y así poder escabullirse también dentro de su enagua, hasta llegar a donde ella tenía las piernas firmemente unidas.

—Sientes una molestia aquí, ¿no es así? —le preguntó con picardía. Annie apenas pudo asentir—. ¿Por qué no abres las piernas para mí y dejas que la alivie?

Ella no estaba segura a qué se refería, pero separó las piernas con renuncia. Cuando él introdujo su mano ahí, dio un brinco por la sorpresa. Nunca nadie, más que ella misma para asearse, la había tocado allí.

—Estás húmeda —comentó con voz ronca.

Ella se sonrojó.

—Lo siento —musitó.

No sabía a qué se debía. Nunca le había pasado.

—Es natural —la tranquilizó él. De hecho, parecía más que complacido mientras deslizaba sus dedos por los pliegues húmedos.

Sin previo aviso, tocó el punto específico donde Annie sentía la molestia, y entonces, ella se olvidó de todo. Jamás imaginó que

podían existir una sensación así de fuerte y de placentera, que iba a en aumento a medida que él era más rápido con su toque. Empezó a jadear ya sin poder contenerse hasta que sintió que algo se rompió dentro de ella. Unos espasmos recorrieron su cuerpo y dejaron más relajada de lo que nunca se había sentido en su vida.

Abrió los ojos que había cerrado en algún momento de la acción y se lo encontró mirándola. Annie sintió que todo su cuerpo empezaba a teñirse de rojo por la vergüenza.

—¿He… hemos consumado el matrimonio? —preguntó con timidez.

Él se rio.

—No querida, y creo que por esta noche lo dejaremos así. No ha sido tan terrible, ¿verdad?

Ella negó lentamente con la cabeza. Sin intención, sus ojos se posaron su cadera, donde un bulto dentro de sus pantalones llamó su atención. Annie abrió los ojos, sorprendida. Estaba segura de que esa parte de su anatomía no era de ese tamaño.

Él siguió la dirección de su mirada y su sonrisa se amplió.

—Volverá a la normalidad en un rato —informó recostándose en la almohada—. Pronto, tu humedad lo ayudará a entrar en ti.

¿Entrar en ella? ¿Se refería a eso entraría por allí abajo? ¿Cómo? Parecía demasiado grande para que su cuerpo pudiera acogerlo.

Él pareció notar su confusión, por se apoyó sobre un hombro para mirarla.

—Todo estará bien. ¿Confías en mí?

Y Annie, sin ni siquiera dudarlo, asintió, dándose cuenta que era verdad. Confiaba en él. Supuso que era un buen inicio.

Capítulo 9

John recostó la espalda en las almohadas mullidas del carruaje y agradeció que esta vez no le crujiera ningún hueso en el proceso. La noche de descanso había sido elemental para ello, y ya que no había ninguna prisa, podían tomarse su tiempo para regresar.

Observó a la mujer que se acababa de convertir en su esposa y sonrió al darse cuenta de que parecía muy interesada en el paisaje lleno de tierra y montañas. Desde esa mañana, era incapaz de sostenerle la mirada. Se había levantado temprano ese día, al igual que el anterior a ese, y cuando John despertó la encontró arreglada con uno de esos vestidos que le parecía cada vez más horrible, sobre todo después de haber tenido un atisbo de lo que había debajo.

«Ya se acostumbrará», se dijo a sí mismo.

En cierta forma su pudor le causaba ternura. Era refrescante si lo comparaban con los ademanes audaces de Camille.

Pensar en su ex mujer logró traerle, como siempre, un breve resquicio de amargura. Había intentado olvidarse de ella durante todo el viaje, porque sabía que, si la recordaba demasiado, se arrepentiría. Sin embargo, después de pronunciar unos votos románticos frente al yunque del herrero, no pudo evitar que su imagen se colara en su cabeza.

Camille.

Desde un inicio, John había presentido que no sería una buena mujer. Cuando su padre se la presentó como su futura prometida, había visto en sus ojos un brillo retador que le causó recelo. Revelaban un alma que creía que el mundo era suyo y se divertía

con las personas a su alrededor como si fueran peones en un juego de ajedrez. Sin embargo, eso no lo descubrió hasta tiempo después. En aquel momento quiso complacer a su progenitor, y consolado por la belleza de la dama, pasó por alto el instinto que nunca le había fallado.

Todo había resultado peor de lo que jamás imaginó. Hasta el punto de que el escarnio social le parecía un alivio con tal de no tener que volver a verla.

John prometió que nunca se volvería a casar, aunque era consciente de que quizás no podría cumplir esa promesa. Mal que bien, tenía responsabilidades, y John siempre se había sentido apegada a estas, quizás como una forma de demostrarles a todos que, aunque no fuera legítimo, podía hacer bien lo que le correspondía.

Y allí estaba, nuevamente atado por los sagrados lazos del matrimonio.

Sabía que Annie no era como Camille.

Si hubiera pensado, solo por un momento, que esos ojos de corderito podrían estar mintiéndole, no se hubiera casado con ella. Pero, aunque quizás era iluso de su parte pensarlo, él no creía que sus sonrojos ni su timidez fueran fingidos. Pensaba de verdad había tenido una vida difícil, y despertaba en él un instinto natural de protección, como le hubiera gustado que lo protegieran a él de una sociedad vilipendiosa

—¿Piensas negarme la mirada durante el resto del viaje? —le preguntó.

Ella se sonrojó y él sonrió. Admitía que le divertía avergonzarla. Había algo encantador en sus mejillas rojas, pero

detestaba la mirada esquiva.

—Solo observo el paisaje —musitó ella.

—Se mantendrá similar por lo menos tres o cuatro horas más.

Ella giró lentamente la cabeza para observarlo. Esta muy sonrojada, y John ya sabía que no era su rostro lo único que se ponía rojo.

Un escalofrío de excitación lo recorrió cuando recordó su cuerpo desnudo bajo la luz de las velas. No tenía la mejor figura que hubiera contemplado, pues sus pechos eran de tamaño y promedio y sus caderas eran más bien pequeñas, pero tenía un encanto que casi lo hizo perder el control. Era como una pequeña hada seductora, no deslumbrada por su figura despampanante, sino por su aire mítico y mágico.

Le costó demasiado no consumar el matrimonio en cuanto la vio y aún más cuando la escuchó gemir por sus caricias. Sentirse deseado era algo que tampoco experimentaba desde hacía tiempo. Sin embargo, se contuvo. La razón le decía que era muy pronto, a pesar que el instinto le dijo que ella lo recibiría gustosa. Esa vez le hizo caso a la razón, pero temía que otra noche más en sus brazos y vencería el instinto.

—Háblame de ti —pidió.

Ella lo miró con confusión, claramente sin saber qué decirle. John esperó con paciencia. Si querían tener una buena convivencia, debían conocerse mejor, y por lo que sabía de ella hasta el momento, sería un trabajo complicado.

—No hay mucho que decir —musitó Annie.

—¿Cómo fue tu niñez? ¿Qué te gusta hacer? ¿Algún talento en particular? ¿Un pasatiempo que desees cultivar?

—Yo… tuve una niñez normal, supongo —comentó, dubitativa. Suponía que con un padre como Roger Mirren y una madre que casi no hablaba, su niñez no pudo haber sido demasiado normal—. Me agrada leer, pero a mi padre no le gusta que lo haga porque dice que las mujeres no necesitan instruirse. También me divierto con la botánica, pero a padre tampoco le agradaba que lo hiciera por me ensuciaba el vestido, y una dama nunca debe ir descuidada.

John tuvo que contener un gruñido.

—¿Algo que sí te dejara hacer? —preguntó con paciencia.

—Pintar, tocar el piano y bordar. Los dos últimos no se me dan demasiado bien, pero creo que soy decente en lo primero. Cuando desees, puedo hacerte un dibujo —sugirió con timidez.

El hecho de que se lo sugiriera le hizo saber a John que ganarse su confianza no era una causa perdida. Ella no dijo nada más, y como él sabía que Annie no tenía el valor suficiente para devolverle las preguntas, empezó a hablar sin que se lo pidieran:

—Mi niñez fue bastante tranquila. Mi madre era francesa, como habrás escuchado. Hija de nobles, que llegó a Inglaterra huyendo de la revolución. Su matrimonio con mi padre no agradó demasiado a mis abuelos, quienes esperaban un prospecto más adecuado, pero terminaron aceptándolo, y después se arrepentirían. —Sonrió con amargura—. No quiero ahondar en los detalles de la posible relación que tuvo con un antiguo amigo de la infancia, que también llegó a Inglaterra por una fecha similar a la de mi nacimiento, pero intuirás qué es lo que todo el mundo murmura. A pesar de eso, y de que mi querido tío se empeñó a decir a los cuatro vientos que yo era un bastardo, solo porque una vez encontraron a mi madre hablando sola con su antiguo amigo en una velada, mi

padre jamás me trató mal. Si hubo, naturalmente, cierto cambio en el cariño que sentía hacia mí, pero nunca desprecio o malos tratos. No era un mal hombre.

Ella bajó la mirada, como si estuviera pensando «a diferencia del mío». John, guiado por el repentino impulso de evitar que ella se sintiera mal, continuó hablando para distraerla.

—Y si te estás preguntando si soy o no de verdad hijo de mi padre, la respuesta es que no lo sé. —Ella alzó la cabeza. El comentario le había llamado la atención—. Por desgracia para todos, me parezco a mi madre. Ella siempre juró que nunca tuvo nada con su amigo, aunque… cuando él tuvo que regresar a Francia para solventar unos asuntos pendientes, ella lloró toda la noche. Después nos llegó la noticia de su muerte, y se deprimió tanto que enfermó y murió poco después.

—Lo lamento —musitó Annie con los ojos llenos de empatía. No importaba todo lo moralmente incorrecto que hubiera en esa historia, ella solo podía sentir empatía.

—Pasó hace mucho —dijo sin querer demostrar cuánto lo afectaba en realidad.

Para su sorpresa, Annie extendió una mano y la colocó encima de la de él en un gesto de consuelo. John no recordaba la última vez que alguien había intentado si quiera consolarlo.

—La muerte de un pariente siempre será dolorosa.

Él estuvo tentado en preguntarle si a ella le dolería la muerte de su padre, habiendo sido este demasiado cruel con ella. Sin embargo, no tuvo el valor para hacerle ese cuestionamiento. Presentía que Annie sufriría si cualquiera de sus progenitores

muriera, porque era de las mujeres que tenía un corazón demasiado blando para guardar rencor.

«¿Y para amar?», se preguntó de improviso.

Alejó el pensamiento de inmediato. No le interesaba si ella podía o no amarlo, porque esa nunca fue la prioridad de ese matrimonio.

El amor era algo demasiado peligroso. Sus padres lo sabían, y él también recibió un poco de esa lección.

Se detuvieron dos veces ese día para cambiar los caballos y comer algo. Sacarle una conversación era casi tan difícil como quitarle los ojos de encima, pues después de saber lo que había debajo de esos vestidos tan recatados, no podía hacer más pensar que era un pecado llevarlos.

—¿Por qué te vistes así? —le preguntó sin poder contenerse. Estaban cenando un estofado de pollo con verduras al vapor. Se quedarían en esa posada a pasar la noche.

Annie echó un vistazo a su vestido.

—¿No te gusta?

Era horrible, pero John andaba de buen humor, así que no se lo comentó.

—¿Te gusta a ti? —preguntó en cambio.

Ella bajó la mirada.

—Mi padre dice que las damas deben vestirse con recato.

Él debió suponerlo.

—¿Te gusta a ti? —repitió la pregunta.

—Yo… bueno… quizás me gustaría estar un poco más a la moda, pero padre dice que la moda actual es muy desvergonzada.

—Entonces qué bueno que tu padre ya no pueda decidir por ti, ¿no te parece? En cuanto regresemos a Londres, te mandarás a hacer ropa a tu gusto. Gabrielle te puede aconsejar. Es buena con eso, y conoce a las mejores modistas de Londres. Es en esos locales donde se gasta gran parte de mi fortuna —dijo e hizo una mueca de disgusto.

Si tan solo no quisiera tanto a su hermana, sería capaz de recortarle los fondos antes de que lo dejara en la ruina.

—¿Gabrielle? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Mi hermana —aclaró—. Creo que no he mencionado que tengo una encantadora hermana. Está casada, pero viene a pedirme dinero a mí porque su esposo no tiene para cumplir todos sus caprichos. Seguramente te agradará. O te irritará. O ambas. Tiene el don de causar simpatía y desprecio a partes iguales.

—Como tú —musitó ella en un tono casi inaudible.

Pero él lo escuchó y sonrió con malicia.

—Disculpa, ¿qué has dicho?

Ella enrojeció como un tomate.

—Nada.

—Oh, estoy seguro de que dijiste algo. Puedes repetirlo con confianza.

—No fue nada —insistió ella.

—Si no escuché mal, comentaste «como tú». Es decir, insinúas que soy capaz de causar simpatía o desprecio. ¿Me desprecias, querida esposa?

—¡Oh, no! —se apresuró a decir ella. Ante el gesto poco convencido de él, insistió—. No, es solo… es decir, quizás al principio no me agradaste demasiado… bueno, tienes un carácter algo

complicado, pero… no te desprecio. Estoy muy agradecida por tu ayuda, de verdad. Soy consciente del gran favor que me has hecho y… —Dejó de hablar cuando él estalló en carcajadas. Entonces, comprendió todo—. Te estás burlando de mí —lo acusó.

—Un poco. Tengo que admitir que fue divertido. Me he dado cuenta de que tienes una ligera vena mordaz y no siempre te atreves a usarla. Siendo aficionado al humor negro, te aseguro que no te reprenderé por un comentario irónico. Dime una cosa, corderita, exceptuando tu compromiso, ¿nunca sentiste la necesidad de rebelarte? Has vivido llena de restricciones absurdas. ¿Jamás fantaseaste con salir de tu jaula? Los pájaros encerrados siempre sueñan con la libertad.

Ella no contestó de inmediato. Jugó un rato con su comida como si buscase en esa la respuesta.

—Los pájaros que conocen la libertad, tal vez —dijo ella en poco más que un murmullo—, pero aquellos que han vivido toda su vida en una jaula, no imaginan nada más porque no conocen nada más. Y la seguridad de la jaula siempre será mejor que lo desconocido.

John guardó silencio. Ella tenía razón. No podía desear una libertad que jamás supo cómo era.

—Debo sonar como una cobarde —dijo con una sonrisa triste.

Él negó con la cabeza.

—No lo eres. Al final, tuviste el valor de rebelarte. Estamos aquí, ¿no?

Ella asintió con lentitud. De pronto, alzó la cabeza con brusquedad.

—Estaba cansada de que decidieran por mí —dijo con seguridad a pesar de que sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Yo no quería casarme con él. No podía. No podía aguantar más.

Las lágrimas rodaron en silencio por sus mejillas. John se levantó y le ofreció una mano para que ella aceptó con vergüenza.

—Creo que es hora de descansar.

—¿Has pedido de nuevo una sola habitación? —preguntó, temerosa.

—Sí, pero no te preocupes. Solo vamos a dormir.

Porque ni siquiera su gran deseo acumulado haría que tocara a una mujer que se estaba ahogando en sus propias lágrimas.

—Debes creer que soy una esposa terrible —jadeó ella mientras se pasaba la mano por las mejillas para limpiarse las lágrimas.

—No te preocupes. Estoy seguro de que también soy un esposo terrible.

Ella detuvo su andar abruptamente para girarse y mirarlo a los ojos.

—No, no lo eres —dijo con seriedad.

Su solemnidad lo conmovió tanto que sintió el impulso de atraerla hacia sus brazos y robarle un beso apasionado.

En cambio, la condujo a la habitación, dejó que se cambiara detrás del biombo dispuesto para el fin y apagó todas las velas justo después de que ella se metió a la cama con él.

John suspiró. Otra noche en la que ganaba la razón.

Y presentía que habría otras así.

Por suerte era un hombre paciente.

A veces.

Capítulo 10

Estaban a pocas horas de llegar a Londres y Annie se encontraba nerviosa por varias razones: la primera, por la inminente llegada y enfrentamiento con su padre; la segunda: todavía no habían consumado el matrimonio, algo importantísimo para que su boda no fuera anulada.

Aunque no había querido pensar demasiado en ello, Annie empezaba a temer que no le gustara lo suficiente para hacerlo. La noche en que había colapsado durante la cena supuso que el no tocarla fue un acto de bondad, un rasgo que, aunque ya había supuesto que tenía, no dejaba de sorprenderle dada la impresión inicial que tuvo de él. Sin embargo, la noche anterior, a pesar de que había vuelto a pedir una habitación para ambos, no hizo ademán de acercársele, y Annie no tuvo el valor suficiente para insinuarle algo.

¿Cómo podía hacerlo? Se suponía que él era el que debía tomar la iniciativa y ella someterse, si se podía considerar el acto algo tan trágico como para usar esa palabra. Desde que la había tocado la primera noche, Annie había empezado a guardar todavía más esperanzas de que su matrimonio no sería tan terrible, pues lo que había sentido esa noche había sido… había sido… increíble.

Ni siquiera estaba segura de cómo describirlo. Nunca pensó que unos toques o caricias pudieran proporcionarle tanto placer.

Quizás, por eso, también le decepcionaba un poco que no se hubiera atrevido a hacerlo de nuevo. Tal vez pensar así era algo que solo una mujer impúdica haría, pero Annie de verdad deseaba que él volviera a tocarla.

Pero no lo hizo, y no sabía si lo volvería a hacer, lo que la tenía intranquila.

—¿Estás nerviosa por el regreso? —preguntó él.

—Un poco —admitió ella, cosa que no era mentira. No pensaba decirle cuál era su mayor preocupación en ese momento, porque además de que se moriría de vergüenza, incluso a ella le parecía insignificante en comparación al gran problema que se avecinaba—. ¿Cómo daremos la noticia?

—No lo sé. Estaba pensando en publicarlo el *Times*, o en algunos de esos folletines de chismes bastante famoso. O tal vez asistir a una de las pocas veladas para las que tengo invitación y anunciarlo públicamente. De preferencia una en la que esté mi tío. Seguro le daría una apoplejía. ¿Qué opinas?

Annie no necesitó decir nada porque supo que su expresión de horror lo dijo todo. ¿Cómo podía ocurrírsele semejante idea? Lo que habían hecho había sido ya lo suficientemente escandaloso para tratarlo con tan poco tacto. No era que hubiera una manera de evitar el escándalo, pero si formas más discretas de difundir la noticia. Quizás dejándose ver juntos en el parque, comentárselo a una que otra persona que a su vez lo fuera repartiendo por allí y, sobre todo, inventarse una historia lo creíble para que el viaje a Gretna Green, si bien no estuviera justificado, al menos fuera comprendido.

—¿No… no crees que sería más prudente hacer algo más… discreto? —preguntó con tiento.

Él arrugó el ceño y ella temió haberlo disgustado.

—Estoy acostumbrado al escándalo.

Pero ella no. De solo imaginarse en la tarima de un baile anunciando su mayor acto de rebeldía sentía que iba a morirse. Pensó en maneras de hacerlo entender sin enfadarlo, pero detuvo sus cavilaciones cuando lo vio sonreír.

—No estás hablando en serio —dedujo.

—Por supuesto que no. La gente ya me desprecia lo suficiente como para seguir haciendo actos que me ganen su repudio. No soy partidario de obtener la apreciación social, pero no niego que es elemental para sobrevivir. Estaba pensando en usar a mi hermana y a la servidumbre, que el chisme fuera corriendo de boca en boca.

Annie no pudo contener un suspiro de alivio y él soltó una carcajada.

—Dime, corderita, si hubiera insistido en ello, ¿te habrías negado en rotundo o habrías terminado cediendo?

Annie supuso que habría terminado cediendo, como muchas cosas en su vida.

—Lo supuse —dijo él, seguramente leyendo la expresión en su rostro—. Sabes, no voy a quemarte viva por dar tu opinión respecto a algo.

Annie ya suponía que no, pero eran costumbres difíciles de cambiar. Tampoco le dijo eso, pero imaginó que él lo entendió, porque no comentó más al respecto.

Cuando llegaron a Londres, la ansiedad por el regreso se convirtió inevitablemente en su fuente de preocupación principal. ¿Cómo reaccionaría su padre cuando le llegara el rumor? ¿Iría a buscarla o no le dirigiría más la palabra? ¿La pagaría con su madre? ¿Y su antiguo prometido? ¿Buscaría vengarse de alguna manera?

Annie empezó a pensar que había cometido un error terrible al escaparse, pues no dejaban de llegarle a la mente consecuencias, cada una más horrible que la anterior.

De pronto, sintió una mano sobre la suya. Alzó la mirada para encontrarse con esos ojos que una vez le habían parecido crueles, pero que en ese momento estaban llenos de empatía.

—Tranquila —le dijo con amabilidad—. Todo saldrá bien.

Y ella le creyó.

El carruaje se detuvo en ese momento frente a una mansión impresionante, al estilo georgiano y que parecía estar muy bien cuidada. El chófer les abrió la puerta y John brincó para después tenderle la mano a ella. La casa era mucho más grande que la suya, y que la de su tío, a pesar de que este también era un vizconde. La familia de John debía ser más acaudalada de lo que esperó. Guardó la absurda esperanza de que eso contentara a su padre.

Un mayordomo de aspecto impecable les abrió la puerta y le dirigió una discreta.

—Robinson, reúne a todos los criados. Les voy a presentar a su nueva señora.

El hombre rompió su imperturbabilidad al dar un respingo, pero la recuperó con rapidez y dijo:

—Sí, milord.

En pocos minutos, todo el personal de la casa estaba formando filas para presentarse. Annie, que nunca había tenido tantos criados a su disposición, temió no poder aprenderse los nombres de todos, pero hizo el esfuerzo.

En general, todos se comportaron con respeto, aunque ella notó la mirada sorprendida de aquellos que no tenían tanta práctica

disimulando sus emociones. Supuso que John no avisó que se casaría de nuevo, y tomando en cuenta el resultado de su último matrimonio, resultaba bastante sorpresivo. No le sorprendía que él pensara que ellos llevarían el chisme a otras casas. Annie suponía que estaban ansiosos por hacerlo.

—Preparen para la señora la habitación de mi madre —ordenó como si nada—. Y mientras está lista, lleven un baño a mi habitación. Acabamos de regresar de Gretna Green y estamos agotados.

A pesar de que sabía que su intención era dar los detalles del chisme, ella no pudo evitar sonrojarse. Nunca podría acostumbrarse a ser objeto de una historia escandalosa.

John la llevó a su habitación y ella miró ansiosamente a su alrededor. Era una estancia amplia, decorada en azul oscuro y gris con un gran armario al fondo, una vitrina y una chimenea que se ubicaba justo en frente de una cama donde fácilmente entraban tres personas. La ventana era grande, y la cortina lo suficientemente delgada para que la iluminación en la habitación fuera generosa.

—La servidumbre debe estar odiándome por ponerlos a arreglar un cuarto a último momento, pero decirlo con anticipación habría arruinado la sorpresa.

Era evidente que le causaba satisfacción escandalizar a los demás. Se preguntó si siempre había sido así o era un gusto adquirido.

En ese momento, tocaron la puerta y dos jóvenes lacayos entraron con baldes de agua. Se dirigieron al fondo y abrieron una puerta, donde Annie suponía que estaba el cuarto de baño.

Avergonzada, se acercó a él y musitó en voz casi inaudible.

—No tengo ropa presentable para cambiarme.

Nada más había llevado dos vestidos de cambio, y todos estaban sucios.

Él le dirigió una mirada pícara.

—Entonces temo que tendrás que quedarte sin nada mientras lavan alguno de tus vestidos.

Annie lo miró con horror y él se rio.

—Eres demasiado fácil de engañar. No te preocupes, antes de irme, mi hermana dejó unos cuantos vestidos para ti. Supuso que no podrías traerte tu equipaje.

John caminó hasta un baúl que estaba al lado de su armario y lo abrió. Sacó de este unos cuantos vestidos que extendió sobre la cama. Después, puso a un lado enaguas, camisolas y medias. Eran vestidos muy bonitos, pensó Annie en cuando los vio, pero a la vez se horrorizó por lo escandalosos que eran. A pesar de que ya no era una dama soltera obligada a vestir colores pasteles, los colores de esos vestidos estaban destinados a llamar la atención. Uno era rojo intenso, otro azul marino y el último, el más discreto, color melocotón. Sin embargo, lo peor no era eso, sino los descubiertos que eran. Las mangas eran cortas, y el escote parecía demasiado pronunciado.

—¿Quie-quieres que me ponga eso? —preguntó dubitativa.

Su padre la hubiera abofeteado solo de sugerirlo.

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Gabrielle siempre se viste a la moda. Puedes mandar a hacer los vestidos a tu gusto cuando vayan a la modista, pero por el momento tendrás que resolver con estos mientras lavan

los tuyos. Aunque, si me permites mencionarlo, deberías botarlos. Son horribles.

Annie lo miró, atónita.

—Pero si son recatados. Una dama debe ser recatada.

Él, entonces, pareció entender cuál era la pregunta inicial.

—No negaré que la mayor parte de las veces la vestimenta delata la personalidad de una dama —dijo con cierta amargura—. Sin embargo, creo que tú en particular te has excedido en la definición de «recato». Así que si tu pregunta es si me disgusta que vistas así, la respuesta es no. Y en general no me disgustará que te vistas como te plazca a menos que resulte verdaderamente escandaloso. Pero ya Gabrielle tendrá tiempo de asesorarte. ¿Vas a bañarte primero o quieres ser generosa y compartir el baño conmigo?

Como respuesta, Annie tomó el vestido, algunas prendas interiores y se escabulló por la puerta de la habitación de baño que los criados acababan de abandonar, haciendo caso omiso de la carcajada a sus espaldas.

El baño la relajó lo suficiente para calmar un poco el nerviosismo que la atenazaba. Sin duda, los rumores sobre su matrimonio debían de haber empezado a correr, y tendría suerte si esa misma tarde no tenía a su padre en la mansión exigiendo una explicación.

No quiso pensar en ello. Se enjabonó hasta quitarse todo el polvo del viaje y fue reacia a salir del baño hasta que alguien tocó la puerta.

—¿Sí? —preguntó con recelo.

Temía que John hubiera cambiado de opinión y sí quisiera acompañarla. Aunque sabía que la mayoría de sus comentarios estaban destinados a incomodarla, Annie a veces sentía que una parte de él hablaba en serio.

—Milady, mi nombre es Nelly. Me ha pedido que la ayude a arreglarse.

Ella suspiró, aunque el sonido pareció más de decepción que de alivio.

Annie dejó pasar a la doncella, una joven agradable que apenas debía tener quince o dieciséis años, y que la ayudó a vestirse con mucho ánimo. Annie apenas se reconoció a sí misma cuando se vio en el espejo.

Desde que tenía uso de razón, había usado los vestidos recatados que ordenaba su padre, y verse con algo diferente hizo que, por primera vez, se considerara bonita. La doncella también la había peinado de forma diferente. Nada de moños o trenzas apretada, sino que había usado unas tenazas para rizar su cabello y darle más volumen, a la vez que lo recogía con delicadeza sobre su coronilla y dejaba que este cayera como cascada sobre su espalda.

—¿Le gusta? —preguntó la joven tímidamente—. Puedo hacerle otra cosa si no es así.

—Me gusta —aseguró Annie, todavía mirándose con incredulidad en el espejo—. Me gusta mucho.

Casi se echó a llorar, pero supuso que la chica no entendería por qué, así que se contuvo.

John eligió ese momento para entrar y a Annie le dio la impresión de que su nueva imagen lo desconcertó. Esperaba que, como a ella, solo le extrañara verla así y no que hubiera decidido

que se veía indecente, porque Annie lamentaría no poder volver a arreglarse de esa manera.

La doncella hizo una reverencia, murmuró una disculpa y se retiró. John ni siquiera pareció haberla notado. Miraba a Annie como si hubiera encontrado a una extraña en el cuarto.

—Te dije que era muy revelador —dijo ella a la defensiva, sintiendo el impulso de taparse.

—Y un cuerno. Yo mismo iré a quemar tus otros vestidos.

Annie lo miró con sorpresa, pero él no se explicó. Tuvo que conformarse con intentar descifrar qué había detrás de la intensidad de su mirada, pero como no fue capaz, prefirió no pensar en ello.

Él también se había bañado y cambiado de ropa, aunque Annie no sabía dónde. Durante todo el viaje, había usado trajes básicos, algunos incluso le quedaban holgados. Sin embargo, el que llevaba en ese momento se veía que fue diseñado por un buen sastre, y le daba la apariencia de un caballero aristócrata muy apuesto.

Annie se sonrojó de solo pensarlo.

—Venía a preguntarte si querías que te mostrara la casa.

—Por supuesto —dijo emocionada.

John le hizo un pequeño recorrido por la mansión. Le mostró su despacho, la biblioteca, el salón de té, e incluso un pequeño salón de baile donde podía, si quería, organizar veladas.

—Aunque no estoy seguro de que alguien venga —dijo con cautela cuando salieron de ahí para dirigirse a otra estancia.

—No estoy segura de que yo pueda organizar una —acotó ella y él sonrió.

—Entonces ningún inconveniente por ese lado.

Ella bajó la mirada para ocultar una sonrisa.

John le mostró el ala de las habitaciones de los criados, la cocina, las habitaciones principales y de visita y, por último, la galería familiar, donde había una gran cantidad de retratos de los vizcondes y vizcondesas de Montrose.

No le costó identificar cuáles eran los padres de John. Era el último retrato del recorrido, y la dama, sentada con elegancia al lado de un caballero rubio y bien vestido, era el retrato de su esposo en femenino. Ambos compartían los cabellos oscuros, rasgos mediterráneos y ojos color ámbar. Entendía por qué había dudas de su legitimidad, pues no había nada que compartiera con el antiguo vizconde. Sin embargo, que se pareciera tanto a su madre debería haber bastado para acallar los rumores.

O hubiera bastado si la sociedad no apreciara más el chisme más suculento.

Annie no comentó nada mientras observaba el retrato y John tampoco. Él estaba ensimismado, como si les estuviera preguntando algo y esperara con ansias una respuesta. Por primera vez, su rostro había pasado de ser la de un hombre rudo a alguien vulnerable. Annie se lo imaginó como ese niño al que había rechazado por algo que no estaba en su control.

Colocó tímidamente una mano sobre su hombro, llamando su atención. No se dijeron nada, pero Annie esperaba que entendiera que ella jamás lo iba a juzgar.

Cuando se disponían a salir, tocaron la puerta. El mayordomo anunció con su rostro imperturbable que el señor y la señora Mirren se encontraban abajo, queriendo hablar con los vizcondes.

Annie sintió que se le iba la sangre de la cara.

Habían aparecido más rápido de lo que esperaba.

Observó a John con preocupación, pero este no parecía compartir su inquietud. Su semblante era inexpresivo, si acaso ligeramente fastidiado.

—No te preocupes querida, no pasará nada —dijo con seguridad y le ofreció un brazo que ella aceptó con reticencia.

Tropezó al menos dos veces antes de llegar al salón de visitas. John la sostuvo con paciencia y sin decir nada. Cuando llegaron, Annie solo tuvo tiempo de ver a sus padres dos segundos antes de que este se acercara a John con enfado y lo golpeara en el rostro.

Capítulo 11

John se acarició la mejilla dolorida e hizo una mueca de disgusto. Se cuidó mucho de mostrar otra emoción, pues estaba seguro de que el mínimo gesto que reflejara su enfado complacería al animal que tenía en frente.

Annie jadeó a sus espaldas e hizo ademán de acercarse, pero John la detuvo con un gesto de manos. No la quería cerca de él.

—Una bienvenida un poco violenta, señor Mirren. Con gusto le devolvería el gesto, pero soy un caballero y no es adecuado ni justo que las damas presencien estos comportamientos.

Se sintió orgulloso por el tono de cinismo en su voz.

—¿Caballero? ¿Ha secuestrado a mi hija y se hace llamar caballero?

—No me ha secuestrado, padre. Yo he ido con él por voluntad propia —murmuró Annie.

Su voz apenas fue audible, pero considerando que estaba temblando, a John le sorprendía si quiera que hubiera podido hablar.

—¿Te has vuelvo loca? —gritó el hombre. Dio un paso hacia ella, pero John le bloqueó el paso—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Yo… yo…

No necesitaba verla para saber que estaba a punto de echarse a llorar. Estaba intentando ser una joven valiente, pero el terror hacia él no era algo que pudiera vencer en un día.

—Sí, ha decidido que no quería casarse con un vejestorio y ha optado por un partido mejor.

—¿Mejor? Eres un bastardo divorciado —espetó.

—Pero tengo cabellos, todos mis dientes, y la capacidad de responder en ámbitos más… íntimos.

Los ojos de Roger Mirren brillaron con ira.

—¿Te has atrevido a tocarla? —preguntó, y había algo extraño en la forma en que lo hizo. No parecía solo la indignación de un padre cuya autoridad había sido burlada, sino algo más.

Si no fuera absurdo, John pensaría que acababa de quitarle algo que quería para él.

—Es mi esposa. Sin embargo, también considero que este es un tema que no se debería hablar frente a las damas.

Por supuesto, él no le hizo caso. Centró su atención en Annie.

—Has dejado que te toque —escupió con rencor—. Y ahora te vistes como una puta.

John no se giró para ver su reacción porque no quería perder de vista a Mirren, pero la escuchó jadear con vergüenza, y, por si fuera poco, Mirren le dedicó a su hija una mirada de arriba abajo que terminó de encender su ira.

—¡Basta! —exclamó—. Me he casado con ella y no hay nada que pueda hacer al respecto. Así que si eso es todo…

En ese momento, John se fijó en la mamá de Annie. Estaba detrás del señor Mirren, con la cabeza gancha y la mirada en el piso, pero ni así podía disimular un moretón en la mandíbula que se estaba tornando amarillo.

La miró con compasión y echó un vistazo a Annie, que evidentemente se había dado cuenta de la condición de su madre desde hacía rato, la delataba la mirada compungida con que observaba la situación. Sintió, si se podía, más desprecio por Mirren. Un hombre que se atrevía a ponerle una mano encima a quien no

tuviera fuerza o voluntad suficiente no era un hombre, sino un cobarde que no tenía otra manera de demostrar poder.

—Esto no se quedará así —amenazó Mirren.

—Puede mandar una nota con sus amenazas y le responderé si considero alguna digna de mi tiempo. Váyase, y está demás decir que no es bienvenido a mi casa.

Roger Mirren apretó los dientes y observó a Annie.

—Y tú no eres bienvenida a la nuestra. A partir de este momento, olvida que tienes familia.

Mirren se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la salida. La señora Mirren, en cambio, se detuvo un momento, observó a Annie y dejó caer una nota antes de apresurarse detrás de su marido. Como Annie todavía estaba conmocionada por el encuentro, John tomó la carta y se la entregó. Annie, en lugar de abrirla de inmediato, se echó a llorar.

Al igual que la última vez, su llanto le generó incomodidad. No sabía qué hacer cuando una mujer lloraba, y menos si era debido a una situación delicada como esa, así que se limitó a instarla a sentarse y se ubicó a su lado. Colocó una mano sobre las temblorosas de ella.

—No va a perdonarme —sollozó—. Sabía que me despreciaría, pero… pero creí si entendía que no eras un partido tan malo, quizás lo aceptase.

A John le generó ternura que ella pudiera considerarlo un partido aceptable. Supuso que, dadas sus opciones, él era un premio.

—Él debería pedirte perdón a ti, no al revés. Un buen padre no se comporta así con su hija.

—Pero si no me perdona, no me dejará ver a mi madre.

—Después resolveremos eso.

John tendría que pensar en cómo, pero no se veía capaz de dejar a esa señora al lado de un hombre así.

—¿Por qué no abres la carta?

Annie la observó como si se acabara de acordar de esta. La abrió con lentitud y sacó una nota breve. John reconoció la caligrafía de la carta que le había llegado hacía varias semanas. Así que había sido la señora Mirren quién la había enviado. No era nada un buen augurio. Si la hubiera escrito Annie, John habría entendido su móvil, pero que la hubiera escrito una dama que apenas hablaba decía mucho de lo crítica que era la situación.

La nota contenía apenas unas cuantas palabras, por lo que no se le hizo difícil leerla al mismo tiempo que Annie.

No regreses a la casa.

Un mensaje poco alentador.

Annie empezó a sollozar de nuevo y John optó por rodearle el hombro con los brazos y atraerla hacia él.

—¿Acaso mi madre tampoco quiere verme?

—Ella te apoyó con el escape. No desaprobaba el matrimonio, así que dudo que sea eso.

—¿Entonces por qué no quiere que regrese?

Eso mismo se preguntaba John. Cuales fueran las razones, debían ser lo suficientemente graves para que la dama se arriesgara a enviarle una nota. Podía leer en esas palabras la misma desesperación de cuando le pidió que se casara con su hija.

—Quizás no quiere que enfrentes la ira de tu padre —sugirió, no muy convencido.

Eso, o Mirren la había obligado a escribir esa carta para lastimar a Annie. Pero lo dudaba. Si hubiera querido que su esposa lo apoyara con el acto de repudio a su hija, la hubiera presionado para que hablara durante su encuentro.

—A veces siento que mi madre deseaba más que yo que saliera de allí —musió en voz baja, pensativa—. No quiero que mi padre descargue su ira en ella.

—Pensaremos en algo —prometió él.

Annie recostó la cabeza sobre su hombro y él le dio unas palmaditas en la espalda. Se sentía extraño estar así con una mujer, compartiendo un momento íntimo, consolándola. Ni siquiera sabía que era capaz de ello. El matrimonio con Camille le había enseñado que la mujer no era nunca tan débil o sensible como hacía creer, así que había desarrollado cierto cinismo en el trato hacia las féminas. Incluso de vez en cuando su hermana le hacía saber que se estaba pasando de la raya. Sin embargo, con Annie era diferente. No podía ser rudo con ella, no podía pensar mal de ella. Sin duda eso sería su perdición en un futuro.

Ella alzó la cabeza y John se quedó prendado de sus hermosos ojos azules. Puros, sinceros, tentadores. Sin poder evitarlo, se fijó en su boca. Estaba cerca, muy cerca. Justo cuando había decidido que no tenía por ser un canalla solo por querer besarla en un momento tan delicado, una voz femenina dijo:

—Al fin llegaron. Empecé a temer que el padre de la novia los hubiera encontrado y tu cuerpo estuviera en algún lugar de la carretera, John.

Annie se apresuró a limpiarse las lágrimas mientras John observó a su hermana con fastidio.

—Gabrielle. Tenía la fe de no verte hasta la noche.

—Con lo rápido que corren los chismes fuiste muy optimista. A estas horas todo Londres debe saber de tu regreso. Me atrevo a apostar que una u otra anfitriona de renombre los invitará a su fiesta solo para obtener cotilleos de primera mano.

—No nos vendría mal. Lamentaría que lo único que pudiera ofrecerle a mi esposa es un título sin ningún contacto social.

Notó que Annie miraba con curiosidad a Gabrielle, pero, fiel a su costumbre, no dijo nada. John estaba por intervenir cuando su hermana se encargó de la situación.

—Como mi hermano aún no aprende los conceptos básicos de educación, me presentó: soy Gabrielle, su hermana, y puedes contar conmigo para lo que deseas. Soy especialmente buena llenando silencios incómodos y asesorando compras.

—Más bien fomentando conversaciones incómodas y gastando dinero —gruñó él.

—También soy la más simpática de la familia —añadió con una sonrisa burlona.

Annie esbozó una pequeña sonrisa divertida que consiguió que el fastidio de John por la presencia de Gabrielle se desvaneciera.

—Mi nombre es Annie —dijo con timidez.

—Encantada, querida. Creo que nos llevaremos muy bien. Mi hermano me informó que quizás necesitabas un nuevo guardarropa, y no veo mejor ocasión para conocernos mejor que ir de compras. Conozco a las mejores modistas de esta ciudad, y también las mejores tiendas de accesorios. Ya es un poco tarde, pero mañana temprano podemos ir a Bond Street y aligerar un poco el peso de las arcas de mi hermano, ¿no crees?

John bufó y se dejó caer en el sofá.

Notó que Annie no respondía, y entonces se dio cuenta de que lo estaba mirando. No comprendió por qué hasta que Gabrielle dijo:

—A John no le importa, ¿verdad?

—No.

—Y tenemos carta blanca, ¿no es así, hermano?

Él le lanzó una mirada acusadora.

—Ella sí. Tú no.

Gabrielle hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—De todas formas, no pensaba comprar demasiado. Ya hice la orden más grande a principios de temporada. Imagino que estarán agotados por el viaje, así que me iré temprano. Uno de estos días traeré a Oliver a cenar. Es mi esposo —le aclaró a Annie —. También te agradará. Oh, estoy tan emocionada de que John se haya casado.

A pesar de decir que se marcharía temprano, Gabrielle se quedó con ellos hasta casi la hora de la cena. Annie parecía cómoda en su presencia, y solo por eso John no la echó, aunque sus continuas bromas lo estaban exasperando. Cuando por fin se fue, suspiró con alivio.

—A veces puede ser agotadora —murmuró.

Para su sorpresa, Annie asintió.

—Me agrada —se apresuró a aclarar—. Solo que cuesta un poco seguirle el ritmo. —Jugueteó nerviosamente con los pliegues de su falda—. ¿De verdad no te importa? —preguntó sin mirarlo.

—¿Qué cosa?

—La cantidad que gaste en vestidos. En decir, entiendo si hay un límite y no has querido decirlo. Lo cierto es que no necesito tantos vestidos, y creo que…

—Annie, no me importa —le aseguró—. Si la sociedad aún me tolera es porque tengo dinero para mover medio Londres a mi antojo. Y si Gabrielle hasta el momento no me ha llevado a la ruina con sus compras, dudo que lo hagas tú.

Ella asintió, no muy segura.

—Quizás sea imprudente preguntar, pero si tiene esposo, ¿por qué…?

—¿Por qué va de compras con mi dinero? Es una excelente pregunta —dijo con fastidio—. Gabrielle siempre ha tenido gustos caros en todo, excepto en esposo. Se enamoró de un caballero respetable, pero de fortuna moderada. Puede mantenerla bien en gran parte de los aspectos, pero no podría jamás permitirse un guardarropa como el que ella desea. Así que se aprovecha de que la quiero más de lo que me gusta admitir. ¿Estará lista la cena? Tengo demasiada hambre.

Annie esbozó una pequeña sonrisa, quizás porque identificó su forma poco sutil de cambiar el tema. Pero a John jamás le había gustado hablar de sus sentimientos. Prefería demostrarlos con acciones sutiles.

No hablaron demasiado durante la cena, pero el silencio no fue incómodo. En general, John jamás había sido una persona conversadora, así que no le molestaba. Y estaba convencido que Annie lo apreciaba. Aún parecía un poco nerviosa en su presencia. Algo absurdo, considerante que llevaban viajando juntos casi una

semana, pero habiendo tratado con su padre, no podía culparla por ser cautelosa al hablar.

Cuando finalizaron la cena, John la acompañó a la habitación que ya habían acondicionado para ella. Observó su reacción mientras la detallaba. Su madre era una mujer sofisticada y de gusto exquisito, por lo que la habitación estaba pintada en blanco marfil con columnas y marcos dorados. La cama ocupaba media habitación, y en la otra mitad se distribuían sillones a juego con la decoración, ideal para tomar el té con algún invitado íntimo.

—¿Te gusta? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

Ella se giró lentamente hacia él y asintió. De pronto, bajó la mirada con timidez.

John no supo por qué. Se dijo que necesitaría más tiempo para comprenderla.

—Bien. Nos vemos mañana. Buenas noches.

Había dado un paso para su propia habitación cuando ella susurró:

—Espera.

Él se volteó. Tenía una expresión confundida en su rostro, y lo mirara como si no supiera qué decir. Estaba apretando de nuevo el dobladillo de su falda.

—Yo… yo… ¿no te gusto?

Lo dijo tan bajo que dudó de haberla escuchado bien. Sin embargo, sabía que eso era exactamente lo que había dicho, y lo sabía porque tenía la mirada baja y sonrojada.

—Annie…

Ella alzó la cabeza, en un gesto inusitado de valor.

—Soy consciente de que no soy demasiado bonita —dijo con nerviosismo—. Pero, pensé que quizás…

—Annie —la interrumpió él—. Te aseguro que, si no he consumado el matrimonio, no es porque no me gustes.

Ella no formuló la pregunta en voz alta, pero él la vio en sus ojos. Suspiró.

—El sexo suele ser más interesante cuando la otra persona está dispuesta, y suele estar dispuesta cuando tiene más confianza.

—Yo estoy dispuesta —se apresuró a decir ella.

Él sonrió.

—¿A cumplir con una obligación, o a disfrutar del momento?

Ella se sonrojó, y John esperaba que fuera una buena señal. Aún recordaba cómo había temblado entre sus brazos la única vez que se atrevió a tocarla. Le gustaría que siempre fuera así.

—Responde, corderita —dijo dando un paso al frente. Podría estar volviéndose loco, pero la idea de acorralarla lo estaba excitando—. ¿Estás dispuesta por obligación o por disfrutar del momento?

Annie abrió la boca, pero ninguna palabra salió de esta. John dio otro paso adelante. Esta vez ella apenas lo miró. Su cara parecía un tomate.

—Yo… yo…

Ella retrocedió un paso que él no tardó en cubrir. Se inclinó hacia adelante hasta que sus labios le rozaron la oreja.

—¿Estás dispuesta a que me haga un festín con tu cuerpo, que te toque aún más íntimamente que la última vez, y a explorar el mío? ¿Confías en mí lo suficiente para eso?

John esperaba que dijera que no, y no la culparía si lo hacía. A fin y al cabo, se conocían muy poco y las circunstancias habían sido apresuradas. Por eso, se sorprendió cuando ella dijo:

—Sí.

Ahí murió cualquier indicio de caballerosidad que estuviera dispuesto a tener. A fin y al cabo, era un hombre que llevaba mucho tiempo sin sexo, con una esposa que le resultaba especialmente atractiva y que estaba bien dispuesta.

Además, pensó mientras cerraba la puerta tras de sí, no podía permitir que se arriesgaran pedir la anulación del matrimonio.

A veces, el momento ideal había que crearlo, y eso era lo que estaba a punto de hacer.

Capítulo 12

Annie se arrepintió de su acto de valor en el momento en que él cerró la puerta tras de sí. Algo había cambiado en su mirada. Era más oscura, intensa, como la de un animal que acababa de visualizar a su presa.

Ella era la presa.

Normalmente, ese pensamiento la habría hecho sentir muy incómoda, pero en ese momento, aunque estaba nerviosa, un ligero cosquilleo le recorría todo el cuerpo. Sabía que él no le haría daño, y tampoco olvidaba lo que había sentido la última vez que la tocó.

Quizás, por eso, se había atrevido a cuestionarlo.

Él se deshizo del frac y empezó a desabotonarse el chaleco. Annie tragó saliva.

—Tienes hasta que me desabotone la camisa para cambiar de idea —dijo en tono de broma.

—No voy a cambiar de idea —musitó ella.

Quería hacerlo, darse la vuelta y esconder su vergüenza, pero sabía que era por el nerviosismo y no por un verdadero desprecio a su esposo, pues era verdad lo que le había dicho: confiaba en él.

Annie se decía a sí misma que el matrimonio se tenía que consumar, pero también era consciente de que esa no era su única motivación. Su último encuentro íntimo fue… agradable, y aunque una mujer no debería sentir esas cosas ella quería volver a experimentarlo.

No se atrevía, por supuesto, a decírselo. Era mal visto que una dama tuviera pensamientos lujuriosos, y aunque por lo que le

había dicho parecía importarle bastante que ella deseara su compañía, Annie temía ser muy expresiva.

Él dio un paso hacia ella, pero Annie no se movió. Ya se había desabotonado el chaleco y se lo estaba quitando con mucha lentitud.

—Me sorprendes, corderita.

Annie se había prometido a sí misma no volver a preguntar para no molestarlo, pero no pudo evitar hacerlo:

—¿Por qué me llamas así?

—No te va a gustar la respuesta —advirtió.

Ella lo suponía. Lo miró, esperando que continuara.

—La primera vez que te vi, cuando me acerqué a ti para preguntarte tu edad, tus ojos me recordaron a los de un cordero asustado, tembloroso, con ganas de huir.

Ella bajó la cabeza, avergonzada. Su debilidad ante las situaciones de presión era algo a lo que se había acostumbrado, pero no una característica que la enorgulleciera. Annie muchas veces había querido ser más valiente, atrevida, como su prima Charlotte. Pero no podía. Simplemente no podía. Sus palabras eran ahogadas por el miedo.

No podía culparlo por verla débil porque sí lo era.

Sintió un ligero toque en la barbilla instándola a alzar la cabeza. Annie no quería, sentía que los ojos le escocían, pero él insistió.

—Pero ahora creo que eres una corderita valiente.

—No es verdad —dijo con desdén.

—Sí lo eres. Estás aquí, ¿no es así?

Parecía sincero, y Annie quiso creerle.

—Puedo dejar de llamarte así si lo deseas, pero conservé el apodo porque me gusta. Los corderos son lindos, tiernos e inocentes, y esas son características que me fascinan de ti.

En cualquier otra ocasión no se hubiera reconfortado tan rápido, pero la sinceridad de su tono alimentó tanto la pequeña ilusión que tenía de ser querida que Annie decidió creerle. Esbozó una sonrisa tímida para mostrarle su acuerdo e hizo un esfuerzo por sostenerle la mirada.

Se arrepintió en cuanto notó que empezaba a desatarse el lazo del cuello. Tragó saliva. Iba a suceder. De verdad iba a suceder.

—Entonces, corderita —dijo deshaciéndose del lazo—. ¿Sigues dispuesta?

Annie apenas fue capaz de asentir. Sentía la boca seca. Él se quitó la camisa y ella no pudo evitar deleitarse con su cuerpo bien formado.

—Sí —susurró, sintiendo de pronto la boca seca.

Y, sin saberlo, acababa de sellar una nueva etapa de su vida.

Una increíble etapa de su vida.

***

Cuando Annie se despertó John ya se había marchado. Sin poder evitarlo, se sintió aliviada. No sabía si podría verlo a la cara después de lo que había pasado entre ellos esa noche. Había sido… Había sido… Ni siquiera tenía palabras para describir cómo había sido. Era algo que nunca antes había experimentado, y estaba muy complacida de que esa parte del matrimonio no fuera ni la mitad de lo desagradable que esperó.

Se percató de que aún estaba desnuda y, con vergüenza, fue a ponerse un camisón antes de llamar a una doncella. La misma joven de dieciséis años que la había atendido cuando llegó llamó a su puerta, luciendo una sonrisa reluciente y mostrando un ánimo contagioso.

—Buenos días, milady. Espero que no le moleste que yo la atienda de nuevo, pero no hay mucho personal y todavía no encuentran a alguien ideal para usted.

—Estaré encantada de que me atiendas —dijo Annie con dulzura.

La joven le agradaba. Era alegra y extrovertida, todo lo que Annie siempre deseó ser. Además, tenía un talento excepcional con los peinados. Le hizo un recogido sencillo, pero elegante, que enmarcaba su rostro y le daba un aire de inocencia exótica que le quedaba bien. Se colocó otro de los vestidos de Gabrielle, y aún le costaba verse con ellos. Habiendo sido inculcada en valores moralistas, Annie no podía evitar sentirse incómoda.

—Nelly, ¿no estará listo alguno de mis vestidos?

La joven la observó con confusión.

—¿Sus vestidos, milady?

—Sí, los que traje conmigo. ¿Los lavaron?

Podría jurar que la joven palideció.

—Milord dijo que los botáramos, milady. Lo lamento, no sabía que los quería.

Annie no podía creerlo. Pensó que John estaba bromeando cuando dijo que se desharía de sus vestidos. No supo si reírse o indignarse, así que decidió hablarlo con él después.

Dejó que la doncella terminara de arreglarla y bajó a desayunar. Aún no conocía bien la casa, por lo que tuvo que pedirles indicaciones a algunos criados para llegar a la sala del desayuno, sin embargo, cuando estaba por cruzar el saló principal, escuchó una voz que la congeló en el sitio.

—Eres un maldito —dijo el señor Clark con la voz ronca del coraje—. Sabía que no eras un caballero, pero robarme a la novia entra en un nuevo nivel de bajeza.

Annie no se atrevió a entrar, pero tampoco quiso marcharse. Con sigilo, se escondió detrás de la puerta para escuchar mejor. A pesar de saber que ese hombre no podía hacerle nada, todavía sentía escalofríos al mirarlo. No pudo evitar comparar la brusquedad de sus besos con la paciencia de John, ni el desagrado que le causaba sus caricias con los estremecimientos de placer que le provocaba su esposo. ¿Por qué?, se preguntó. Por qué sería tan diferente cuando alguien si era de su agrado. ¿Estaba lo físico conectado con lo emocional?

Preguntas que a esas alturas no tenían importancia.

—Más que robarla, yo diría que la salvé del terrible dragón escupe fuego que te consideraba, lo que me convierte en un caballero de brillante armadura a sus ojos.

El señor Clark levantó la mano, pero no llegó a golpearlo. Aunque estaba controlándose a pura fuerza de voluntad.

—Debería retarte a duelo por eso.

—Puedes hacerlo, pero con lo bien que se me da la espada y considerando que nunca he errado un disparo, no creo que sea buena idea. Además, tío, ya no estás en edad para estos juegos de

honor. ¿Por qué no regresas a tu casa y esperas la muerte con tranquilidad?

Dado lo bien que se había portado con ella, Annie había olvidado que podía ser una persona muy cruel. No le molestaba, pues nada más la había tratado así en su primer encuentro, pero sí la hacía un poco recelosa de su carácter.

—Bastardo —escupió el hombre con rabia. Parecía al borde de una apoplejía—. Eso es lo que quieres, ¿no? Que muera para que ya nadie reclame el título.

—No es que puedas hacerlo de todas formas.

—Lo haré —aseguró y Annie se sobresaltó—. Ese título no te corresponde. No eres hijo de mi hermano y lo voy a demostrar.

Annie se sorprendió de que John ni siquiera se inmutará.

—Te deseo suerte con eso. Aunque si me pides mi opinión, solo gastarás dinero y energías en una causa perdida. No tienes lo suficientes contactos para mover algo tan grande, tío y, si a eso vamos, ¿por qué quieres ser vizconde? Estás en una edad en la que tu cuerpo no resiste tanta actividad. Tampoco tienes herederos a los que dejarles el prestigio del título.

—Podría haberlos tenido si no me hubieras robado a la prometida.

—Permíteme dudarlo. Estoy seguro de que a tu edad ya no estás en condiciones de engendrar hijos. Creo que le he hecho un favor a Annie. Está joven, merece conocer los placeres de la carne que alguien como tú no puede proporcionales.

El rostro de Annie se puso tan rojo de la vergüenza como el del señor Clark de ira.

—No presumiría yo de ser buen amante, sobrino. Si fuera así, tu ex mujer no te habría engañado con medio Londres.

Esta vez el comentario sí logró despertar la ira de John. Annie se mordió el labio cuando lo observó acercarse con energía amenazante al señor Clark.

—Vete de mi casa.

—¿Te han dolido mis palabras? —se burló el anciano.

Esta vez fue John quien levantó la mano para golpearlo. Annie ni siquiera lo pensó para intervenir.

—¡No! —chilló adentrándose en la habitación.

Cuando los hombres posaron la vista en ella, se sintió como un verdadero cordero que acababa de irrumpir en la cueva de los lobos. Sin embargo, estaba cansada de tener miedo, y no podía permitir que John hiciera algo que podría perjudicarlo. Respiró hondo y dijo:

—Creo… creo que podríamos solucionar eso de manera más civilizada.

Su valentía se esfumó cuando notó la mirada del señor Clark sobre ella. Dio un paso inconsciente atrás cuando el hombre hizo además de acercarse.

—Tú, perra…

John se interpuso entre ellos antes de que él pudiera intimidarla más. Annie lo agradeció, porque estuvo a punto de salir corriendo.

—Vete, tío. No eres bienvenido en esta casa.

El hombre dudó hasta que por fin pareció entender que no le era conveniente una pelea con John.

—Cobraré esta ofensa, te lo juro —siseó antes de marcharse.

Solo después de que se marchó Annie pudo relajar los hombros. Observó a John, cuyo rostro sin expresión era más perturbador que cualquier rastro de ira. Su mirada estaba vacía, como si su mente se hubiera hundido en los recuerdos, y Annie no sabía qué hacer.

—John… —musitó.

—Necesito estar solo —dijo antes de marcharse.

Ella observó el salón vacío y suspiró. Jamás se había atrevido a molestar a su padre cuando se encerraba molesto en el despacho, y su naturaleza la instaba a tener con John la misma precaución. Sin embargo, le inquietaba verlo molesto, y de alguna manera quería reconfortarlo.

—Pero quizás sea más prudente dejarlo tranquilo, Annie —se dijo.

Tampoco sabía muy bien qué decir para animarlo, y temía desatar aún más su enfado.

Arrugó la falda de su vestido, indecisa. Su rostro, aunque inexpresivo, mostraba tanta desolación. Se percató de que no podía soportar verlo así y tomó una decisión.

Solo esperaba no equivocarse.

Capítulo 13

John exhaló el humo producido por el puro, pero ni siquiera así pudo disminuir la tensión que se había formado en sus hombros por la visita de su tío.

«Maldito viejo», pensó. Supo dónde atacar.

John había intentado convencerse durante muchos años de que lo que pasó con Camille era un capítulo cerrado del libro, pero sería iluso negar en ese momento que no le afectaba. ¿Cómo no iba a hacerlo si lo que dijo su tío era verdad? Le había puesto los cuernos con medio Londres y era algo que el orgullo no podía olvidar con facilidad.

Maldijo el momento en que decidió casarse con esa mujer. Su vida solo había sido desdichada desde entonces.

Un ligero toque en la puerta interrumpió sus cavilaciones. John no tenía ganas de hablar con nadie, así que no respondió esperando que su silencio fuera interpretado como rechazo. Sus criados sabían desaparecer cuando estaba de mal humor. Sin embargo, volvieron a tocar y, esta vez, antes de que pudiera mascullar una negativa, abrieron la puerta.

Ver a Annie en el marco sosteniendo una bandeja que parecía más grande que ella lo sorprendió. Su primer instinto fue ir a ayudarla, pero mientras se recuperaba de la sorpresa ella ya había atravesado media habitación con agilidad. Dejó la bandeja sobre la mesa del escritorio y le sonrió débilmente.

—No desayunaste—musitó con timidez—. Pensé que quizás te gustaría comer algo.

El gesto no hizo sino avivar su estupefacción. No recordaba la última vez que alguien se había preocupado así por él y, sin embargo, ahí estaba esa pequeña criatura, arrugándose se la falda por el nerviosismo y observándolo con ojos de corderita dudosa. Tenía miedo, también acababa de pasar un mal rato, y aun así estaba preocupada por él.

La vista de ella se desvió a su mano, donde aún sostenía el puro, y John se apresuró a apagarlo. Ella no dijo nada, pero él sintió la necesidad de explicarse.

—Estoy intentando dejarlo —dijo como un adolescente avergonzado—. Solo fumo cuando estoy… estresado.

—No tienes por qué darme explicaciones —replicó ella en voz baja.

No, pero John sentía la necesidad de hacerlo. No quería que nada manchara la imagen que tenía de él, ni siquiera un vicio tan insignificante.

«Vaya tontería», se dijo cuando reflexionó sobre sus pensamientos. ¿Desde cuándo le importaba la opinión ajena? Había tenido que superar ese miedo en el momento en que decidió divorciarse. Y, sin embargo, ahí estaba, cuidando la imagen que daba ante su nueva esposa como si no acabaran de recordarle que las mujeres eran criaturas de cuidado.

Pero al menos esa parecía preocuparse por él.

—Gracias por el desayuno —dijo destapando la bandeja. Había un plato con algunas tostadas, huevos, y tocino—. No debiste haberte molesto. Iba a desayunar más tarde.

O no. Cuando se molestaba, el hambre se esfumaba con rapidez.

Annie parecía deducirlo, porque lo observó con escepticismo.

—Yo…

A veces, su silencio lo perturbaba, porque sentía la necesidad de llenarlo con algo. Ella no reclamaba, no cuestionaba, pero era humana, y John sabía que tenía preguntas que su timidez le impedía formular. El problema era: ¿quería él responderlas?

—Lamento si fui brusco hace un rato —fue todo lo que pudo decir.

—Comprendo —dijo ella con suavidad—. No fue una reunión agradable. Sabíamos que no lo sería.

En realidad, John había esperado con ansias ese encuentro. La imagen de su tío enfurecido y derrotado había alimentado su retorcido deseo de venganza hasta hacerlo sentir una satisfacción cruel, y así había sido al principio, hasta que este le devolvió la jugada.

Debió suponer que podía pasar. No se podía tentar una persona hasta el máximo y esperar que no devolviera el golpe.

Solo que no imaginó que la herida fuera tan profunda.

Annie se sentó frente a él y observó en silencio cómo masticaba con desgana un trozo de pan. Parecía preocupada, y John quiso asegurarle que todo estaba bien. Que él estaba bien. Solo que no lo estaba y no se atrevía a mentirle con tanto descaro.

—John… —dijo ella finalmente, con la duda típica de quien estaba punto de hacer una pregunta incómoda—. Tu… es decir, la relación… bueno, eh…

Ella no sabía cómo formular la pregunta, pero él la intuyó de todas formas.

—No quiero hablar de ello —respondió moderando su tono para no asustarla.

Annie se limitó a asentir.

Se formó un silencio incómodo mientras John hacía un esfuerzo por comer y ella se limitaba a observarlo. Se preguntó qué estaría pasando por su cabeza. Pensaría, quizás, que era un cornudo que no había podido controlar a su mujer. ¿Le tendría lástima? No estaba seguro de poder soportar eso último. Si algo siempre había detestado John era la lástima. Por eso se había divorciado.

—Sabes —comentó ella mientras sus dedos dibujaban con parsimonia sobre la superficie del escritorio—, yo… yo creo que eres un gran hombre. Y estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí. Me gustaría que supieras que yo… bueno, yo jamás… jamás haría lo mismo que ella.

—Lo sé.

La respuesta fue tan rápida que incluso él mismo se sorprendió. Ni siquiera lo había pensado, porque, por alguna razón, tenía una fe ciega en ella. Era incapaz de concebir que la mujer dulce y tímida sentada frente a él pudiera traicionarlo. No la conocía desde hacía tiempo, pero hubiera podido poner las manos al fuego por su lealtad.

Esperaba no terminar quemándose.

—Ven aquí —le pidió dándose unas palmadas en el regazo.

Annie se sonrojó y dudó. A John le encantaba su pudor. Una parte de él esperaba que nunca lo perdiera, mientras otra deseaba corromperla hasta hacerla sonrojar solamente de deseo.

Con lentitud, y como haría una buena esposa, Annie se levantó y obedeció. Una vez estuvo en su regazo, John la rodeó con

sus brazos y la atrajo hacia él. Hundió la cara en la suavidad de su cuello e inhaló su aroma. Olía a rosas, dulces, delicadas como ella misma.

Su miembro se endureció al recordar la calidez que había entre las piernas de la dama y pasó la lengua el lóbulo de su oreja.

—Mi pequeña y dulce corderita —musitó, embriagado por su aroma—. Lo que me provocas será mi perdición.

Annie no pudo responder porque él besó su cuello y de los labios de ella solo salió un largo gemido. Envalentonado por su reacción, John subió una de sus manos hasta posarla encima de su pecho. Era pequeño, pero redondo. Se adaptaba bien a su mano. Lo apretó con suavidad y ella movió las caderas sobre su entrepierna. Fue más de lo que pudo soportar.

Con brusquedad, la acomodó de modo que pudiera apoderarse de su boca. El beso no fue tierno, solo pasional, y a cada segundo, John se excitaba cada vez más.

—Siéntate sobre el escritorio y abre las piernas —pidió con la voz ronca por el deseo.

Ella se separó lo suficiente de él para mostrarle su horror.

—¿Qué? —chilló.

John no se inmutó.

—Vamos, corderita. No creo poder llegar a la habitación.

Como ella no respondió, y tampoco se movió, John besó su cuello para persuadirla. Sintió como se relajaba entre sus brazos y se imaginó la humedad que debía de estar acumulándose entre sus piernas.

—También lo deseas —le susurró.

—Pero es de día —protestó con debilidad—. Además, alguien puede entrar, y…

—Nadie entrará sin llamar.

Y como si el destino se burlara de él, la puerta se abrió en ese momento y Gabrielle entró con una sonrisa jovial.

—No puedo esperar a… Oh. —Su hermana se sonrojó—. Creo que he venido en un mal momento.

John gruñó, y Annie aprovechó la distracción para bajarse de su regazo y alisarse el vestido. Estaba más roja que la sangre, y de no estar tan frustrado, habría disfrutado de la visión.

—Pensé que era conveniente salir temprano, porque nos espera un largo día por delante —dijo Gabrielle intentando en vano tranquilizar a Annie, quien solo pudo asentir.

—Voy a buscar mi abrigo —dijo con rapidez su esposa y se apresuró a salir de la habitación.

Gabrielle lo miró con una ceja arqueada, pero John la ignoró.

—Ve a acompañarla antes de que me arrepienta de financiarte vestidos a ti también.

Gabrielle sabía que no era una amenaza vana, así que sacrificó la pulla que tenía en la lengua y se marchó.

Una vez solo, John tuvo que respirar hondo varias veces para tranquilizarse.

Sí, tenía el presentimiento de que su corderita haría que se quemara, y de una forma peor de la que nunca había imaginado.

Annie apenas pudo sostenerla la mirada a Gabrielle mientras iban en el carruaje camino a Bond Street. Estaba muy avergonzada por la posición en la que los había encontrado, y aunque su cuñada

se había cuidado de mencionar algo al respecto y estaba sacando conversación vana, Annie no podía evitar cuestionarse sobre qué estaría pensando de ella. ¿Creería que era una dama impúdica, indigna de su hermano?

—Estoy feliz de que tú y John se estén llevando bien —comentó de pronto Gabrielle como si hubiera leído la preocupación en su cara—. Sé que su matrimonio fue por conveniencia, pero por lo que vi, es algo más que eso. No, no te avergüences —se apresuró a decir al ver que se había puesto roja—. Es tu esposo, no tienes que avergonzarte por desearlo y… bueno, me alegra que a John le gustes. Temía que no volviera a fiarse de ninguna mujer después de lo sucedido con Camille.

Otra vez ella. Annie mentiría si dijera que no tenía curiosidad de saber la historia completa. Conocía el resumen, como todos, pero creía que debía haber algo más tras todo eso. No entendía cómo una mujer podía traicionar a su esposo para dedicarse al libertinaje, y menos a alguien como John.

No tuvo el valor de preguntarlo directamente, pero tampoco quiso dejar el tema, así que dijo:

—Hoy estuvo tu tío en casa. No fue una visita agradable.

—Tratándose de mi tío, casi nunca lo es —respondió ella con calma—. Me imagino que se puso rojo de rabia. —Annie asintió. Gabrielle rio—. John debió de haber disfrutado mucho.

—Él… es decir, el señor Clark, la mencionó a ella.

No fue necesario decir mucho más. La sonrisa de Gabrielle fue sustituida por una expresión de preocupación.

—Oh. Entonces, no disfrutó demasiado. Camille tiene el don de arruinar momentos divertidos incluso desde la distancia.

Annie esperó, deseando desde su interior que dijera algo más para no tener que ceder a la vergüenza de preguntar. Por suerte, Gabrielle era una dama intuitiva por naturaleza.

—Supongo que John no la ha mencionado mucho. No es de extrañar, todos intentamos olvidarla. Pero creo que tienes derecho a saber cómo arruinó su vida. Deduzco que sabes el motivo de la separación.

Annie asintió con cautela. Todos lo sabían pues solo había una razón válida para el divorcio, y era la infidelidad femenina. Por eso había tan pocos casos de separación. Las mujeres no se atrevían a dañar su reputación de esa manera, y el orgullo de los hombres les impedía delatarse públicamente así.

—Su matrimonio fue arreglado por nuestro padre. John en ese momento tenía muchas ganas de complacerlo y no se opuso. ¿Por qué lo haría? Camille era bonita y de buena familia. Quizás la única señal que dio de su verdadera personalidad era su naturaleza coqueta, pero todas las jóvenes casaderas tienen algo de eso. Al final, resultó ser una verdadera perra —dijo con brusquedad. El odio se sentía en su voz—. John siempre la trató con respeto y ella le pagó de la peor forma. Muchos lo criticaron por separarse, pero yo creo que fue la mejor decisión. Ella lo estaba destruyendo, lo estaba amargando, y si el matrimonio continuaba, no sé qué hubiera sido de mi hermano.

Gabrielle hablaba con un resentimiento que Annie empezó a compartir. La infidelidad entre parejas solía verse como algo natural, pero, aunque se había resignado a la idea de que posiblemente tendría que soportarla, nunca lo había aprobado. Para ella, el

matrimonio era un vínculo sagrado que se respetaba pasase lo que pasase.

Lamentaba que John hubiera pensado igual y que hubiera sido traccionado. Solo esperaba que eso no lo hubiera cambiado, porque sentía que sufriría mucho si él la engañaba.

El carruaje se detuvo y Gabrielle se bajó con entusiasmo mientras que Annie lo hizo con cautela. Su padre era muy limitativo con el presupuesto, por lo que casi nunca iba de compras y, si lo hacía, había pocas variaciones en su estilo, así que no sabía cómo comportarse.

—¿Estás listas?

—Sí.

Aunque no tardó en darse cuenta de que no lo estaba. Elegir vestuario era más complicado de lo que alguna vez imaginó. Visitaron a una modista francesa que puso frente a ella un sinfín de telas mientras elegía con Gabrielle el que mejor se adaptaba a su piel, y después, discutieron cortes y adornos que hubieran escandalizado a su padre. Demoraron como tres horas allí. Annie creía que por fin regresarían a casa, pero descubrió que todo apenas comenzaba, pues después pasaron por perfumerías, sombrererías, y un sinfín de tiendas de accesorios que le parecían innecesario.

—¿No crees que estamos gastado mucho? —preguntó después de que Gabrielle le dijera al dueño de la tienda que mandara la factura a casa de John.

—Tonterías. John es más rico que Creso. No le importará.

Annie no estaba tan segura, pero no tenía suficiente fuerza de voluntad para oponerse a la energía de su cuñada, así que la siguió.

Al principio, creyó que se estaba imaginando las miradas y murmullos a sus espaldas, pero cuando entraron a una perfumería y vio a unas damas señalándola con la cabeza, supo que era el centro de sus habladurías.

De inmediato, se sintió incómoda, acostumbrada como estaba a pasar desapercibida.

—No les prestes atención —le dijo Gabrielle siguiendo su mirada—. Tú eres una vizcondesa, y aunque les duela, estás por encima de muchas de ellas. Pueden decir lo que quieran, el chisme es lo único que tienen.

No supuso demasiado consuelo para Annie, pero como no quería parecer débil, hizo su mayor esfuerzo por ignorar a quien hablaba a sus espaldas. A fin y al cabo, siempre había sido consciente de que la decisión que tomó conllevaría murmuraciones.

Se había casado con un hombre escandaloso de una manera también escandalosa. Tenía que afrontar las consecuencias.

Y John valía cada una de ellas.

Capítulo 14

Cuando Annie regresó a la casa, ya cerca de la hora de la cena, John no se encontraba. No le pareció extraño. Supuso que un hombre de su posición tenía bastante por hacer, así que optó por actuar como una buena esposa y familiarizarse. Habló con el mayordomo sobre horarios y con el ama de llaves sobre menú y los gastos de la casa. Conoció a la cocinera, a las asistentes de cocina y al resto de los lacayos. También decidió elegir a la joven que la había atendido todos esos días como doncella oficial.

—Muchas gracias, milady —dijo Nelly con emoción—. No la defraudaré.

Annie confiaba que no. El ama de llaves insinuó que quizás podría entrevistar a alguien con más experiencia, pero Annie descartó la idea.

De igual forma, nunca había sido demasiado exigente cuando de doncellas se trataba. En su casa solo había dinero para pagar una, que se encargaba de atenderla a ella y a su madre. Como su vestuario y peinados eran específicos y poco complicados, jamás se había preocupado por contratar a alguien que conociera las últimas tendencias de la moda. Sin embargo, Nelly, aunque no parecía demasiado estudiada en el área, era creativa y agradable, y para Annie eso valía más que cualquier experiencia, ya que esta última la iría tomando con el tiempo.

A la hora de la cena, Nelly le demostró su agradecimiento arreglándola con entusiasmo. Hablaba demasiado para lo que Annie acostumbraba, pero su ánimo juvenil era contagioso.

—Mi mamá estará muy orgullosa cuando se entere —comentó Nelly mientras recogía el vestido que había usado para salir—. Trabaja por aquí cerca como doncella, ¿sabe? Pero la casa en la que está tiene presupuesto limitado y por eso no pude quedarme con ella. Sin embargo, estará feliz de saberlo. No le había agradado mucho la idea de que me consiguiera trabajo aquí.

—No quería tenerte lejos de ella —supuso Annie.

—Oh, no, no es por eso. Era algo que ya se imaginaba. No le gustaba lord Montrose, ya sabe, por su historia. Aunque no lo crea, los criados también son selectivos. El primer lugar donde trabajes puede definir el resto de tu vida.

Annie nunca se lo había imaginado, y una punzada de enfado la invadió al saber que incluso muchos criados se atrevían a desprecias a John. ¿Con qué derecho?, se preguntó. ¿Con qué derecho otros se creían mejor que él solo por una circunstancia de nacimiento?

—Tuve que convencerla de que era la mejor opción, porque aquí no me pedirían tantas referencias ya que no tenían demasiado personal. Además, aunque lord Montrose fuera un bastardo, y estuviera divorciado, seguía siendo un vizconde.

—Mi esposo no es un bastardo —dijo Annie con tanta firmeza que Nelly se sobresaltó—. Y su divorcio fue una decisión valiente que los demás critican solo porque no tienen el valor de tomarla. Así que te agradeceré que no contribuyas a divulgar esos rumores.

—Lo siento, milady —respondió la joven con la cabeza baja—. Yo…

Estaba temblando y Annie decidió dejarla tranquila, a fin y al cabo, era poco más que una niña a la que todavía le costaba ser

respetuosa. Además, no estaba en su naturaleza exaltarse, solo que escuchar cómo hablaban de John la enfurecía a un nivel que la sorprendía a ella misma.

Mandó a la joven a llevarse la ropa sucia y esperó unos minutos antes de bajar al salón. John ya se encontraba allí, y su reacción al verla fue de tanta estupefacción que Annie dudó mientras bajaba las escaleras.

—La-la modista tenía algunos vestidos que nunca fueron a retirar, y Gabrielle dijo que debería llevármelos mientras estaban listos los míos —dijo nerviosa, sin entender la mirada intensa que él le dedicaba.

¿Estaría su vestido muy revelador? Annie se echó una ojeada, pero no vio el vestido demasiado diferente a los que le había prestado Gabrielle. Este era más elegante, con finos bordados en color oro que resaltaban en el azul marino de la tela, pero fuera de eso, tenían un corte similar. ¿Quizás era su peinado? Nelly se había esforzado mucho en dejarla más bonita que la última vez, pero quizás a John le parecía muy atrevido.

Como él no respondió, ella continuó:

—¿Hay algo que te disguste?

En ese momento, John parpadeó como si saliera de un trance.

—No, no eso. Estás… preciosa.

Poco acostumbrada a los halagos, Annie se sonrojó. Bajó las escaleras, dubitativa, y aceptó la mano que él le ofrecía.

Su tacto siempre le había parecido cálido, pero en ese instante, se sintió… especial, como si el tiempo se detuviera cuando estuvieron en contacto.

Él seguía observándola con tanta intensidad que Annie no pudo sostenerle la mirada por demasiado tiempo, así que se limitó a dejar que la guiara al comedor mientras su piel se regocijaba por su contacto. Dios santo, ¿se estaba volviendo acaso una mujer lujuriosa? ¿Por qué sentía tanto calor solo por su cercanía?

—¿Cuánto cuestan tus pensamientos?

—Te aseguro que no valen ni un penique.

Y no se los diría ni aunque le diera mil libras. Estaba muy avergonzada del rumbo de sus divagaciones, y de la reacción de su cuerpo. Una cosa era aceptar que le gustaba estar con él en la intimidad, a fin y al cabo, era su esposo, y no creía que tuviera algo de malo. Pero que su cuerpo reaccionara cuando él apenas la miraba, que se acalorara y le costara respirar no debía ser normal. ¿Qué le pasaba?

Llegaron al comedor y él se detuvo cerca de la mesa. Antes de que Annie pudiera sentarse, tomó su barbilla y le levantó la cabeza.

—Creí que habíamos superado la época en la que no me mirabas a los ojos.

Annie sintió que volvía a sonrojarse. ¿Cómo podía justificarse sin revelar sus lujuriosos pensamientos?

—Yo…

—¿En qué estás pensando, corderita? Parece que toda la sangre se te ha ido a la cabeza.

—Creo… creo que el vestido me queda un poco ajustado, eso es todo.

Él se inclinó hacia ella hasta que su boca rozó su oído.

—¿Quieres que te lo afloje?

Annie miró a su alrededor. Había varios criados esperando que ellos se sentaran para servir la cena, sintió que moriría de vergüenza. ¿Cómo podía hacer una propuesta de ese estilo en ese momento?

El brillo burlón de sus ojos le hizo saber que solo estaba jugando con ella. Avergonzada, Annie tomó asiento y esperó a que él hiciera lo mismo. No dijo nada mientras le servían la comida, y tampoco se atrevió a mirarlo cuando probó los primeros bocados. Sentía mucha sed, pero solo habían servido vino y Annie no se atrevía a tocarlo. El día anterior le había dado un sorbo y se dio cuenta de que no lo diluían con agua.

—¿No te gusta el vino? —preguntó él de pronto—. Ayer tampoco lo tocaste.

Ella lo observó con confusión.

—No es correcto que una dama beba —musitó.

Su padre siempre le había inculcado que esa era la respuesta correcta cuando alguien le ofrecía alcohol, y hasta el momento, todos habían asentido con aprobación. John, en cambio, frunció el ceño.

—Otra imposición cortesía del señor Mirren, supongo. ¿Al menos has probado el vino?

—Diluido con agua.

Así era que se lo solían servir a las damas en la mayoría de los casos.

—Bebe.

Ella lo miró sorprendida.

—Pero…

—Puedo aceptar que digas que no te gusta el vino, pero no que no tomas porque no es correcto. ¿Crees que, si me disgustara que tomaras vino, te habrían servido una copa?

Annie no lo había pensado. Había supuesto que era simple apariencia. En muchas cenas le servían vino a las damas por educación, pero si no estaba diluido con agua, no se esperaba que estas tomasen demasiado.

Como aún tenía mucha sed, Annie tomó la copa y se la llevó con lentitud a los labios. El sabor intenso la desconcertó por unos segundos, pero no porque le disgustara, sino por la falta de costumbre. Tomó otro poco y poco a poco el sabor fue volviéndose de su agrado. Aun así, se contuvo y dejó la copa sobre la mesa, temerosa de tomar demasiado. Su lado más paranoico le decía que podía ser una especia de prueba que él le estaba haciendo y ella estaba reprobando. Sin embargo, John la observaba con simple curiosidad.

—¿Qué otras cosas te prohibían? —preguntó.

Annie sabía a qué se refería. No tenía mucho ánimo de hablar al respecto, pero tampoco vio razón alguna para negarle una respuesta.

—Solo lo que la mayoría de los hombres les prohíben a las mujeres —musitó con la mirada fija en su plato—. No usar ropa provocativa, nunca alzar la voz. No mirar a nadie a los ojos a menos que te diera permiso, no beber, siempre pedir permiso antes de hacer algo, y otras acciones similares.

Alzó la cabeza cuando se dio cuenta de que John estaba tosiendo. Se había ahogado con el vino.

—Si todos los hombres le prohíben eso a sus mujeres, temo que mi padre no hizo un buen trabajo. Y el padre de mi ex mujer tampoco, y vaya que a ella sí le hizo falta más diciplina.

Había desdén en su voz, pero no tanta como cada vez que solía referirse a la dama. Más bien lo dijo en forma de humor negro. Annie se preguntó si algún día sabría de su boca todo lo que había sucedido. O si algún día ella encontraría el valor de preguntarlo.

—¿No era tu padre un hombre estricto? —preguntó para no dejar morir la conversación. John negó con la cabeza.

—Tenía su carácter, pero también la fiel idea de que nada merecía su amargura. Con el nacimiento de mi hermana descubrió que si una mujer pedía algo, era mejor dárselo que discutir con ella, y así logró vivir en paz los últimos años de su vida. Una filosofía admirable, a mi modo de ver. Todavía estoy intentando imitarla, pero no me sale demasiado bien.

Annie se llevó la copa a los labios y se bebió el resto del contenido. El sabor a vino se le hizo tan agradable que estuvo tentada de pedir que le volvieran a llenar la copa, pero no se atrevió.

—¿Quieres más? —preguntó él como si tuviera el don de leerle el pensamiento.

—Estoy bien —musitó Annie.

Pero mentía y ambos lo sabían. John hizo un gesto de manos y un lacayo se acercó para llenarle la copa. Ella se sonrojó.

—Tu prima, la que nos cubrió en la fiesta de mi tía. He oído hablar de ella. No me parece que una crianza estricta sea algo de la familia en general. Creo que tu padre se lo ha tomado muy a pecho.

Annie lo sabía, y la ligera amargura que sintió al recordarlo la instó a tomar un poco más de vino.

—Mi padre tiene una visión específica de los roles que debe tener un hombre y una mujer —dijo en voz baja.

No sabía por qué lo estaba defendiendo. Supuso que, al final, aún seguía siendo su padre y había sido educada para respetarlo. Sí, quizás era más estricto que otros, pero su visión del rol de una mujer no era muy diferente a la general. Su tío Albert era más una excepción que el común, al igual que John.

—Ya veo.

—¿Tú no la tienes? —se atrevió a preguntar.

Él se llevó un bocado de comida a la boca antes de responder. Su postura era tan desenfadada que daba la respuesta por sí sola.

—Pienso que hay cosas que las mujeres hacen mejores que los hombres y viceversa, está en la naturaleza, somos diferentes por algo. Pero también creo que nadie debería obligar a otra persona a hacer algo que no quiere, o prohibirle algo por haber nacido mujer. Quien necesita someter a alguien para sentir que tiene el control es porque sabe que no lo tiene en lo absoluto, y ese es el caso de tu padre, y de mi tío. A decir verdad, corderita, no creo que sea yo el mejor partido que pudiste haber conseguido, pero te prometo que tu estadía en esta casa será mejor con cualquiera de ellos.

—Lo sé.

Annie ni siquiera dudó en la respuesta. Le habían bastado dos días para darse cuenta de ello. De pronto, se sentía desinhibida, así que siguió hablando.

—Solo que es… complicado. No… no estoy acostumbrada a tantas libertades.

—Te acostumbrarás —dijo él mientras observaba con una sonrisa cómo ella tomaba más de su vino—. Tienes toda una vida

para eso, corderita.

El resto de la cena pasó en una conversación más amena. Annie se acabó la segunda copa de vino y él se la volvió a llenar, sin que ella pudiera protestar. Empezaba a sentirse mareada, pero también más relajada, así que se la tomó. Apenas picoteó la comida, concentrada como estaba en la conversación con John. Le gustaba hablar con él, se sentía escuchada.

Cuando terminó de cenar, supo que había bebido demasiado en cuanto se tambaleó al ponerse de pie. Por suerte, John la sujetó a tiempo.

—Creo que te ha gustado el vino.

Si no tuviera tantas copas encima, Annie habría sentido vergüenza. En lugar de eso, asintió.

—Síííí, mucho. Gracias por dejarme tomarlo.

Él esbozó una sonrisa.

—Cuando quieras, pero creo que tendremos que moderar el número de copas mientras agarras resistencia.

Ella no le prestó demasiado atención porque había quedado prendada de su rostro. Sin saber bien de dónde había sacado el valor, alzó una mano y le acarició la mejilla.

—Eres muy apuesto. Nunca creí tener un esposo así de guapo.

Él se carcajeó y la rodeó hasta pegarle a él.

—Tú eres hermosa.

Annie se habría sonrojado si un bostezo no le hubiera hecho caer en cuenta de que tenía mucho sueño.

—Te acompañaré a tu habitación.

No protestó. Le costó mucho esfuerzo dar cada paso, y si él no la hubiera estado sosteniendo, quizás se habría caído.

—Deberíaaa llamar a Nelly —dijo, dejándose caer sobre la cama—, pero tengo mucho sueño.

—Creo que puedo ayudarte con lo que necesitas.

Para su sorpresa, John le dio la vuelta y le desató los lazos del vestido, procediendo a hacer lo mismo con el corsé. Annie habría protestado de no encontrarse tan borracha, pero en ese momento, solo se dejó hacer. Él buscó un camisón en el baúl y le ayudó a ponérselo. Para cuando terminó, Annie se acurrucó en la cama y abrazó la almohada.

—No me hagas daño, John —musitó casi sumida en la inconsciencia.

—No lo haré. Y espero que tú tampoco me lo hagas a mí —murmuró él.

Ella no pudo analizar esa frase porque se sumió en un sueño profundo.

Capítulo 15

Annie despertó con un dolor de cabeza bastante fastidioso. No había tomado lo suficiente para tener la bendición del olvido, y esa consciencia hizo que se levantase con un potente rubor en sus mejillas. Quizás por esa razón su padre no la dejaba beber. Se preguntó si no debía seguir absteniéndose.

Observó el camisón con el que había dormido sabiendo que no había sido Nelly quien se lo había puesto. Se dejó caer en la cama y se puso una almohada sobre la cabeza. ¿Y si todo eso fue una prueba y ella la había reprobado? No tenía el valor de bajar y ver a John a la cara. Debía de estar muy decepcionado.

Buscó con la vista el reloj sobre la pared y observó la hora. Aún era temprano. A lo mejor, si esperaba un rato para bajar a desayunar, él ya se habría marchado. Estaba sopesando la idea cuando la puerta que conectaba con el otro dormitorio se abrió. Annie dio un respingo al verlo entrar. Estaba vestido con sencillez, pero sin perder la elegancia, y cada prenda se adaptaba a su cuerpo de una manera que despertaba en ella pensamientos indecorosos.

Deseó con todas sus fuerzas envolverse bajo la sábana hasta que él se marchara. Sin embargo, la sonrisa burlona en el rostro masculino le advirtió que había ido a torturarla.

—Bebí demasiado. Discúlpame

Él le quitó importancia con un gesto de mano.

—Es cuestión de acostumbrarse.

—Quizás debería seguir absteniéndome.

—O solo moderarte más. También fue mi culpa. No tomé en cuenta que no estabas acostumbrada.

Annie intentó evaluar si él le estaba diciendo la verdad o se trataba de una prueba. Sin duda, parecía sincero, pero le costaba demasiado asociar conductas tan permisivas en un hombre.

John se acercó a ella y se sentó en el borde de la cama. Le dedicó una sonrisa tan bonita que Annie sintió que se sonrojaba aún más. Cuando lo conoció, le había parecido que sus facciones eran rudas e inspiraban miedo, pero en ese momento era el hombre más apuesto que había conocido. Al menos, esa vez tenía la suficiente prudencia para no decirlo en voz alta.

Annie no quiso centrarse en ese pensamiento para no seguir sonrojándose. Lo miró cuidando de no revelar el rumbo de sus atrevidas percepciones y esperó a que él continuara hablando.

—¿Piensas quedarte todo el día en la cama o vienes a desayunar conmigo?

—Yo… iba a llamar a mi doncella.

—Yo podría ayudarte a vestirte, como anoche.

Era un desgraciado y estaba disfrutando siéndolo. Annie se enorgulleció de no ceder al impulso de esconderse, pero no pudo evitar seguir sonrojándose y bajar la mirada.

—Prefiero llamar a mi doncella.

Él soltó una carcajada que le pareció digna de admirar, como un sonido extraño y peculiar que no todos tenían el placer de escuchar. Estaba segura de que era así. Desde que lo conocía, pocas veces lo había visto sonreír con sinceridad, y mucho menos carcajearse. Aunque fuera a su costa, Annie se deleitó con el sonido.

—¿No fui lo suficientemente ágil? —se burló. Al parecer ese día estaba de buen humor.

Sin pensarlo, Annie le lanzó la almohada que había estado abrazando. Él logró esquivarla a último momento. Su risa incrementó.

—Creo que nos despertamos violentos. ¿Un efecto secundario del vino, quizás? ¿Deseas otro para relajarte, corderita?

A esas alturas, Annie sintió como la vergüenza daba paso al fastidio.

—Llamaré a Nelly —dijo con firmeza.

Él sonrió como un gato que había conseguido su objetivo.

—Está bien. Te esperaré abajo.

Annie suspiró cuándo él se marchó. A pesar de todo lo que había pasado entre ellos su presencia aún la intimidaba y su humor la tomaba desprevenida. Sentía que buscaba algo de ella, pero no sabía qué. O quizás lo sabía, pero no estaba preparada para dárselo.

Llamó a Nelly, se arregló, y con la dignidad que le quedaba bajó a desayunar. John tuvo la cortesía de no seguir torturándola demasiado y Annie logró perdonarse por su conducta del día anterior. Si él no estaba molesto, ella no tenía por qué martirizarse.

Su esposo se marchó a atender unos asuntos y Annie continuó con su tarea de ponerse al día con lo relacionado a la casa. No le tomó demasiado tiempo. La casa llevaba bastantes años funcionando bien y sin demasiado personal, pues el que tenía era muy eficiente. Estaba pensando en cómo pasar el resto del día cuando el mayordomo le informó que tenía una visita.

—¿Quién? —preguntó, extrañada.

Nunca había tenido amigos, dudaba que fuera su madre y temía que algún conocido lejano hubiera decidido visitarla solo para

sacarle información. No se sentía preparada para responder como correspondía a preguntas curiosas y chismes malintencionados.

—Lady Leinster.

Annie tardó un poco en percatarse de que estaba hablando de su prima Charlotte.

Dudó en si recibirla a ella también. Su prima era agradable y le había ayudado, pero jamás habían sido demasiado cercanas porque a su padre no le gustaba su carácter atrevido. Sin embargo, pensó que, ahora que estaba casada, podría retomar su relación. No creía que a John le importase.

—Está bien. Llévala a la sala de té. En un momento voy.

Apenas se marchó el mayordomo, Annie se apresuró a buscar el primer espejo que encontró para hacer una revisión general de su aspecto. No sabía por qué, pero el nerviosismo se había apoderado de ella en cuanto aceptó recibir a Charlotte. Su relación siempre fue incómoda, y sentía que ninguna de las dos era la misma que hacía unas cuantas semanas.

Respiró hondo y caminó al salón del té.

Charlotte estaba en uno de los mullidos sillones color crema, jugueteando con su abanico mientras esperaba. No había cambiado demasiado desde la última vez que la vio, exceptuando, quizás, un vestuario más acorde a su nueva posición.

Annie aún recordaba la furia desmedida de su padre cuando se enteró de ese matrimonio. Hasta ese día, no lograba comprenderla. Entendía que le molestara que alguien de su familia manchara el apellido casándose con un hombre tan escandaloso como Leinster, pero la rabia de su padre insinuaba una afrenta más

personal. Sin embargo, nada de eso importaba en ese momento. Ahora su él las odiaba a las dos.

—Lottie —la llamó usando el diminutivo que solía decirle de niña.

Estando las dos en esa habitación sin reglas familiares establecidas, Annie se sentía más libre.

—¡Annie! —exclamó Charlotte en cuanto la vio. Sus ojos brillaban con sorpresa—. ¡Estás hermosa!

Annie se sonrojó. Aún le costaba acostumbrarse a los halagos.

—Me alegra verte, Lottie. También estas muy bonita.

Charlotte se puso de pie y le dio un abrazo efusivo. A diferencia de ella, su prima solía ser bastante expresiva cuando lo deseaba.

—He mandando a pedir que nos trajeran el té —informó Annie instándola a tomar asiento—. No esperaba tu visita.

—Espero que no te disguste. Quería venir a ver cómo estabas. Los acontecimientos de tu boda fueron… inesperados.

Annie sabía a qué se refería. Charlotte no solía ser imprudente, así que se tomó su comentario como lo que era: verdadera preocupación. Después de todo, su prima debía ser consciente de que no fue un matrimonio por amor, sino la opción menos trágica que había en su destino.

—Estoy bien —aseguró Annie con determinación—. No me arrepiento.

El tono de su voz debía de mostrar suficiente seguridad para que Charlotte le creyera, porque sonrió.

—Estoy muy contenta. No niego que la elección de esposo resultó sorpresiva y algo inquietante. Mi padre también estaba preocupado.

Annie podía creerlo. A diferencia de su padre, el tío Albert tenía un carácter más afable y protector. Siempre le gustó cuando iban a visitarlos porque su padre no era tan estricto con él presente.

—John es un buen hombre.

«Y definitivamente no es el señor Clark», pensó. Charlotte debió haber leído la frase en su rostro porque sonrío, comprensiva.

—Oh, Annie. No puedo creer que tu padre haya querido casarte con ese hombre.

Annie no respondió. No podía decir nada a su favor así que optó por guardar silencio.

Charlotte se inclinó un poco hacia ella, su expresión una mezcla de cautela y timidez que jamás había visto en su determinada prima.

—Yo… sé que no nos hemos tratado demasiado, principalmente por las restricciones de mi tío, pero ya que él no puede seguir interviniendo en tu vida, pensé que podríamos conocernos un poco más. Después de todo, una de las pocas cosas reales que tenemos en esta vida es la familia.

Annie parpadeó para alejar el picor de los ojos que le produjeron sus palabras.

—Por supuesto.

—Voy a hacer una fiesta dentro de una semana —dijo Charlotte apartando sentimentalismos y volviendo a su entusiasmo inicial—. Me encantaría que estuvieran allí.

Annie no pudo ocultar su sorpresa.

—¿En serio?

—¿Por qué no?

—Pues… bueno, John no es del agrado de algunos.

Por no decir que desde que estaba allí no había llegado una sola invitación a su casa. No le sorprendía, él se lo había advertido. No obstante, aunque Annie en general no disfrutaba mucho de las fiestas, sí estaba pensando en cómo la afectaría a largo plazo esa exclusión. Se acostumbraría, sí, pues peores cosas había tenido que aceptar, pero sería muy extraño al principio cuando las veladas e invitaciones eran un factor importante para cualquier miembro de la alta sociedad.

Como Charlotte la observaba con confusión, Annie insistió.

—Quizás a tu esposo no le agrade.

Charlotte soltó una risa baja.

—Oh, te aseguro que de todos los hombres de Londres Gregory es el que menos moral tiene para criticar a alguien con pasado escandaloso. Conociéndolo, incluso se regocijará con lo que diga la sociedad sobre su presencia. No temas por eso, querida. Por el momento tendrán cerradas algunas puertas, y otras puede que no se abran nunca, pero con el tiempo podrán llevar una vida social decente. El tiempo hace que la gente olvide, y si hay dinero de por medio, como el de tu esposo, aún más rápido. Yo los ayudaré a comenzar.

Ella sintió de nuevo el picor en los ojos. Por suerte, la llegada del té le ahorró tener que responder de inmediato. Annie sirvió el té con elegancia y le entregó una taza a Charlotte antes de proceder con la propia.

—Nunca imaginé que te casaras con alguien como Leinster —comentó con timidez.

Al igual que a los demás, el matrimonio de su prima la tomó por sorpresa. Charlotte era una solterona declarada cuando este se anunció, y Leinster un caballero que estaba en la lista negra de malos partidos, pues era sabido que le tenía miedo al compromiso y llevaba una vida disoluta. Su prima había esperado por muchos años el amor de su vida, y para todos, incluso para Annie, ere inconcebible que lo hubiera encontrado en alguien como el conde.

—Yo tampoco. Pero como sabes, querida, situaciones desesperadas requieren medidas extremas.

Annie tardó en comprender su frase.

—¿Me estás diciendo que no te casaste por amor? —preguntó incrédula.

Si lo más increíble de la historia de Charlotte había sido el romance inesperado.

Charlotte se rio.

—Oh, no. Te contaré la historia, pero no lo comentes frente a mi padre. No quiero desilusionarlo.

Y Charlotte procedió a narrarle cómo había conocido a Leinster en una situación embarazosa hasta el camino recorrido para llegar al matrimonio. Aunque extraña, esa versión de la historia era mucho más real a la que todos creían, que era un granuja enamorándose a primera vista y una dama sensata cediendo a sus encantos. Lo que menos sorpresa le causó de todo fue la razón por la que Charlotte aceptó el trato: su hermano Héctor.

—Al final, padre ha accedido en dejarle su custodia a Leinster —concluyó la dama, aunque su tono había cambiado.

Era una victoria, pero también un amargo recordatorio. Su tío llevaba varios meses enfermo y se esperaba que no durara mucho tiempo. Annie era consciente del gran amor que Lottie le profesaba a su progenitor, uno que Annie jamás podría sentir por el suyo.

—Lo siento, Lottie.

Ella no respondió. Se esforzó por esbozar una sonrisa sincera e hizo un ademán de manos para cambiar de tema.

—Todo esto deja como enseñanza, querida, que el amor llega de formas inesperadas. Jamás esperé querer a Leinster y mira a dónde hemos llegado. A veces, la vida nos lleva a dónde de verdad debemos estar, ¿no lo crees?

Annie no respondió, pensativa. Sabía que estaba insinuando, pero no se atrevía a comentar nada. ¿Amor? Annie nunca había sabido lo que era el amor, más allá del escaso afecto que le proporcionaba su madre. Por ende, nunca lo había esperado de un esposo. Tampoco creía que John pudiera creer en algo así después de una experiencia pasada trágica.

«No importa», se dijo. El amor nunca había sido necesario. Podría vivir toda su vida en una agradable convivencia con su esposo y eso sería más de lo que alguna vez obtuvo en su casa.

Decidió no analizar porque sus palabras le sonaban falsas.

—Buenas tardes.

La voz de John las sobresaltó a ambas. Annie se levantó con rapidez y Charlotte la imitó.

—Oh, lord Montrose. Un placer verlo. Espero que no le disguste que haya venido a visitar a mi prima —comentó con amabilidad.

—Es bienvenida a la casa cuando lo desee, lady Leinster.

—Lottie nos ha invitado a una fiesta —informó Annie con cautela, midiendo su reacción.

Si tuvo algún pensamiento en contra, no lo evidenció.

—Asistiremos con gusto.

—Los esperaré encantada. Annie, querida, me tengo que ir. Deseo que podamos vernos con más frecuencia.

—Te acompañamos a la salida.

Mientras caminaban, Annie empezó a juguetear con su falda, nerviosa. Tenía una petición, pero no sabía cómo se lo tomaría Lottie.

Antes de abrirle la puerta, reunió el valor suficiente para preguntar:

—Lottie, ¿invitarás a mis padres a la fiesta?

Charlotte se tensó como si le hubieran preguntado si asistiría la amante de su esposo.

—Bueno… las relaciones con el tío Roger se han vuelto más complicadas que antes. No creo que él quiera asistir. Si temes encontrártelos…

—Quiero ver a mi madre —intervino Annie antes de perder el valor—. Ella no quiere que vaya a visitarla, sospecho que porque mi padre no me dejará entrar. Por favor, Lottie, es mi única oportunidad.

Charlotte dudó más de lo que Annie hubiera esperado. Era consciente que la relación entre su prima y su padre no era buena, pero tampoco imaginó que hasta el punto de no querer verlo.

—Además —continuó Annie desesperada—. A mi tío se le haría extraño que no los invitaras.

Por el rostro de Charlotte, supo que tenía razón. Ella suspiró.

—Dirigiré la invitación a mi tía.

Annie asintió. Ambas sabían que su madre no asistiría sin el permiso o la compañía de su esposo, pero también era la forma de Charlotte de dejar claro que la presencia de él no era grata.

—Es probable que no vayan —advirtió su prima.

Annie asintió, consciente de eso, pero era la única oportunidad que se le ocurría para poder hablar a solas con su madre lo más pronto posible.

—Gracias.

Charlotte asintió, no demasiado entusiasmada. Cuando se marchó, Annie encontró a John mirando la puerta con curiosidad.

—¿Por qué odia a tu padre?

Annie se encogió de hombros.

—Conoces a mi padre, tiene un carácter complicado. Siempre creyó que a mi tío le faltó dureza al educar a mi prima, y se opuso a su matrimonio. Mi tío está enfermo, y mi padre quería quedarse con la custodia de mi primo solo para que Lottie no pudiera interferir. No la culpo por no querer verlo, pero estoy muy preocupada por mi madre.

Aunque apenas habían pasado dos días desde que regresó de Gretna Green, Annie tenía un mal presentimiento. Tolerar a su padre de mal humor nunca había sido grato. Y necesitaban aclarar muchas cosas.

—Podemos sacarla de allí si lo deseas, llevarla a dónde él no pueda encontrarla —propuso John.

A ella le enterneció la sugerencia, pero no era su idea favorita. Si alejaban a su madre de su padre, Annie también tendría que alejarse. Legalmente su padre tenía todos los derechos sobre su

mujer, y si sospechaba que ellos sabían dónde estaba, podría incluso tomar acciones legales. Era una opción si la situación era peor de lo que se imaginaba, pero no su solución ideal.

Quiso llorar. ¿Por qué no había podido tocarle un padre como el de Lottie, que la quisiera y protegiera como su ser más preciado? Que respetara a su familia y fuera agradable de trato. ¿Por qué había tenido su madre la desdicha de conseguir a un hombre estricto como esposo?

John le rodeó el hombro con su brazo. Era un gesto reconfortante, pero que poco podía hacer por ella.

—Lo solucionaremos —le prometió.

Annie asintió porque quiso creerle.

—Yo… tengo que encargarme de unas cosas.

Se fue antes de que él pudiera preguntar, porque no quería que la viera llorar.

John la observó marchar con un nudo en el pecho.

Maldito Mirren. Apenas podía creer lo que había hecho con esa joven.

A lo largo de su vida, John había conocido hombres con pensamientos bastantes tradicionales. Restringir ciertos comportamientos a las mujeres de la familia podía considerarse normal, pero el caso de ese hombre empezaba a pasar a los extremos. No podía creer que no dejara a su hija vestirse como todas, que nunca le hubiera permitido beber una copa de vino y que le hubiera prohibido ver a otros a los ojos. Ni siquiera podía, ni quería, imaginarse todo lo que tuvo que haber pasado para que Annie temiera tanto por su madre.

En su opinión, era la clase de hombres que le hacían un favor al mundo cuando les llegaba la hora de la muerte.

Se dijo que tenía que pensar en cómo solventar esa situación. Él sabía, y Annie también, que si sacaban a la señora Mirren de esa casa para llevarla a un lugar lejano implicaría que su esposa nunca podría volverla a ver, o al menos, no con demasiada frecuencia. Sin embargo, negociar con Mirren le parecía una misión aún más imposible. Era de los hombres que se aprovechaba de cualquier gramo de poder que poseyera con el fin de sentirse superior.

Cualquier otro se hubiera resignado a que no se podía hacer demasiado y se habría limitado a convencer a su esposa de eso, pero John había descubierto que era muy susceptible a la tristeza de su mujer. Simplemente no podía dejarla preocupada porque también se preocupaba él.

—Annie, Annie —musitó mientras caminaba hacia su despacho—. ¿En qué problema me vas a meter?

Aunque quizás, la pregunta más acertada sería: ¿en qué problema lo había metido ya?

Capítulo 16

La semana pasó con rapidez y Annie logró establecer una rutina. Todas las mañanas desayunaba con John; después, hablaba con la cocinera sobre el menú del día y se encargaba de otras pequeñas tareas. Cuando estaba muy aburrida, paseaba por el jardín o leía un libro. En la noche se encontraba de nuevo con su esposo y casi siempre después de la cena terminaban o en el cuarto de ella, o en el de él.

Annie ni siquiera sabía por qué tenían dos habitaciones.

Mientras subía las escaleras, pensó en lo cómoda que se había vuelto su vida. Tenía un esposo amable y comprensivo, una casa sin problemas económicos y una vida más tranquila que la que había llevado hasta el momento. No tenía que bajar la cabeza ante nadie y podía vestirse como siempre había soñado hacer en secreto. De hecho, esa noche pensaba estrenar uno de los vestidos que acababan de llegarle.

Pensar en la fiesta de Charlotte la puso inmediatamente nerviosa. Desde la salida de compras con Gabrielle, había evitado salir de la casa, a pesar de que su cuñada hizo otro intento de llevarla a pasear. Sabía que se comportaba como una cobarde y que no podía esconderse de las murmuraciones eternamente, pero su lado más temeroso quería mantenerse lejos de los ojos y la lengua del escarnio de público.

No podía, sin embargo, hacerlo por más tiempo y lo sabía. Esa noche era el momento de enfrentar la realidad y lo sobrellevaría como pudiera.

Entró a su habitación y le sorprendió encontrar a Nelly esperándola, o más que eso, rebuscando en su cómoda.

—¿Nelly?

La doncella se sobresaltó.

—Oh, milady, yo… estaba buscando las horquillas doradas para esta noche, creo que combinarían bien con el vestido verde. ¿O prefiere el Vinotinto? Ambos están hermosos.

—El verde estará bien.

La joven se apresuró a buscar el vestido, que estaba extendido sobre la cama con delicadeza. Annie lo admiró de lejos, pues nunca había tenido nada tan bonito. El vestido era de un color verde esmeralda que brillaba con cada movimiento. Tenía un delicado bordado en hilo de oro en el escote redondo, mientras que el dobladillo estaba cubierto también con encaje dorado.

—Las fiestas me parecen tan emocionantes —dijo la joven mientras le rizaba el cabello con unas tenazas—. No he ido nunca a una, por supuesto, pero siempre escucho a las damas hablar de eso y, por como lo describen, es lo más increíble del mundo.

Annie no sabía si esa era una definición aceptada, pero cada mujer veía las veladas desde diferente perspectiva dependiendo de su popularidad.

—Debe estar emocionada.

—Un poco —mintió Annie.

Estaba al borde del desmayo por los nervios. Podía imaginar los murmullos que generaría a su entrada y no sabía si tendría el valor para enfrentarlos.

—Lord Mintrose debe estar emocionado, ¿no? Aunque creo que no es un caballero que ame las fiestas. Desde que estoy aquí no

he escuchado que salga a alguna.

—Solo es reservado —respondió, evasiva.

Nelly no siguió preguntando y desvió su parloteo a lo bonito que le quedaba el cabello rizado.

Cuando estuvo lista, Annie apenas se reconoció en el espejo. Había tenido varios días para acostumbrarse a su nueva forma de vestir, pero aún le costaba reconocerse en ella. Incluso empezaba a pensar que era bonita.

Se encontró con John en el salón principal. Estaba vestido completamente de negro, como un ave que augura la muerte, y Annie reconoció en su rostro la misma aura peligrosa que la había hecho temblar el primer día. No había pasado mucho desde entonces, pero parecía una eternidad.

Él esbozó una sonrisa en cuanto la vio. Sin embargo, Annie notó que también estaba intranquilo.

—Si no deseas ir… —musitó.

Era una excusa porque ella tampoco deseaba ir y él lo sabía.

—Iremos —aseguró—. Además, no olvides que obligaste a tu prima a invitar a su querido tío solo para ver a tu madre.

Era verdad. Los nervios incluso la habían hecho olvidar ese detalle importante. Tenía que ver a su madre.

Él le tendió la mano con seguridad. Ella respiró hondo y la aceptó.

Los murmullos comenzaron apenas hicieron la fila para entrar. Algunos los miraban con discreción y otros con atrevimiento. Pocos se acercaron a saludar, pero todos hablaban. Ella logró captar algunas frases.

«No puedo creer que hayan sido invitados».

«Me pregunto si se quedará con ella o se le ocurrirá divorciarse de nuevo».

Ante cada palabra que lograba captar su cuerpo se tensaba más.

—No les prestes atención —murmuró John, a pesar de que él estaba tenso—. Pronto lo olvidaran.

Mas que una afirmación, Annie lo sintió como un deseo. A pesar de todo, mantuvo la mirada alta todo lo que pudo. Sintió mucho alivio cuando por fin llegaron a la entrada.

—Annie, querida, qué bueno verte. Lord Montrose —saludó Charlotte—. ¿Conocen a mi esposo, el conde de Leinster?

Leinster extendió una mano que John estrechó.

—He oído hablar de usted —dijo John.

—Raro sería que no —respondió el conde con humor—. Yo también he oído mucho de usted.

—No me sorprende.

Miró a su alrededor, donde la gente seguía murmurando.

—Mi tía ha venido —informó Charlotte en voz baja—. Con él— añadió.

No parecía contenta, y en cuanto mencionó a su padre, el conde también cambió su expresión. Annie le agradeció con la mirada y se adentró en el salón junto con John. Los murmullos aumentaron en cuanto la vieron entrar, pero Annie no les prestó tanta atención, centrada en buscar a su madre.

La encontró en una esquina solitaria del salón. No había nadie con ella, cosa que no la sorprendió. Cuando iban a una fiesta, su padre solía dejarlas solas para jugar o hablar con otros caballeros.

—Madre —musitó y empezó a caminar hacia ella.

Al ver que John la seguía, se detuvo. Carraspeó.

—Eh… Yo… creo que es mejor que vaya sola. Mi madre no es muy conversadora, y menos si tiene en frente a desconocidos.

John frunció el ceño.

—¿Y si aparece él?

Annie negó con la cabeza.

—No creo que lo haga tan pronto. Por favor… necesito hablar con ella.

—Me quedaré cerca.

Annie le dedicó una sonrisa débil de agradecimiento antes de moverse entre los invitados. Era muy consciente de las miradas curiosas a su alrededor, pero no les prestó atención. Tenía un objetivo en mente y la desesperación podía más que su nerviosismo.

Cuando estuvo frente a su madre, esta no dijo nada. Como de costumbre, se dedicó a observarla con un semblante inexpresivo que le encogía en corazón. Annie tenía la impresión de que sus ojos estaban aún más vacíos que la última vez que la vio.

—Madre —susurró.

No pudo contener el impulso de abrazarla.

Quizás la dama no había sido la mejor madre del mundo, pero fue el único apoyo que había tenido en su vida. Ni siquiera le molestó que la respuesta a su abrazo fuera una débil palmada en la espalda.

—Madre, necesito saber si estás bien —preguntó separándose lentamente.

A simple vista era difícil juzgarlo. Vestía tal y como solía hacerlo Anne su madre, con ropa que ocultara todo menos el rostro.

También sabía por experiencia que los golpes de su padre tampoco eran visibles, así que no podía evaluar el nivel de daño.

Solo de pensarlo se le arrugó el corazón. Si su madre estaba mal, podía renunciar a no verla y aceptar la idea de John de mandarla lejos. Le dolería, pero no tanto como ver esos ojos vacíos observándola.

—Estás bonita —susurró la dama.

Annie sintió que se le aguaban los ojos.

—Madre, ¿por qué no quieres que te vaya a visitar? Si padre no me desea en la casa se puede buscar una manera…

Ella se llevó un dedo a los labios para instarla a guardar silencio. Annie no comprendía. Miró a su al rededor, pero no había nadie.

—Olvídanos. Será lo mejor para ti.

No podía entender por qué le estaba diciendo eso. Si su madre no la hubiera ayudado a escapar con John, creería que estaba disgustada con la boda.

—Yo…

Un jalón brusco en su brazo cortó lo que iba a decir. Annie ni siquiera tuvo que verlo pasa saber quién era el causante. Conocía bien la fuerza de su mano.

—Así que el ave rebelde ha decidido salir de su refugio —dijo su padre girándola hacia él.

Había tomado, quizá más de lo esperado para ser aún tan temprano. Annie se estremeció ante la furia de sus ojos. Eso casi nunca auguraba nada bueno.

—Padre —musitó haciendo esfuerzos inútiles de zafarse con discreción.

—Yo sabía que Charlotte no me había invitado porque lo deseara, supuse que vendrías. Quizás querías hablar con ella, pero vas a tener que enfrentarte a mí.

Empezó a tirar de ella mientras Annie hacía esfuerzos por resistirse. Su madre intervino colocando una mano entre ambos, pero lo único que se ganó fue un empujó de su padre.

Definitivamente estaba borracho, o jamás hubiera actuado con tanta violencia en público. Ante todo, su padre se esforzaba mucho por guardar las apariencias.

Annie dejó de resistirse en cuánto notó varias miradas sobre ellos. Ya había causado suficientes escándalos para llenar la boca de los chismosos por meses, no necesitaba alimentarlos con más especulaciones. Buscó con la mirada a John, pero no lo encontró. Esperaba que él estuviera cerca como prometió.

Se dejó guiar por su padre por varios salones hasta que llegaron a uno donde no había nadie. De hecho, apenas había luz.

Annie sintió el impulso de encogerse y bajar la cabeza, pero esos días con John habían logrado matar poco a poco esa parte de ella. Él era su padre, pero era un hombre que ya no podía hacerle daño. Ni siquiera tenía su respeto. Por eso, cuando él la observó con ese brillo oscuro que auguraba peligro, Annie mantuvo como pudo la cabeza en alto.

Había llegado el momento de hablar y tenía que enfrentarlo.

Capítulo 17

John no permaneció solo demasiado tiempo. Quizás por órdenes de su esposa, o porque era una persona que no tenía derecho a ser prejuiciosa, el conde de Leinster se acercó a él pocos minutos después de que Annie se fuera.

—Mi esposa no quería alboroto en la fiesta, así que no hay bebidas demasiado fuertes —dijo el conde señalando con la cabeza la copa que John había tomado de la bandeja de un mayordomo—, pero si gustas, puedo ofrecerte algo mejor de mi reserva particular.

—Agradezco el favor, pero no soy fanático del alcohol.

Prefería fumar, y en ese momento, tenía una fuerte necesidad de hacerlo. A pesar de haberse acostumbrado a los murmullos y críticas de la alta sociedad, John no podía ser completamente indiferente, sobre todo sabiendo que lo que se dijera de él también se diría de Annie. Él nunca la había engañado, y ella había aceptado el ostracismo como consecuencia del matrimonio, pero eso no significaba que lo tomara con alegría. Su único deseo desde hacía mucho tiempo había sido tener, en lo posible, una vida tranquila. Y con Annie en su vida, se había vuelto una necesidad. Ella lo merecía.

—¿Estás seguro? Con una buena copa siempre se lleva mejor estas fiestas.

—Creí que eras fanático de una buena velada, Leinster —comentó con tranquilidad, sin juicio en su tono.

—Era fanático de otras cosas —dijo con una sonrisa pícara—, pero hasta eso con el tiempo se volvió tedioso. Los entretenimientos placenteros no llenan por demasiado tiempo. Sin embargo, uno no puede desvincularse por completo de ellos.

John asintió en acuerdo.

Observó a la gente a su alrededor. Parecía que no tenían otro lugar donde fijar la vista que no fuera en él.

—Sin duda, estoy siendo una buena fuente de entretenimiento esta noche —dijo con sarcasmo—. Soy consciente de que un viaje a Gretna Green es escandaloso, pero esperaba de la educada e intachable sociedad un poco más de disimulo.

Leinster echó también un vistazo alrededor.

—Bueno, supongo que los rumores que ha difundido tu tío no han ayudado a menguar su asombro.

John detuvo el avance de la copa a su boca para mirar a Leinster con una ceja arqueada.

—¿Rumores?

El conde parpadeó, desconcertado por su desconocimiento.

—¿Cómo no te has enterado? El señor Clark está diciendo desde hace varios días que va a iniciar un juicio para despojarte del título.

Fue suerte que no dejara caer la copa del asombro.

Así que su tío había tomado en serio el asunto. No podía creerlo.

—Es ridículo —dijo en voz alta, reflejando sus pensamientos.

—No te lo disputo. Para ganar un juicio de esos se necesitan pruebas sólidas, contactos y mucho dinero. No recuerdo que el señor Clark goce en abundancia de alguno de los tres. Posiblemente ni siquiera se tomará en cuenta la solicitud.

John esperaba con fe que no. Tenía suficiente con que su posible bastardía fuera un secreto a voces para que su tío lo volviera un asunto legal.

«Maldito viejo», pensó. No sabía si la edad lo estaba volviendo demente, o le dolió mucho en el ego que le robara a la mujer. Cual fuera la razón, no podía ser más inoportuno. Su reputación no aguantaría un escándalo de ese estilo, aunque todo fallara a su favor. Tenía que pensar en cómo detenerlo.

—¿Estás seguro de que no quieres el trago? —preguntó Leinster, comprensivo.

John estaba por aceptárselo cuando reconoció a la pequeña figura femenina que se acercaba con nerviosismo hacia ellos.

—Señora Mirren —dijo con inquietud al no ver a Annie por ningún lado—. Qué gusto verla. Mi esposa dijo que estaría con usted.

La dama estaba temblando, pero incluso así tuvo el valor de alzar la mirada y observarlo con determinación. Era la primera vez que John veía en sus ojos un sentimiento más fuerte que su débil carácter.

—Roger…

No pudo terminar la frase y tampoco hizo falta. Buscó con desespero a Annie, pero no la localizó. Se maldijo por haberla perdido de vista. Observó a Leinster, cuya expresión despreocupada se había vuelto bastante seria. De alguna manera, él comprendía la gravedad de que Mirren se la hubiera llevado.

—Te ayudaré a buscarla.

Ambos siguieron la dirección que la dama señalaba con la cabeza. John esperaba que ese desgraciado no le hubiera hecho nada, o no respondería por sus acciones.

***

Annie respiró hondo varias veces en un intento vano de controlar su nerviosismo. Aún no le había bajado la mirada a su padre, pero cada vez que él daba un paso para acercarse ella retrocedía otro, sintiéndose de nuevo como la presa que debía de huir del depredador que estaba por hacerle daño.

Era una corderita, pero no era valiente.

—¿Tienes idea de lo malagradecida que eres? Cuidé de ti todos estos años, te vestí, te introduje en sociedad, y ante tu incapacidad de conseguir un esposo decente, te busqué uno para que no quedaras desamparada a mi muerte. ¿Y así me pagas?

Si hubiese sido más valiente, la parte maliciosa de Annie habría replicado que era probable que el señor Clark se muriera antes que él. No obstante, su prudencia la instó a cuidar sus palabras.

—El señor Clark no es un buen hombre —dijo en un murmullo.

—¿Y ese con el que te has casado sí? —siseó con rabia, dando otro paso hacia adelante. Annie intentó retroceder, pero dio con una pared—. Un hombre de legitimidad cuestionable, que no respetó a su primera esposa y de moral endeble. ¿Crees que el señor Clark te habría dejado vestir así?

Hizo un recorrido bastante largo por todo su vestuario que la hizo sentir incómoda de inmediato.

—No tiene nada de malo —musitó, perdiendo en valor.

Su padre dio otro paso hasta que estuvieron a pocos centímetros de distancia.

—Entonces, ¿te gusta vestirte como una puta? ¿Eso en lo que quieres ser, Annie?, ¿una puta?

Él le agarró los hombros y Annie empezó a temblar. Estaba acostumbrada al enojo de su progenitor, a su decepción o a verlo pasado de copas, pero lo que veían en ese momento en su mirada no podía describirlo como algo que hubiese visto antes. La observaba como… como…

No, estaba alucinando.

—Suéltame —dijo con firmeza, guiada por la desesperación. Empezó a forcejear.

—¿Acaso te enseñé a caminar por ahí despertando placeres oscuros en los hombres? ¿Eso es lo que quieres? ¿Estás dispuesta a afrontar las consecuencias?

Annie se estaba empezando a asustar. Incluso la voz de su padre había cambiado. Sonaba más ronca.

—Suéltame, padre.

Pero él la aferró más fuerte.

—La dama ha manifestado querer marcharse —dijo una voz tras de ellos, oscura, profunda, pero también tranquila.

Su padre inmediatamente la soltó. Habían estado tan ensimismados en los otros que ni siquiera escucharon entrar al hombre.

—No se entrometa. Es un asunto entre padre e hija.

—Si no estoy mal informado —continuó el caballero con parsimonia—, la dama es casada, por lo que no tiene autoridad sobre ella, no más que su esposo, al menos.

El caballero dio un paso hacia adelante, revelando su identidad. Era un hombre alto y delgado, de porte elegante y rasgos

muy aristocráticos. No podía considerarse especialmente apuesto, pero tampoco desagradable a la vista. Su nariz era afilada y su cabello de un rubio tan claro que podía confundirse con plateado. Debía pasar por poco los treinta.

Su padre dio un paso amenazante hacia el caballero, pero este no se inmutó. Parecía dársele bien mantener el control. Annie aprovechó la distracción de su progenitor para salir de su encierro.

—Lárguese o…

En ese momento la puerta volvió a abrirse y John apareció junto con lord Leinster. Annie corrió inmediatamente hacia él, tan inquieta que apenas prestó atención al escrutinio de su esposo, que se detuvo en las marcas rojas sobre su hombro.

—Maldito seas, Mirren —dijo con coraje—. Te podría retar a duelo solo por hacerle daño.

—Hazlo —lo provocó—. Sería un placer matar a una escoria como tú.

John dio un paso hacia adelante, pero Annie se interpuso, temiendo que de verdad lo hiciera.

—No vale la pena.

—En mi experiencia, la violencia nunca soluciona los problemas —dijo el desconocido, ganándose una mirada fulminante tanto de John como de su padre.

—¿Quién demonios es usted y quién le dio el derecho a intervenir? —dijo su padre.

Annie lo conocía lo suficiente para saber que estaba luchando por mantener el control.

—Si me permite presentarme, soy el duque de Abercorn. Buscaba un lugar tranquilo para pasar un rato y di con esta sala. Me

permití intervenir porque la dama no parecía cómoda con la conversación, y considero inadecuado importunar así a una mujer.

El hombre habló con la seguridad y tranquilidad que su título le otorgaba. Nadie en su sano juicio se atrevería a discutir con un duque, y su padre, ni siquiera con los sentidos atontados por la bebida, era tan imprudente para hacerlo.

Como también sabía que una disculpa no eximiría su comportamiento, optó por la salida más factible: marcharse sin decir palabra.

—Vaya, supongo que el alcohol mata la cortesía —dijo el duque con una pequeña sonrisa de humor—. ¿Se encuentra bien, milady?

Annie asintió, mirándolo de reojo. El duque tenía una expresión amable y tranquilizadora, que casi podía hacer olvidar a todos que se encontraban frente a uno de los rangos más distinguibles de la nobleza.

—Gracias por la ayuda, excelencia —dijo John rodeando a Annie con un brazo protector.

—Un caballero que se respete no debería permitir que una dama esté incómoda. ¿Necesita que le traiga algo? ¿Una limonada, un vino?

—Su ofrecimiento es muy amable, excelencia, pero yo me ocuparé de mi esposa.

Annie miró a John extrañada por el tono brusco con el que pronunció las palabras.

—Si deseas un lugar tranquilo, Abercorn, te puedo ofrecer mi despacho —dijo el conde de Leinster para disipar la tensión—. Tengo

mejores licores que los que mi mujer me obligó a servir aquí. Ven, acompáñame.

El duque le dirigió una sonrisa amigable a Annie antes de seguir al conde, quien también hizo amago de dedicarle una sonrisa, pero terminó solo en una mueca. Estaba preocupado, lo que era extraño para alguien de su naturaleza. Annie se preguntó si no estaría arrepentido de haberlos invitado.

—¿Estás bien? —preguntó John ubicándola frente a él—. No debí haberte perdido de vista.

—Creo… creo que quiero irme a casa —musitó Annie.

El encuentro con su padre le había robado más energía que nunca, quizás porque se había encontrado con una faceta de él que desconocía. Todavíale costaba interpretar lo que había visto en sus ojos. Annie pudo haber esperado cualquier cosa, desde desprecio hasta repulsión; en cambio, sentía que la había visto con… deseo.

Tembló solo de imaginarlo. No, debía de estar confundida. Seguramente se asustó demasiado.

Dejó que John la guiara fuera de la fiesta y deseó nunca haber asistido.

***

John miraba desde el asiento de carruaje cómo Annie se abrazaba a sí misma. Su primer impulso fue sentarse a su lado y consolarla, pero algo le decía que quería su propia intimidad.

Se preguntó qué habría pasado para que ella llegara a ese estado. No era solo miedo lo que había en sus ojos, sino desconcierto, e incluso horror, como si su padre le hubiera dicho algo

que nunca esperó, y eso que, de Mirren, John esperaba cualquier cosa, y estaba seguro que Annie también.

—Si quieres hablar, estoy dispuesto a escucharte —dijo él con calma.

Ella alzó la cabeza con lentitud. Odiaba que Mirren hubiera conseguido volverla de nuevo un corderito asustado.

—Él… él me insultó, me llamó… me llamó… bueno, ya sabes, dijo que era indecente, por mi vestimenta.

John apretó los puños, pero mantuvo la compostura por ella. Esperó a que continuara, pero no lo hizo. Él sabía que había más. Mucho más.

—Las marcas en tus hombros —dijo para instarla a hablar.

Ella bajó la cabeza.

—Me sujetó por ahí y me acorraló con la pared. John…

—¿Sí?

Annie dudó, como si ni ella misma estuviera segura de lo que iba a decir.

—Él me estaba mirando de forma extraña.

John frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Bueno… Quizás solo me lo imaginé, pero… Oh, no, no puedo decirlo. Es una tontería, olvídalo.

John se inclinó hacia ella y le acarició los brazos en un gesto reconfortante.

—Dilo.

—Bueno, él… él dijo que mi vestimenta provocaba a los hombres, y que si estaba dispuesta a aceptar las consecuencias.

Después, sentí que me miró como… como… si lo estuviera provocando.

Un sollozo se escapó de sus labios y John no pudo resistir más el impulso de sentarse a su lado para abrazarla, a pesar de que también estaba anonadado. Creía a Mirren capaz de muchas cosas, pero lo que Annie estaba diciendo era un nivel de perversidad que incluso era excesivo para él.

Y, sin embargo, explicaba tantas cosas, entre ellas, el deseo de la madre de Annie porque no volviera a casa, la premura de Leinster por ayudarlo a buscar a Annie, y la renuncia de la condesa a querer invitarlo a la fiesta.

—Quizás solo me lo imaginé —dijo ella entre lágrimas.

—Es probable —la confortó él.

No porque lo creyera, sino porque era mejor que Annie pensara así. Si él estaba perturbado, no imaginaba lo que debía de estar pensando ella.

—Estaba muy borracho —continuó como si intentara convencerse—. Quise irme, pero no me dejaba. Si no fuera por lord Abercorn…

La mención del hombre logró que John arrugara el entrecejo. Le agradecía su intervención, pero su ego se resentía por que hubiera llegado antes que él.

—Es un caballero amable y agradable —dijo en voz baja.

—Parece que le has tomado estima —dijo con desdén.

No pudo evitar comentarlo, fue un impulso natural de protección. Aunque nadie diría que Abercorn se había comportado de forma incorrecta, John había notado cómo había mirado a Annie. No fue una mirada lujuriosa o intensa, pero si una inspección

apreciativa: ella le había parecido bonita. A muchos en la fiesta le había parecido bonita. John había escuchado a un hombre murmúraselo a otro justo antes de que llegara Leinster, y eso le hacía hervir la sangre. Una parte de él quería encerrarla para que nadie la viera, mientras la otra lo instaba a mantener el sentido común.

Ella era bonita, y él debería estar orgulloso de que otros lo considerasen así. Pero también le daba miedo, porque la sociedad estaba llena de zamuros en busca de presas, ansiosos de corromper la inocencia.

Se dijo que no debería desconfiar de ella. A diferencia de Annie, Camille nunca había sido una mujer inocente. John había pasado mucho tiempo intentando comprender por qué le fue infiel, hasta que concluyó que simplemente era parte de su naturaleza que rechazaba la monotonía. Annie era diferente, pero la parte herida de vez en cuando le recordaba que se cuidara, sobre todo porque estaba encariñado con ella mucho más de lo que nunca estuvo con Camille.

—¿Sucede algo? —preguntó nerviosa.

Él negó con la cabeza, alejando los demonios.

—No. Disculpa. Me enteré que mi tío está diciéndole a todos que va a despojarme del título, y eso me ha puesto de mal humor.

Annie jadeó.

—Pero ¿cómo…?

—No te preocupes. No podrá conseguirlo. Solo quiere fastidiar.

—Oh, John, espero que no haya sido la causa de más problemas para ti.

Y por esa razón nunca podría compararla con Camilla. La abrazó más fuerte.

—Nunca. Si mi tío quiere perder su tiempo en eso, no es mi problema. No nos afectará.

Y esa era una promesa que no pensaba incumplir.

Capítulo 18

Dos días después de la fiesta, Annie estaba nerviosa porque Charlotte la había invitado a tomar el té con una amiga suya: la marquesa de Rhodasay. Para alguien que se colaba muy poco en sociedad, y que era consciente del repudio que causaba en ese momento, temía que su prima se hubiera tomado el atrevimiento de invitarla sin notificarle a la anfitriona, pues dudaba que alguien que apreciara las buenas costumbres, en especial una dama que era esposa de un marqués, la quisiera en su casa.

Lamentablemente, Charlotte no atendió razones. Le aseguró que la marquesa estaría encantada de conocerla, y le informó la hora en que la buscaría. Annie no tenía muchas opciones.

Volvió a tocar la campanilla con nerviosismo, deseando que Nelly se apurara. Aún era temprano, pero es día tenía una particular fijación por verse bien. No era lo mismo estar en un salón lleno de personas que no le dirigirían más que una marida juzgadora a la distancia, que hablar cara a cara con una desconocida, que probablemente se escandalizaría por todo lo que había hecho.

Tal era su inquietud que incluso dejó temporalmente de lado la preocupación familiar que tenía. Desde la fiesta, no había podido evitar pensar en el comportamiento extraño de su padre, y, sobre todo, se sentía inquieta por el estado de su madre. Se había pasado las noches pensando en si no sería conveniente sacarla de allí, pero no tenía idea de cómo. Tenía que conversarlo con John, pero le daba vergüenza pedirle un favor tan grande.

Era una situación delicada a la que esperaba encontrarle una pronta solución

Empezó a abrir los cajones de su gaveta preguntándose dónde había guardado Nelly su joyero. No tenía mucho para elegir, pero quería asegurarse de ponerse algo presentable. Quizás el sencillo collar de oro que le regalo su cuñada cuando la visitó días antes. Al llegar a la última gaveta, esta se negó a abrir completa, así que Annie metió la mano y tanteó a ciegas buscando la pequeña caja de terciopelo donde guardaba su escasa joyería. No la encontró, pero mientras tocaba la madera con la palma de la mano, sintió que la parte la pared del fondo se hundió.

Extrañada, inclinó la cabeza para poder ver mientras empujaba con más fuerza la madera. Para su sorpresa, esta se volvió a hundir, y cuando alejó la mano, el rectángulo, que había creído el final de la gaveta cayó hacia adelante y dejó al descubierto un pequeño compartimento, de no más de dos pulgadas de profundidad, donde estaban guardadas unas cuantas cartas.

Annie las sacó con cuidado. Las páginas estaban amarillas y manchadas, así que supuso que llevaban mucho tiempo allí. La mayoría no tenía sobre, y la caligrafía era una letra masculina, seria y bastante legible. Otras, estaban escrita en una caligrafía femenina, pequeña y temblorosa. Tomó una de las que parecía escrita por un hombre.

Querida Paulette

Me destroza el corazón saberte casada. Hubiera querido poder llegar antes y salvarte de ese terrible destino. Sabes que mi corazón estará siempre contigo, y por eso me atrevo a pedirte que consideres lo que comentamos aquella noche.

Att:

Un hombre que siempre te amará

Annie empezó a respirar con agitación cuando comprendió quién era ese hombre. Nerviosa, tomó otra de las cartas de él.

Querida Paulette

Entiendo que no desees irrespetar a tu esposo con mi propuesta. Ahora que lo he conocido, sé que no es un mal hombre, pero eso no hace que lo que siento por ti sea más débil, y nadie debería oponerse al amor.

Att:

Un hombre que siempre te amará

Estaba tan inmersa en la información que tomó una de las cartas escritas por ella sin siquiera pensarlo.

Querido Paul

No sé si algún día llegues a recibir esta carta. Todo lo que aquí diré, ya lo sabes. Te amé desde que éramos jóvenes, y te seguiré amando el resto de mi vida porque esa es la condena que cargo. Así como es mi condena quedarme en este matrimonio. No puedo regresar a Francia contigo, y sabes la razón. No puedo abandonarlo, es mi único consuelo. Sé que también lo quieres proteger, y que, por eso, me vas a dejar atrás. Pero nunca olvides que mi corazón vivirá atado al tuyo el resto de nuestras vidas.

Att:

Una mujer que nunca te dejará de amar

La carta se escapó de sus manos temblorosas y temió seguir leyendo. Había al menos veinte cartas, y más de la mitad eran de él. Decían mucho, pero a la vez tan poco. Lo que si resultó evidente era que ese hombre no fue un simple amigo.

Anne escuchó pasos acercarse y guardó con rapidez las cartas en el cajón. Apenas le dio tiempo de cerrarlo cuando Nelly entró en la habitación.

—Disculpe la demora, milady, estaba planchado el vestido que me pidió… ¿Buscaba algo?

Annie se levantó con cuidado del suelo.

—Mi joyero —respondió con rapidez, esperando que no se le notara el nerviosismo.

—Oh, está en él baúl. Ya se lo busco.

Annie dejó que la arreglara, pero la preocupación por su aspecto había pasado a un segundo plano ante lo de las cartas. ¿Qué dirían las demás? ¿Contendrían información comprometedora?

Sintió deseos de cancelar todo para seguir leyendo, pero eso causaría sospechas. Lo mejor sería mostrárselas en la noche a John. Además, no era a ella a quién le correspondía conocer esa historia.

Solo esperaba que saber la verdad no fuera una maldición.

***

Cuando John regresó a la casa, era la hora de la cena, y estaba increíblemente preocupado. No había podido quedarse mucho tiempo analizando la percepción que tuvo su esposa del encuentro con Mirren, así que optó por ir a hablar con quienes podían saber del tema.

Por desgracia, John se enteró al llegar a casa de los Leinster que la condesa había salido a buscar a su esposa. El conde lo recibió, y John supo que la conversación sería seria cuando le ofreció una bebida fuerte antes de comenzar.

—Charlotte y yo asumimos que pronto te darías cuenta —dijo el conde con una seriedad poco habitual en él—. Y aunque ella quería estar presente si tenías alguna duda, lo cierto es que me alegro de que no lo esté. No es un tema del que le guste hablar.

Por lo general, John manejaba bien el nerviosismo, pero en ese momento, temió que el corazón se le saliera.

—Annie sintió él la miraba como… un hombre.

—Somos conscientes de que hay personas con gustos extraños, Montrose, y Mirren, con su fachada de hombre serio, bien

podía ser de los que oculta mucho. Sin embargo, hay cosas que son difíciles de creer, pero no por eso dejan de ser ciertas.

John, que no había tocado el licor, se lo bebió de un trago.

—¡Es su hija! —exclamó, incrédulo.

—Y Charlotte su sobrina, pero eso no impidió que quisiera quedarse con la custodia de su hermano solo para poder atarla a él —mascullo Leinster con desprecio.

También le contó lo que habían descubierto de él, los lugares que frecuentaba y otras cosas igual de asquerosas. No le sorprendía que conociera a su tío, pues John era consciente de que el viejo también tenía gustos cuestionables.

En general, John había vivido lo suficiente para saber que la mente humana podía pervertirse hasta puntos cuestionables, pero desear a alguien con la que se compartía sangre era algo que le costaba asimilar.

Annie, tan inocente y pura. Todo ese tiempo estuvo viviendo con un monstruo.

Ya entendía la actitud de su madre. De alguna manera, ella lo sabía.

—Nunca vuelvas a dejar que se queden solos —recomendó Leinster—. No sé hasta que punto le haría daño, pero sospecho que nunca la tocó porque eso la habría hecho inadecuada para el matrimonio, y no es estúpido. Pero ahora…

John sintió que la rabia lo envolvía. Si él se atrevía a tocar a Annie, reservaría una visita al infierno.

Mientras esperaba que su esposa bajara para cenar, consideró si sería bueno decírselo o no. Había visto cómo se había puesto ante la posibilidad, y, a decir verdad, John no quería que ella tuviera que

asimilar eso, no porque dudara de su fortaleza, sino porque no deseaba que sufriera.

Por suerte, Annie no notó su actitud pensativa. Parecía que ella también estaba preocupada por algo, y él prefería centrarse en eso.

—¿Qué tal te fue tomando el té con la marquesa?

Ella parpadeó como si la acabaran de sacar de sus cavilaciones.

—Oh, es una mujer muy agradable.

Por su tono, supo que no mentía. Así que el tema que debía preocuparle era otro.

—¿Sucede algo?

—Yo… bueno, me gustaría que después de cenar me acompañaras a mi habitación.

John sonrió, aun sabiendo que ella no era consciente de lo que acababa de proponerle.

—Encantado.

Ella cayó en la cuenta de sus palabras y se sonrojó. No habló más durante la cena, y cuando terminó, estaba aún más nerviosa que cuando se fugaron juntos. John se empezó a inquietar. No necesitaba otro problema.

Una vez en su habitación, ella se dirigió a su cómoda, donde se inclinó y abrió la gaveta inferior.

—No sé cómo decirte esto —comentó mientras metía la mano en la gaveta, que, al parecer, no abría bien—. Así que creo que es mejor que lo veas.

Pasaron varios segundos de ella tanteando el cajón.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó, cauteloso.

—No está —musitó ella, horrorizada—. ¿Pero cómo es posible…?

John se puso de canclillas frente a ella, preocupado.

—Corderita, ¿qué estás buscando?

Annie lo observó con ojos temerosos. Tenía que decirle algo, pero no sabía cómo. John metió la mano en el cajón y tanteó como ella lo estaba haciendo. No tardó en descubrir el compartimento secreto, que estaba vacío.

—Annie… —dijo, atando cabos—. ¿Qué había allí?

—Unas cartas —musitó ella—. De tu madre y… y del hombre que amó.

John se puso de pie lentamente, temiendo perder el equilibrio. Annie empezó a relatar con lentitud cómo las había encontrado y qué decían las que leyó. Mientras, John paseaba por la habitación, pensativo.

No le extrañaba la historia que Annie le contaba. Aunque su madre siempre lo negó, el amor que sentía por ese extraño que llegó de Francia era evidente, incluso cuando intentan mantener a un niño al margen. Nadie se deprimía hasta la muerte por la pérdida de un conocido. El corazón solo lloraba de esa manera cuando había sentido con igual intensidad.

—No… no pude leer más, porque en ese momento entró Nelly y…

John la miró, instándola a continuar.

—Ella no las vio, pero…

Annie tenía una conjetura, pero no poseía la malicia suficiente para manifestarla. En cambio él, que ya había sido víctima de jugarretas similares por parte de su tío, ni siquiera dudó.

—Llámala —dijo—. Aunque dudo que aún se encuentre en esta casa.

—¿No creerás que…?

—No sería la primera vez que mi tío infiltra a alguien aquí —dijo con voz pesada—. Una joven como ella es menos sospechosa.

Se sentó en la cama, repentinamente cansado. Llevaba años en esa pelea silenciosa con su tío, y aunque este no parecía rendirse, John estaba harto de pelear por algo que ni siquiera era su culpa. Si no tuviera a Annie, quizás consideraría la posibilidad de rendirse.

Annie se levantó y tocó la campanilla. La sirvienta que llegó a atender la solicitud no fue Nelly, pero le notificó a su esposa de que la joven había pedido permiso para visitar a su madre ese día y no había vuelto aún.

—No puedo creerlo —musitó Annie sentándose a su lado—. Yo… lo lamento. Debí haberme dado cuenta antes. Hacía preguntas raras y…

—No es tu culpa —dijo él con calma—. Ni siquiera es tu pelea.

—Va a usarlas en tu contra, ¿verdad?

—Es probable

—Pero… no decían nada comprometedor respecto a tu legitimidad.

—Al menos no en las que leíste.

A esas alturas, John no se asombraría de saber que sí era un bastardo.

—¿Estás bien? —preguntó ella con cautela.

Él hizo un esfuerzo por esbozar una sonrisa. Se inclinó hacia ella y le acarició la mejilla.

—Sí. No es la primera pelea que tengo con mi tío. No te preocupes. No dejaré que nos afecte.

Porque ahora ella también llevaba su nombre. Que le hubiese advertido de una vida escandalosa no significaba que quisiera dársela.

—No me refiero a eso.

Él sabía a qué se refería, pero no estaba preparado para responder a esa preguntaba. ¿Estaba bien? Suponía que sí. El rumor de que su madre había amado a ese hombre siempre fue más una certeza que una duda, y, por lo tanto, su legitimidad también fue cuestionable. Si esas cartas llegaban a decir que era un bastardo, no se sorprendería, aunque no podía afirmar que no le dolería.

—Pasé muchos años intentando convencerme de que era un hijo legítimo, aunque todos dijeran lo contrario. No fue fácil. Muchas críticas, insultos… Me frustraba. Al final, opté por aceptar que podía ser un bastardo y reconciliarme con esa idea. ¿Qué puedo hacer? Si mi padre no pudo hacer nada, yo tampoco. No fue mi decisión y no debo torturarme por eso. Asumo la vida que me tocó, aunque los demás crean que no la merezco.

Annie lo observó con seriedad.

—Yo… pienso que merecer algo implica más que un derecho de nacimiento —dijo sin desviarle la mirada—. Has trabajado duro por ser digno de tu título y lo has logrado. Eso hace que lo merezcas más que cualquiera que lleve un mínimo de sangre Clark.

A John le generó tanta ternura su declaración que tuvo que contener el impulso de abrazarla. Observó esos ojos sinceros que nunca lo habían observado con desprecio, que jamás lo habían

juzgado, y supo, sin temor a equivocarse, que se había enamorado de ella.

Que Dios lo ayudase.

—No dejaré que esto nos arruine —le prometió antes de darle un casto beso en la frente.

—No temo a la ruina, John. Pase lo que pase, yo estaré junto a ti.

—¿Por qué?

Sospechaba que por agradecimiento, o porque no tenía otra opción, y aunque no era una motivación que le fascinase, podría vivir por el momento con eso. Tenía la esperanza de que, con el tiempo, ella también se enamorara de él.

Quería creer que no era tan difícil de querer.

—Porque quiero apoyarte.

Era una respuesta ambigua, pero su corazón brincó al escucharla.

—Te has convertido en una corderita valiente —susurró cerca de sus labios.

Ella se sonrojó, pero no le desvió la mirada.

—Tú me has vuelto valiente.

John jamás se atrevería a darse todo el crédito de eso. Ella siempre había sido valiente, solo que no la había dejado serlo.

La abrazó disfrutando la sensación de tenerla contra su pecho. El amor era una trampa en la que nunca se había permitido caer, y después de su matrimonio, entendió que era aún más peligroso. La traición dolía, como le pasó con Camille. Pero si había amor de por medio, este destruía, como le pasó a su madre.

No obstante, Annie llegó para enseñarle que no se podía evitar enamorarse. Tenía miedo, mucho miedo, pero no se comparaba con la dicha que le proporcionaba su compañía.

Sonrió como un idiota.

Ya no había manera de salvarse.

Capítulo 19

No hubo forma de localizar a Nelly después de su desaparición. John hizo unas investigaciones y descubrió que la doncella trabajaba en casa del señor Clark, junto con su madre, lo que hacía complicado contactarse con ella.

—No debí haber confiado tanto en ella —se recriminó Anne con tristeza durante el desayuno.

Habían pasado ya dos días desde la desaparición de las cartas, y aunque no había ninguna novedad más allá de rumores, el tiempo se les acababa.

—No es tu culpa —dijo John, como hacía siempre que Annie se sentía culpable—. Era una niña y llevaba aquí un tiempo. Era difícil sospechar de ella.

Pero a ella aún le costaba creer que los hubiera traicionado de esa manera. Nunca se portó mal con Nelly, le había dado la oportunidad de ascender en el trabajo al ser su doncella, y a pesar de eso decidió traicionarlos.

Annie revisó con descuido la correspondencia que había llegado ese día. No era demasiada. Una nota de Charlotte invitándola al teatro, una cara de lady Rhodesay invitándola a tomar el té, y una nota con un nombre que se le hacía familiar. Annie abrió la elaborada invitación con cuidado. Era del duque de Abercorn. Estaba ofreciendo una velada para el día siguiente, y comentaba amablemente que estaría encantado de recibirlos.

Le tendió la invitación a John. Creyó que la noticia lo alegraría un poco, pero, en cambio, frunció el ceño.

—He escuchado de esa velada. Envió las invitaciones hace un mes. Claramente no estábamos en la primera lista, ¿por qué ahora sí?

—Quizás porque antes no nos conocíamos —dijo con cautela Annie. Desde la desaparición de las cartas el humor de John era muy irritable—. A lo mejor le agradamos.

No fue una respuesta que le satisficiera, pero no comentó nada más en contra.

—¿Iremos? —preguntó Annie.

—Sí —dijo él y suspiró—. Creo que nos haría bien una distracción.

***

La fiesta del duque era tan elegante y concurrida como Annie se esperó. A muchos invitados les causó extrañeza que estuvieran allí, pero, a diferencia de lo ocurrido en casa de Charlotte, se cuidaron de comentarlo en voz alta; después de todo, eran el duque y su madre quienes organizaban la velada, y ofender a uno de los invitados era el equivalente a ofenderlos a ellos. Nadie quería hacer enojar a un caballero que posiblemente estuviera en busca de esposa.

John y Annie tardaron en localizar a sus anfitriones debido a la gran cantidad de personas que había. Cuando lo hicieron, fueron recibidos con el mismo trato y amabilidad que se le daba a cualquier invitado.

—Es un placer tenerlos aquí esta noche, lord y lady Montrose —dijo la duquesa con amabilidad. Si había algo de hipocresía en su

tono, no lo demostró—. Permítanme un momento.

La dama regordeta, pero de porte impecable se separó para saludar a otros conocidos, dejándolos a solas con Abercorn.

—Me alegro que hayan podido asistir a pesar de la premura de la invitación —comentó el duque con una ligera sonrisa.

—Nos alegra haber sido tomados en cuenta —contestó Annie con timidez.

En el fondo, estaba muy emocionada. Ni siquiera cuando vivía con su padre habrían podido aspirar a asistir a una fiesta así. Por lo general, eran muy selectas.

—Espero, querida dama, que pueda concederme alguna pieza durante la noche. ¿El primer minué, quizás?

Annie sintió como el brazo de John se tensaba a su lado. No quería disgustarlo, pero tampoco le convenía molestar al duque, sobre todo en un momento donde necesitaban aliados.

—Por supuesto.

Al ser una mujer casada, ya no necesitaba de un carnet de baile, pues no había una fila de pretendientes buscando un hueco en su agenda —aunque nunca la había habido—. Así pues, se limitó a sentir y corresponder a la sonrisa del duque, que se había ampliado.

—Gracias. Nos vemos pronto. Temo que hay más personas a las que debo saludar.

Se despidió con un beso en el dorso de la mano que fue correcto y corto, pero que igualmente le arrancó un gruñido a su esposo cuando el duque se alejó.

—John… —dijo con cautela—. ¿Estás disgustado?

—No veo razón para que quiera bailar contigo.

—Solo está siendo amable.

O eso quería creer. Ciertamente, su esposo tenía razón. No era común invitar a una mujer casada a bailar si se era un caballero soltero, del cual se esperaba hiciera pareja con jóvenes casaderas que pudieran interesarle.

—Le gustas.

—Eso es absurdo.

Annie se había pasado gran parte de su vida gustándole a tan poca gente que no podía ni siquiera considerar la posibilidad. Y aunque así fuera, no creía que el duque tuviera intenciones deshonrosas con ella. Dudaba equivocarse si afirmaba que era un caballero respetuoso.

John no pareció estar de acuerdo, porque apretó los labios. Ya lo había visto celoso antes, pero eso no significaba que la faceta aún la sorprendiera, pues su esposo por lo general había mostrado estar seguro de sí mismo.

Los compases del primer baile empezaron a sonar y él le tendió una mano a modo de tregua. Annie la aceptó.

Hacía muchos años que no bailaba. Por lo general, su lugar en las fiestas era una esquina reservada a las solteronas, ese lugar a los que los caballeros nunca miraban. Se emocionó ante la idea de hacerlo con John.

Al principio, le costó seguir el ritmo de la polca, pero a medida que pasaban los minutos, se fue acostumbrando. Entre brincos y giros, Annie se sintió libre como no le había pasado en mucho tiempo. Cuando se encontraba con John, sus miradas se sonreían, se comunicaban sin necesidad de palabras. Annie se sentía… querida.

No quiso ahondar demasiado en eso por temor a estar equivocada. Disfrutó del baile, y cuando este finalizó, dejó que John la acompañara hasta la mesa de bebidas y tomó una limonada.

—Me gusta verte sonreír —le comentó él.

Annie se sonrojó, pero no bajó la mirada ni borró la sonrisa. Se sentía muy dichosa.

—Me estoy divirtiendo —confesó ella.

—Supongo que eso compensa quién es el anfitrión —dijo con drama.

Annie se rio.

Como si lo hubieran invocado, el duque apareció pocos segundos después.

—Si mal no recuerdo, este es mi baile.

Ella miró a John, dubitativa, pero este le hizo un gesto con la cabeza a modo de aprobación. No estaba contento, pero lo iba a impedir que disfrutara la noche.

El baile con el duque fue más tranquilo y menos emocionante, pero no por ello desagradable. De vez en cuando, el hombre hacía un comentario amable que Annie respondía con timidez. Cuando finalizó, no ubicó a John por ningún lado.

—Ha salido a la terraza —le informó el duque—. No me di cuenta antes, pero temo que lo he disgustado.

—Oh, no… —Annie no sabía bien que responder y se estaba poniéndose nerviosa—. Es solo que… bueno, su petición le ha parecido extraña —confesó, dubitativa. Ella también quería saber la razón.

Él pensó durante un instante.

—Comprendo —dijo—. Lamento si me excedí. Es solo que... bien, desde que la vi en casa de los condes, me recordó a alguien, alguien muy especial que ya no está —dijo en voz baja—. Un viejo instinto protector quiso que se sintiera cómoda, pero no es esa mi responsabilidad. Puedo hablar con su esposo para aclarar el malentendido.

—No es necesario —dijo ella con calma—. Yo hablaré con él.

Él miró el balcón con recelo.

—¿Está segura de que desea hacerlo sola?

—John no me hará daño —dijo con seguridad.

Se sorprendió así misma por la certeza en sus palabras. No había necesitado pasar mucho tiempo con él para saber que John era su lugar seguro, con todo lo que eso implicase.

—Entiendo —dijo él con una sonrisa—. Preséntele entonces mis disculpas. Y… bueno, he oído ciertos rumores… una petición que está por hacerse a la Cámara de Lores respecto a asuntos relacionados con él.

Annie se puso tensa.

—Nada más que difamaciones mal intencionadas —aseguró.

No sabía que tan distinta de la Annie tímida y educada debía de parecer en ese momento, pero el duque la observó con incredulidad antes de sonreír.

—No lo dudo. Puede decirle que no creo que el asunto escale a mayores. Por cuestiones… políticas, muchos estamos de su lado.

El duque inclinó la cabeza y se marchó. Annie no perdió tiempo y se dirigió a la terraza. Encontró a John recostando en la baranda, fumando.

—Creí que lo estabas dejando —musitó en voz baja, acercándose lentamente.

—En algún momento lo haré —prometió. Se giró hacia ella y esbozó una sonrisa forzada, como si eso pudiera ocultar la tensión en sus hombros—. ¿Lo has pasado bien?

—Tú bailas mejor —le aseguró Annie con timidez.

Él bufó.

—Quieres hacerme sentir mejor.

—Ni siquiera estoy segura de por qué te sientes mal —confesó en voz baja, acortando la distancia que los separaba.

Él suspiró y se giró levemente para tomar una última calada del puro antes de apagarlo.

—Ni yo lo sé.

Annie no dijo nada, invitándolo a reflexionar con su silencio. El cerró los ojos un momento antes de por fin hablar.

—Estoy celoso —admitió—. Muy celoso. No me gusta que te miren, no me gusta que te consideren hermosa. Siento que te quieren arrebatar de mi lado y eso me desespera.

La declaración provocó un vuelco en el corazón de Annie. ¿Sería posible que…?

—No me arrebatarán de tu lado —le aseguró ella.

—¿Y por qué no lo harían? El duque tiene más que ofrecer que yo. Título más alto, reputación impecable, y la misma cantidad de dinero. Temo que algún día lamentes haberme elegido, que algún día te des cuenta de que no era lo mejor que podías conseguir.

Le encogió el corazón verlo tan vulnerable. En ese momento, no era el hombre seguro de sí mismo que la había instado a confiar

en ella, era un niño temeroso, que nunca había recibido el cariño suficiente para considerarse valioso.

No se veía como ella lo veía.

—Eso no va a pasar.

—¿Por qué estás tan segura?

Annie alzó las manos y las colocó sobre su pecho. La calidez de su cuerpo actuaba siempre como una poción reconfortante, que la instaba a decir lo que fuera sin reparos, porque allí estaba segura.

—Porque te amo.

Lo dijo sin dudar, porque el amor no se vacilaba. Annie llevaba días intentando no admitirlo, pero no podía ocultarlo por más tiempo. Se había enamorado de él. ¿Cómo no hacerlo si le había mostrado que podía ser querida? ¿Cómo no hacerlo si la había instado a ser valiente? ¿Cómo no hacerlo si era, inconscientemente, lo que siempre soñó?

De no haber estado tan nerviosa por la declaración que acababa de hacer, le habría causado gracia la expresión de estupefacción de él. De pronto, la rodeó con los brazos y le acarició la mejilla.

—¿No me mientes, corderita? —preguntó con la boca cerca de su oído.

Annie, que empezaba a sentir los efectos que le provocaba su cercanía, se le estaba dificultando pensar.

—¿Por qué lo haría? —replicó con voz ronca.

Él mordió con ligereza su oreja.

—No lo sé. A veces la mentira es más agradable que la dura verdad. Si es una mentira, no quiero saberlo, Annie.

Se separó lentamente de ella y volvió a recostarse en la baranda. Su mirada se había perdido en algún recuerdo del pasado, y Annie no necesitó preguntar para saber en qué mentira quería vivir. Había dicho que no le había afectado, pero en el fondo, le dolía saber que sí podía ser un bastardo, y le dolían muchas otras cosas más que se negaba a mencionar.

—John… quizás no es de mi incumbencia, pero… ¿algún día hablarás de ella?

Él parpadeó, como si le hubiera costado entender su pregunta.

—¿Te refieres a Camille? En realidad, no tiene importancia.

Oh, vaya que la tenía. Antes, Annie había tenido miedo de preguntar, pero ya había dejado expuestas muchas partes de ella, y sentía que, para sentirse compensada, él debía hacer lo mismo.

—La tienes si son sus acciones las que explican por qué te genera inseguridad que otros hombres me miren.

Él apretó los labios, una significativa admisión de que ella tenía razón.

—Camille… Camille fue un pequeño tormento que tenía que llegar a mi vida por alguna razón, porque no estaba yo destinado a tener paz —dijo con amargura—. Nunca estuve enamorado de ella. Mi padre creyó que sería un matrimonio conveniente, y yo lo obedecí porque quería ser un buen hijo. Era una joven bonita, de buena familia y aparentemente agradable. No lo vi como ningún sacrificio en su momento, e hice caso omiso a su carácter excesivamente coqueto y presuntuoso.

Guardó silencio un momento, la mirada perdida en el pasado.

—Pero desde el principio, todo fue mal. No era virgen cuando se casó conmigo, y aunque ella juraba que sí lo era, yo sé que no. No quise armar un escándalo por eso. Tampoco era un joven casto, y entendía que podía haberse dejado llevar por alguien que le endulzó el oído. No había amor entre nosotros, ni muchas cosas en común, pero creí que podría haber respeto y eso me bastaba. Sin embargo, para ella no era suficiente. —Suspiró—. La historia debes haberla escuchado: se acostó con medio Londres hasta que no lo pude tolerar más y exigí el divorcio. Sí, me dolió en el ego de una manera que no puedo describir, pero lo peor era la incertidumbre de por qué lo había hecho. Cada vez que le descubría un nuevo amante, me lo preguntaba. Si siempre la traté con respeto, ¿por qué no hacía ella lo mismo? Me consumía la incógnita de qué había hecho mal para merecer eso.

—John, tú no…

—No hice nada mal, lo sé —interrumpió él luego de un rato—. Con el tiempo, descubrí que ella simplemente era así. Hay personas, corderita, que no necesitan una excusa para actuar mal. Lo hacen por impulso, por la efímera satisfacción de arriesgarse. Camille siempre fue una aventurera, le encantaba el flirteo y los juegos de seducción, pero le aburría hacerlo constantemente con una sola persona. La monotonía nunca estuvo diseñada para ella. Me lo dijo poco después del divorcio, antes de partir a Francia. Me comentó que, de haber tenido elección, jamás se habría casado, porque no era la vida que quería.

A ella le costó comprender lo que John le relataba. Al ser una mujer que siempre había soñado con casarse, y quien tenía la fiel

creencia del respeto y la fidelidad, no podía concebir cómo alguien podía pensar diferente.

—Es una idea más común de lo que crees —dijo él, quizás leyendo sus pensamientos en sus facciones—. No todos nacen para comprometerse, pero la vida los obligó a ello, lo que trae como consecuencia un mundo corrupto, lleno de amargura y frustración que pagan contra otros. Yo fui quien pagó por la frustración de Camille, y si te soy sincero, no sé si algún día la llegue a perdonarla. Por eso, no me arrepiento de haber tomado la decisión de divorciarme. Podía haberme equivocado en elegirla, pero era mi decisión seguir en ese infierno o no. Y decidí que no.

Al no saber que decir, se colocó a su lado y recostó la cabeza en su hombro. Él le rodeó la cintura con un brazo.

—No me tengas lástima, corderita. Son cosas que quedaron en el pasado.

Pero también eran cosas que lo marcarían para siempre.

—Yo… yo jamás haría eso —musitó, sin saber qué más decir. Quería aliviar sus inseguridades, que confiara en ella—. No puedo controlar que los hombres me miren o… o deseen otras cosas —dijo dubitativa—. A lo mejor mi padre tenía razón y la vestimenta importa.

En un movimiento brusco, él se giró, acorralándola contra la baranda.

—No vuelvas a decir eso —comentó con una rabia que la asustó—. No te liberé para volverte a encerrar, nunca podría perdonármelo.

Annie prefirió guardar silencio mientras él se tranquilaba, sin entender bien por qué la molestia ante su sugerencia.

—Mis inseguridades no son tu culpa. Es algo que estoy intentando resolver.

—Yo puedo ayudarte —sugirió ella y, presa de un valor impulsado por sus sentimientos, le dijo—. Quizás, te ayude pensar que… que…, aunque otros me miren, eres tú quien siempre… quien siempre me tendrá —dijo en voz baja. Su cuerpo empezaba a cosquillear por su cercanía, y eso la instó a seguir hablando—. Quien tiene derecho a… a hacerme lo que desees.

El objetivo se logró. La furia fue sustituida por una pasión que la hizo temblar. Él la atrajo hacia sí y depositó unos besos provocadores en su cuello.

—¿Lo que desee, corderita? —susurró antes de lamer el lóbulo de su oreja—. Si te alzo la falda aquí mismo y envuelvo tus piernas en mis caderas, ¿te dejarías?

Annie jadeó, no supo si por la escandalosa propuesta, o porque él llevó una de sus manos a su muslo y empezó a hacer amago de subirle el vestido.

—Bueno… —dijo, su voz era apenas un sonido agudo—. Aquí… aquí… no sería conveniente.

Él soltó una risa ronca.

—¿Por qué no? —preguntó—. Me juras que, si te toco ahí abajo, ¿no estás lista para recibirme?

Oh, lo estaba, por supuesto que sí. Pero Annie no había perdido el pudor hasta el punto de hacer lo que él le proponía, ahí, donde cualquiera podría verlos. Lo empujó y él cedió. Su sonrisa de lobo le advirtió que estaba encantado de jugar con ella. Annie sabía que si no lo detenía, él llevaría a cabo sus palabras.

Y lo peor, ella se dejaría.

—El duque lamenta haberte importunado —dijo con rapidez, siendo eso lo primero que se le vino a la mente—. Dijo que nunca fue su intención ser irrespetuoso, que yo… que yo solo le recordaba a alguien.

La mención del duque logró sofocar un poco su deseo. Sus ojos pasaron de mostrar pasión a evidenciar fastidio.

—También dijo que… que hay varios en la Cámara de Lores que apoyaran tu caso, algo de cuestiones políticas.

John asintió con desinterés.

—Que no espere demasiado agradecimiento de mi parte —masculló con fastidio. Tomó la mano de Annie y la guio hasta la salida del balcón—. Vamos, corderita. Tienes una promesa que cumplirme.

Annie se sonrojó.

Mientras lo seguía, no pudo evitar que una inquietud la agobiara. Ella le había confesado que lo amaba, pero él no le había respondido.

Capítulo 20

John mandó pedir el carruaje y esperó con ansiedad en el vestíbulo a que se lo llevaran. Se sentía inquieto como un niño que pronto recibiría un regalo, aunque ya le habían dado un adelanto.

Ella le había dicho que lo amaba, y eso lo hacía increíblemente dichoso.

Lo amaba como una parte de él siempre esperó que alguien lo hiciera: sin prejuicios, ni restricciones. Y por eso, él solo quería hacerla feliz.

Quería llegar a su casa y hacerle el amor hasta el hartazgo. Quería recordarse, y recordarle, que ella era suya. Quería olvidar inseguridades y fingir que nada más existía. Quería a Anne.

—No imaginé encontrarte por aquí, querido sobrino —dijo una voz a sus espaldas que, por desgracia, conocía bien.

Annie se tensó a su lado, pero le alegraba saber que ya no mostraba miedo. No tenía por qué tenerlo.

—A decir verdad, yo tampoco. No me dio la impresión de que fueras amigo del duque —replicó con desdén. A menos que este le hubiera mentido a Annie y no pretendiera ayudarlo.

—Su madre y yo somos buenos conocidos —respondió su tío sin dejar de observarlos con desagrado—. Espero que estés disfrutando de tus últimos momentos dentro de la alta sociedad.

El brazo con el que Annie lo agarraba lo apretó con fuerza. John maldijo a su tío por haber aparecido. Solo él podía arruinar un momento tan agradable.

—He de admitir, tío, que no hay hombre que tenga más fe y persistencia que tú. Tantos años en esto, y no te rindes.

—La persistencia tiene recompensas, como verás pronto —dijo el hombre con una sonrisa burlona—. En unos días, la Cámara de Lores escuchará mi petición para despojarte de lo que nunca te perteneció.

—Escuchar no es lo mismo que atender —dijo John, no pensaba mostrar la inquietud que le generaba todo el asunto—. Unas cartas no son pruebas suficientes para confirmar tus suposiciones.

—Ah, entonces sabes de ellas —dijo. Su sonrisa era cada vez más amplia y perversa—. Supongo que tu querida esposa ya las había encontrado. Si es así, no sé con qué seguridad afirmas que el caso no procederá, habiendo de por medio un contenido tan… jugoso.

Annie miró de reojo a John, pero él mantuvo la vista fijada en su tío. No pensaba admitir que no conocía todo el contenido, no le daría esa ventaja. El viejo lo único que había querido toda su vida era hacerlo desdichado, y solo por esa razón, fuera él o no el heredero legítimo, no quería que ganara.

—¿Y dónde están los testigos? —replicó John—. Los involucrados en el caso están muertos, y no hay nadie con una relación lo suficientemente cercana a ellos para que su palabra valga. Si mal no recuerdo, para que se abra el juicio se necesitan evidencias menos… falsificables.

Por fin su tío borró la sonrisa. Él también sabía que el proceso era más complicado de lo que se quería convencer. La única razón por la que lo había iniciado, era porque se había convertido en su objetivo de vida. La ambición por el poder lo tenía cegado, buscaría hasta su muerte destruirlo costase lo que costase.

En momentos como ese, John sentía pena por él.

—Las cartas son reales, hay quien puede testificar cómo se encontraron.

—Ah, te refieres a la pobre incauta que infiltraste en mi casa.

Él volvió a sonreír.

—Tu esposa debería elegir mejor a sus doncellas.

Si había algo que no soportaría en ese momento, era cualquier insulto dirigido a Annie. Estaba por replicar cuando ella lo sorprendió haciéndolo primero:

—Es usted un ser sin escrúpulos… utilizar de esa manera a una niña…

Él se carcajeó.

—Al menos es una joven obediente, que sabe lo que le conviene a ella y a su madre. No como otras. Pronto, querida, te arrepentirás de no haber sido mi esposa.

Annie se soltó de su brazo y observó a su tío con una mirada que jamás le había visto: determinada, orgullosa y segura.

Dio un paso hacia él.

—Le aseguro, señor Clark, que pase lo que pase, jamás me arrepentiré de haberlo elegido a él.

Su tío apretó los labios, furioso por la herida en su orgullo. John sintió que el corazón le daba un vuelco ante sus palabras. Volvió a tomar el brazo de Annie y la atrajo hacia él, temeroso de que el viejo reaccionara de forma violenta.

Un lacayo entró y notificó con voz temblorosa que su carruaje ya estaba listo. John y su tío se dedicaron una última mirada desafiante antes de alejarse cada uno por su lado.

Una vez en el carruaje, ambos soltaron la tensión acumulada. Annie se abrazó a sí misma, preocupada, mientras John consideraba qué hacer. No temía demasiado que su tío lograra su cometido. Fuera cual fuera el contenido de las cartas, no podía ser suficiente para que el juicio llegara a buen puerto. Despojar a un noble de su título era un proceso complicado, en donde muchas intervenían más los intereses políticos que las pruebas reales. John no tenía miedo de que su tío consiguiera el objetivo, tenía miedo de que el escándalo del proceso terminara por volverlos unos marginados. Annie no se merecía eso.

—¿Y si la obligó? —preguntó Annie de la nada.

John la observó sin entender. Su mirada había cambiado, mostraba audacia, un plan que se estaba elaborando. Decisión.

—¿A qué te refieres?

—A Nelly. ¿Y si la obligó a conseguir las cartas? Comentó algo de que ella sabía lo que más le convenía a su madre. ¿Y si la tenía amenazada?

—No me sorprendería —contestó, analizando sus palabras—. Pero no veo por qué importaría eso ahora.

—Porque si la tenía amenazada, nosotros podemos ofrecerle seguridad, y ella nos puede devolver el favor de otra manera.

Él estaba empezando a comprender.

—¿Crees que esa niña nos ayude después de habernos traicionado?

—Tengo que hablar con ella —dijo Annie, pensativa.

—No veo cómo. No pienso dejar que te acerques a esa casa.

—Podemos enviarle una nota —propuso, cada vez con más seguridad—. Le decimos que sabemos que necesita ayuda. No creo

que en realidad sea feliz trabajando allí. Quizás se anime a reunirse con nosotros. ¿Qué podemos perder intentándolo?

Ciertamente, nada.

John suspiró.

—Lamento que tengas que involucrarte en esto. Podemos…

Annie le llevó un dedo a los labios.

—Tú me salvaste, John, y ahora yo soy parte de tu equipo. Déjame… déjame apoyarte. No estás solo.

Él no supo cuánto había deseado que le dijeran esas palabras hasta que las escuchó. Él la abrazó, reconfortándose con su cercanía.

Era muy dichoso de tenerla, y la protegería para siempre.

Annie observó con tranquilidad a la joven que estaba frente a sí, discretamente cubierta con una capa de lana desgastada, y que observaba con desinterés los sombreros expuestos en una de las vitrinas de la tienda.

Bond Street había sido un punto arriesgado de reunión. Pasaba mucha gente, cualquiera podría reconocerlas, pero también era muy sencillo que pasaran desapercibidas, sobre todo porque Annie también tenía encima una capa de lana vieja que le había prestado una de sus criadas.

—Has venido —le dijo con voz amable. No era su intención asustarla. Necesitaba ganarse su confianza.

—Milady, yo… yo le debo una disculpa.

Annie pensó que le debía mucho más que eso, pero no lo dijo. No fue necesario, la muchacha continuó hablando:

—Es complicado. Mi madre ha trabajado toda su vida en esa casa, ¿sabe? Desde que era muy joven. No conoce otro lugar. El señor Clark me dijo que, si no hacía lo que le pedíamos, la despediría sin referencias. ¡Sin referencias! Eso sería nuestra perdición.

—Y por eso aceptaste —dijo, comprensiva.

Annie no podía molestarse con ella. No podría asegurar que, en su lugar, no haría lo mismo.

—Sí. Me contrataron junto con otros dos criados, unos que lord Montrose atrapó poco antes de su matrimonio. Entonces, se me pidió que fuera discreta. Y cuando usted llegó a la casa, el señor Clark me pidió que aprovechara la oportunidad. Lo lamento, milady.

Annie suspiró.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Me hubiera creído? —replicó ella—. ¿O me hubiera echado a la calle? Si eso sucedía, el señor Clark nos despediría a mi madre y a mí. Terminaríamos mendigando dinero en Covent Garden.

Annie le dio la razón. Si le hubiera dicho a John que había una infiltrada, Nelly no habría tenido oportunidad de explicarse.

—Eso no importa ahora. ¿Estás contenta en esa casa, Nelly?

—Nunca hemos estado contentas en esa casa —confesó la muchacha al borde del llanto—. El señor Clark es malo. Nos grita ante cualquier equivocación, nos mira con lujuria y de vez en cuando nos toquetea. Mi madre siempre dice que aguantemos, que es lo único que tenemos, pero no es agradable.

Annie tragó saliva. Ella que también había sido víctima de las desagradables atenciones del señor Clark podía comprender a la joven. No se imaginaba estar constantemente soportándolo.

—He hablado con milord. Si nos traes de vuelta esas cartas para mañana, antes de que pueda presentarlas en la Cámara de Lores, te prometo que tu madre y tú nunca más tendrán que regresar allí.

Nelly apretó las manos, nerviosa.

—¿De verdad, milady?

—No te juzgo, Nelly. En tu situación habría hecho lo mismo. Por eso te ofrezco esta oportunidad de redimirte.

Ella se tomó su tiempo para considerarlo.

—¿Está segura de que su esposo nos aceptará después del disgusto que le hemos causado?

—John está dispuesto a hacerlo siempre y cuando demuestres que estás de nuestro lado. ¿Lo estás, Nelly? ¿O eres de las que cree que el señor Clark tiene razón en su proceder?

—En realidad, es un asunto que no me interesa —confesó la joven—. Legítimo, no legítimo. ¿Eso a mí en qué me afecta? Tengo muchas conocidas que son ilegítimas, y no por eso las quiero menos. Mi madre es un poco más conservadora al respecto, pero su lealtad siempre estará donde se sienta segura, y si lord Montrose nos ofrece esa seguridad, ella no lo traicionará, independientemente de su origen. La ayudaré, milady. No… no sé si pueda conseguirle las cartas, porque el señor Clark también teme que lord Montrose infiltre a alguien, y las ha guardado en una caja fuerte en su despacho. Sin embargo, creo que puedo conseguirle algo con lo que negociar.

Annie la observó con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—A información, milady. Esa casa guarda muchos secretos y… mi madre tiene algo que puede llegar a serles útil. Nos vemos

mañana.

La joven desapareció sin decir nada, dejando a Annie confundida.

Esa noche, en la cena, le contó todo a John. Su esposo no parecía demasiado convencido de la efectividad del plan, pero mantuvo su palabra de ayudar a la joven si les colaboraba.

Al día siguiente, Anne estaba inquieta. En un día, Clark presentaría las pruebas ante la Cámara si no lograban detenerlos. No tenía idea de qué podía conseguirles Nelly que pudiera ayudarlas.

Por suerte, no tuvo que esperar demasiado. La joven se apareció en su puerta a primera hora de la mañana, acompañada de una mujer de unos cuarenta años que debía de ser su madre. La mujer era flaca y alta, aunque su espalda encorvada y la mirada en el suelo la hacían parecer más baja. Annie las recibió en el salón de visitas y le ofreció té, pero ambas se negaron. Sospechaba que la presencia de John, que estaba a su lado, las intimidaba

—Oh, no, milady. No tenemos cara para aceptarle su amabilidad. Solo hemos venido a cumplir lo que le prometí. Madre, dáselo, por favor.

La mujer dudó unos segundos antes de desplegar el paquete que tenía envuelto en una tela de saco. Era un cuaderno que parecía viejo, pero bien conversado. Se lo tendió.

Cuando Annie lo abrió, la recibió una caligrafía femenina y delicada. John se asomó por encima de su hombro para leer.

—Es el diario de la señora Clark —informó Nelly—. Mi madre era su doncella.

Annie leyó por encima algunos escritos, muchos de ellos narraban un día cotidiano, y otros se quejaban de la actitud hosca

de su esposo hacia ella. Sin embargo, una entrada casi al final del diario fue la que llamó su atención.

Enero de 1920

Estoy cansada de esta situación. Andrew no me perdona que no pueda darle un hijo, y sus tratos son cada vez más degradantes. Tengo miedo, mucho miedo. Me menciona constantemente que se quiere volver a casarse con una mujer que sí le dé herederos. Está obsesionado con el tema, y me desea con frecuencia la muerte. Temo por mi vida si me quedo aquí.

Annie casi deja caer el diario por la sorpresa.

—Es un maldito —susurró John—. Entonces fue verdad.

—Cuando la señora murió —dijo la madre de Nelly en voz baja, aún sin atreverse a alzarle la mirada—, su último deseo fue que me quedara con eso.

—No entiendo —dijo Annie—. Si lo han tenido en su poder todo este tiempo, ¿por qué no han intentado sacar provecho de ello?

La madre de Nelly bufó.

—Lo sirvientes estamos siempre desventaja. Si hubiera intentado amenazarlo, él no habría dudado en hacernos desaparecer, como hizo con mi señora. Nadie se habría molestado en investigar. En cambio, si ustedes… bueno, su desaparición sería más sospechosa.

Annie se sintió mal porque sabía que ella tenía razón. El mundo solo se preocupaba por quién le convenía.

—No sé si eso ayude a incriminarlo —continuó la mujer—, pero sé que a la señora le gustaría que lo tuviesen.

Había un evidente cariño entre la mujer y la difunta señora Clark. Más que una relación entre ama y sirvienta, se había formado una amistad, que dejó como consecuencia el dolor ante la muerte.

—Lo usaremos con inteligencia —les aseguró John—. Y tal como prometimos, son bienvenidas en esta casa el tiempo que deseen.

La mamá de Nelly por fin alzó la mirada. Sus ojos le recordaron a Annie a los de su madre, vacíos, pero en ese momento, brillaban con esperanza.

—Gracias, milord.

Nelly fue más efusiva.

—Oh, muchas gracias, milord. Le prometemos que siempre podrá confiar en nosotras. ¿Verdad, madre?

John llamó al mayordomo y le indicó que las ubicara. Cuando se quedaron solos, Annie lo miró, interrogante.

—¿Qué vas a hacer?

Él sonrió con malicia.

—Pautar una reunión con mi tío. Estoy seguro de que esta vez estará encantado de hablar conmigo.

Annie no lo dudaba, pero, aunque tenían todo lo necesario para hacer una negociación exitosa, no podía quitarse de la cabeza que algo malo sucedería.

Esperaba que fuera solo un mal presentimiento.

Capítulo 21

John observó con satisfacción mal disimulada el semblante malhumorado de su tío mientras extendía a regañadientes las cartas sobre su escritorio.

Después de haberle informado mediante una nota que tenía el diario de su esposa, no fue difícil persuadirlo para hacer un intercambio.

—Maldito seas tú y toda su descendencia —dijo el hombre con resquemor—. Te espera un lugar en el infierno.

—Pues nos veremos allá —comentó John con una sonrisa—, porque por lo que relatan estas páginas, no creo que tengas una plaza en el cielo.

—Dámelo de una maldita vez —espetó.

Se preguntó si su tío se daría cuenta que su actitud revelaba más que las palabras de ese diario. Con el fin de hacerlo enojar, John se puso a contar las cartas para asegurarse de que estuvieran todas, y abrió unas cuantas para verificar que era la letra de su madre y la firma del desconocido las que estaban ahí plasmadas. Al parecer, estaban todas.

Sacó el cuaderno marrón forrado de forma austera y lo extendió hacia él. Como supuso, el viejo lo abrió y revisó las primeras páginas antes de guardarlo en el interior de su frac.

—Algún día, Jonathan, algún día caerás.

—Quizás, pero no creo que vivas el tiempo suficiente para verlo.

El viejo se levantó con brusquedad y salió del despacho dando un portazo. John sonrió.

—Su enojo me deja saber que todo ha ido bien —comentó Annie entrando por la puerta que conectaba con la biblioteca.

—Más que bien —aseguró—. Ni siquiera se ha dado cuenta.

Para demostrarlo, abrió uno de los cajones donde se encontraba un cuaderno marrón, muy similar al que se había llevado Clark.

Después de haber obtenido un arma tan valiosa, Anne y él debatieron qué hacer con ella. Usarla como objeto de cambio era lo más beneficioso para ambos, pero no lo más justo para la difunta. Entrega el diario era enterrar para siempre la verdad, y eso iba en contra de lo que creían correcto. Por ello, John ideó un plan. Tenía un cuaderno similar a ese entre sus cosas, así que imitó en lo posible la letra de la señora Clark y escribió unas cuantas cosas coherentes para despistar a su tío, quien, como supuso, no conocía la apariencia exacta del diario ni la letra de su esposa.

—Pero se dará cuenta pronto.

—Y estoy ansioso por ver qué puede hacer —respondió John con una sonrisa malévola.

No podía hacer mucho más que ir a reclamarle, y John tenía fe en que alguna de las discusiones el viejo pronto abandonara ese mundo, aunque una muerte tan suave era lo que menos que se merecía después de todo el daño que había hecho.

Annie y él habían leído el diario de la difunta. No estaba seguro de que fuera una prueba lo bastante sólida para acusarlo de su muerte, pero sin duda causaría un escándalo que obligaría al viejo a retirarse durante un tiempo al campo. La duda se sembraría aún más profundo, y quizás la señora Clark tuviera un poco más de paz si el número de personas que sabía la verdad aumentaba.

John le hizo un gesto a Annie para que se sentara en su regazo y esta lo hizo sin vacilar.

No podía evitar recordar cuando se avergonzaba por ello. Había evolucionado mucho y eso lo enorgullecía.

—¿Vas a leerlas? —le preguntó ella señalando con la cabeza las cartas.

John las observó con indecisión. Desde que su tío las había puesto sobre la mesa, sintió que le estaban ofreciendo un arma de doble filo. Podría enterarse de la verdad y abrir la caja de pandora, o permanecer en la dulce ignorancia. La pregunta era, ¿quería saber la verdad?

No tardó mucho en tomar una decisión. Agarró todas las cartas, instó suavemente a Annie a ponerse de pie y él también se levantó. Caminó con lentitud hasta la chimenea, que se encontraba apagada, y encendió el fuego con parsimonia.

—¿Estás seguro? —preguntó Annie leyendo sus intenciones.

—Una vez me dijiste que, independiente de si era legitimo o no, me había ganado el título. Quiero creer que es así. Sé que si las leo y confirmó lo que se sospecha… no sé si podré seguir creyéndome merecedor de esto. A veces, querida Annie, es mejor ser feliz en la ignorancia. Crecí como hijo de un vizconde y ahora soy un vizconde. No necesito saber nada más.

Y le había tomado mucho tiempo llegar a reconciliarse con esa idea. Sin tomar un segundo más para pensarlo, lanzó las cartas al fuego y observó cómo la verdad se convertía en cenizas.

Annie estuvo a su lado hasta que no hubo rastro de papel en el fuego. Su apoyo silencioso fue de mucha ayuda para llevar el duelo que sufría por dentro. Con esas notas no solo moría la verdad,

sino sus inseguridades, sus rencores pasados y sentimiento de no ser suficiente.

—Vamos a comer, corderita. Esto me ha dejado hambriento.

Durante la cena, John notó a Annie distraída. Estaba jugando con la comida y apenas había probado bocado.

—¿Sucede algo?

—Estoy pensando en mi madre.

John debió haberlo supuesto. Ese era un asunto que debían resolver a la brevedad posible. No se lo pensaba decir a Annie, pero Mirren tenía las mismas actitudes negativas que su tío, y le preocupaba la seguridad de la señora.

—Annie, si la sacamos de allí, ¿estarías dispuesta a alejarte de ella por su seguridad?

Alejar a una mujer de su esposo se consideraba secuestro, independientemente de la voluntad de esta. Si la sacaban de allí para llevarla a un lugar seguro, Annie también tendría que pagar las consecuencias.

—Ni siquiera puedo visitarla ahora —dijo con la voz ahogada —. Prefiero no verla si con eso tengo la tranquilidad de que estará bien.

—La sacaré de allí —le prometió John— Necesito unos días para organizar todo.

Annie asintió y él se sintió mal porque ella estaba mal. Quería aliviar sus penas, hacerla feliz.

Y trabajaría toda su vida por ello.

Al día siguiente, Annie estaba sentada en el sillón de la biblioteca cuando escuchó gritos afuera.

—Maldita seas, Jonathan. Sal y dame la cara.

Reconoció la voz del señor Clark y se encogió un poco en el sofá. Estaba furioso.

—Señor —escuchó decir al mayordomo con un tono más alto al acostumbrado—, si no se va ahora, tendré que verme en la penosa necesidad de mandar a sacarlo. Milord me informó….

—Lo que sea que le haya informado, que me lo diga a la cara —siseó el señor Clark, cada vez más cerca—. ¡Jonathan, traidor! ¿Dónde estás?

La puerta de la biblioteca se abrió y Annie dio un respingo. El señor Clark entró, rojo de rabia, su mirada evaluando cada rincón de la estancia hasta posarse en ella.

—Mi esposo no está —dijo Annie levantándose con lentitud—. Por favor, retírese.

Él, en cambio, se acercó más.

Annie intercambió una mirada con el mayordomo y este se marchó rápidamente.

—Tú lo sabías, ¿no? Maldita perra. Dime dónde está el diario de mi mujer. Hice un trato con Jonathan.

Había tardado menos de lo que imaginó en darse cuenta.

—No sé de qué está hablado —dijo reuniendo toda la valentía que pudo para que la mentira fuera creíble—. Fue el que se le entregó ayer.

—¡No me mientas! —gritó. Su mirada tenía un brillo desquiciado—. A lo lejos, la letra se parecía, pero la comparé con unas cartas que encontré de mi mujer y no era la misma. ¡Me engañaron! ¡Hicimos un trato! Yo dejaba que ese bastardo se quedara con el título y ustedes me entregaban el diario.

Annie sintió que se apoderaba de ella una furia incontenible por el hombre que tenía frente así, que se creía con derecho de jugar a ser Dios para obtener lo que deseaba. Había matado a su esposa y había querido destruir a John solo por ambición. No se merecía ninguna consideración.

—La justicia no se negocia —dijo con regocijo, sintiéndose más valiente que nunca.

Ese hombre ya no le daba miedo, solo pena.

Jadeó cuando él se abalanzó hacia ella y la tomó por los hombros con fuerza. Annie intentó zafarse, pero al ser inútil, le sostuvo la mirada. No dejaría que la viera asustada, no de nuevo.

—Maldita perra —siseó—. ¿Quién diría que resultarías una traidora? Tu padre debe estar muy decepcionado. Él me prometió que eras una niña buena.

La mención a su padre hizo que Annie se congelara. Por un momento, volvió a su pasado, en dónde cada acto de rebeldía se castigaba, donde cada mínimo error tenía consecuencias graves, y donde alzar la voz no le era permitido. En otra época, se habría sentido culpable por decepcionar a su padre. En ese momento, al ver la mirada desquiciada del hombre que tenía en frente, estaba feliz de haberlo hecho.

—Soy quien siempre debí ser —dijo con seguridad.

Sin que pudiera preverlo, el señor Clark la empujó hasta dejarla acorralada. Después, su mano viajó hasta su cuello. No apretaba lo suficiente para cortarle por completo el aire, pero sí para evitar que se zafara. Vio en su mirada que se había alejado por completo de la realidad.

—Debía haberte tomado en cuanto tuve la oportunidad, esa vez en el carruaje —comentó con voz ronca—. A tu padre no le habría importado, el trato siempre fue que yo fuera el primero y él seguiría después.

Annie sintió que la sangre le abandonaba el rostro. Quiso convencerse de que no había entendido bien, que la dificultad para respirar y el miedo que empezaba a sentir estaban confundiendo a sus oídos. Pero entonces, recordó la forma en la que él la había mirado en la fiesta, como si la desea. No, eso era imposible.

El señor Clark se rio como un maníaco.

—¿Sorprendida? Mirren siempre ha sido un pervertido, incluso más que yo. No lo culpo. Eres una tentación. Incluso cubierta era difícil resistirse a ti. Me pregunto si Jonathan te habría querido deshonrada. Quizás sí. Nunca fue muy exigente.

Volvió a reírse, pero Annie estaba demasiado pasmada para prestarle atención. Siguiendo el instinto de supervivencia, alzó la rodilla y lo golpeó, dándole justo en la entrepierna. El hombre aulló de dolor y ella aprovechó para zafarse. En ese momento, entró el mayordomo con dos de los lacayos más fornidos que había en la casa. Tomaron al señor Clark de los hombres y empezaron a arrástralo hacia la salida.

—¡No se quedará así, lo prometo!

Annie ni siquiera le prestó atención, seguía consternada por lo que el hombre acababa de confesarle.

Era imposible, impensable. Era su padre, él no podría…

Pero entonces, todo empezó a tener sentido. La razón por la que la tenía siempre cubierta, el por qué su madre la encerraba

todas las noches y le pidió que no regresara. Oh, su madre. Su madre siempre lo supo. Por eso quería sacarla de esa casa.

Annie sollozó, sintiendo el corazón estaba por salirse de su pecho. Nada la aprisionaba, pero no podía respirar con normalidad. Estaba temblando.

—Milady —susurró el mayordomo, preocupado—. Milady, ¿se encuentra bien?

Annie no podía estar bien. ¿Cómo podía estarlo cuando se acababa de enterar que el hombre con el que había vivido toda su vida jamás la vio como un padre veía a su hija?

No podía creerlo, simplemente no podía creerlo.

—Mande a buscar a mi esposo —le pidió Annie al mayordomo mientas caminaba lentamente hacia la puerta—. Díganle que iré a ver a mi padre. Necesitaré un carruaje y al menos dos lacayos.

El mayordomo la miró, receloso de su petición. Sin embargo, la orden de Annie no daba lugar a protestas.

Cuando él se fue, ella se secó las lágrimas y respiró hondo.

Tenía que saber la verdad.

Capítulo 22

La casa de su padre nunca le pareció tan terrorífica.

Annie respiró hondo y les pidió a los lacayos que esperaran afuera. Aunque por seguridad era mejor que la acompañaran, dudaba los dejaran pasar. Ni siquiera confiaba en pasar ella misma.

El mayordomo le abrió la puerta antes de que pudiera tocarla.

—Señorita —dijo, quizás por costumbre o porque no sabía cuál era su nuevo estatus—. El señor le ha prohibido la entrada a esta casa.

Annie ya lo había supuesto. Enderezó los hombros y lo miró con seguridad.

—¿Me vas a negar la entrada, Thomas?

—Señorita, es que el señor…

—Apuesto a que mi padre querrá verme —dijo con asco.

Todavía no podía, ni quería creer lo que le había comentado el señor Clark.

El mayordomo tardó en responder. Posiblemente buscaba alguna manera de echarla con amabilidad, pero Annie aprovechó su indecisión para colarse dentro de la casa.

El viejo mayordomo ni siquiera fue capaz de seguirle el ritmo mientras ella trotaba hasta el despacho de su padre. Sabía que debía de estar en casa, porque a esa hora nunca salía. No se equivocó.

—¿Qué diablos…? —preguntó cuando escuchó abrirse la puerta. En cuanto la vio, hizo una mueca de desagrado—. ¿Qué haces aquí? No eres bienvenida.

—Vengo a hablar contigo.

Su padre dudó, pero terminó por hacerle un gesto al mayordomo para que se retirase. Annie intentó contener el temblor de su cuerpo cuando este cerró la puerta y se levantó.

—¿Qué quieres? —preguntó acercándose lentamente—. Si vienes a ver a tu madre…

—¿Por qué siempre insistías en que me cubriera, padre? —preguntó, desconcertándolo.

Sentía la boca seca y la voz temblorosa. Quería que todo fuera mentira, que el hombre que la crio no podía haber estado todo ese tiempo mirándola de una forma diferente, que no había cometido tal pecado.

—Porque una mujer decente no muestra sus atributos.

—¿Por qué? ¿Porque tienta a los hombres? ¿A qué hombres hubiera tentado, padre?

Él la observó con cautela. Quizás empezaba a sospechar a dónde iba la conversación.

—Tu amigo, el señor Clark, fue a verme. Estaba un poco molesto porque tenemos las pruebas para inculparlo por el asesinato de su antigua esposa. ¿Ese era el hombre al que me querías entregar, padre? ¿Por qué?

—No sé qué pruebas tienen —dijo con cautela—, pero deben ser falsas. Clark es un caballero intachable.

—¿Cómo tú? —replicó.

Él la miró fijamente, tratando de intimidarla. En otra época Annie se hubiera encogido, pero la necesidad de saber la verdad iba más allá.

—Sí.

—Y dime, los caballeros intachables venden a sus hijas a hombres mayores con gustos cuestionables, prometiéndoles que serán los primeros si después dejan que estos intervengan.

Por fin el semblante imperturbable de su padre se derrumbó y Annie también estaba al borde del colapso. Leía en sus ojos la verdad.

Empezó a temblar.

—Es verdad —sollozó—. Tú… tú…

No pudo ni siquiera pronunciar las palabras. Le parecía horrible, abominable.

Él guardó silencio. Tal vez se estaba debatiendo entre mentirle o admitir su pecado.

—Soy un hombre, Annie. Los hombres nacimos para desear a las mujeres, y eso no debería ser mal visto.

Annie sentía que se estaba mareando.

—¡Soy tu hija! —gritó al borde del llanto.

—¡Eres una mujer, como todas! Ustedes son el pecado, nos hacer perder los estribos. ¿Crees que puedes evitar que un hombre te desee al verte vestida así? —Caminó hacia ella—. ¿Crees que alguien tiene de verdad la fuerza de voluntad para evitar pensamientos indecorosos? ¿Y por qué son indecorosos si es nuestra naturaleza?

Annie no pudo soportarlo más. Se giró para salir corriendo, pero él la detuvo tirándola del brazo.

—Has sido una tentación desde que eras joven —continuó, su mirada desquiciada. Parecía un hombre que se había cansado de mantener la fachada de cordura y dejaba de lado sus más oscuros deseos—. No podía hacerte nada. Ningún hombre te querría si no

eras pura, pero… pero podía negociar. Solo necesitaba conseguir a alguien que me comprendiera.

Annie no podía seguir escuchando eso.

—¡Suéltame! —gritó lo suficientemente fuerte con la esperanza de que los hombres que estaba afuera la escucharan.

—Pero te cásate con él y lo arruinaste todo. ¿De qué sirvió haberme contenido todos estos años?

Annie empezó a sudar frío. Tenía miedo, mucho miedo. La mirada de su padre era algo que jamás había visto.

Gritó, pero este apenas fue un chillido antes de que el hombre la atrajera hacia él y le tapara la boca. Empezó a forcejear. La puerta se abrió.

—Suéltala, Roger.

Era su madre.

Annie se congeló, y su padre también. No podría ver la expresión de su madre, pero su voz era helada, una advertencia.

—Vete.

—¡He dicho que la sueltes!

De pronto, su madre estaba a su lado, con las manos aruñando el rostro de su padre hasta que este la soltó. Pero como consecuencia, atrapó a su madre y le dio un golpe que la tiró al suelo.

—¡Madre! —chilló Annie, tenía que sacarla de allí.

Corrió hacia la entrada para buscar los lacayos. No fue necesario, estaban entrando en ese momento, junto con John, quien parecía que acababa de regresar de una carrera. Estaba agitado, despeinado y con una mirada que prometía venganza.

—¿Te crees valiente acorralando a una mujer? ¿Por qué no te enfrentas a mí?

—Los denunciaré a todos por invadir mi casa —gritó Mirren acercándose lentamente a John—. Váyanse.

Su postura era amenazante, la de John también. No se iba a ir sin pelear.

En la tensión del momento, Annie no vio cuando su madre se levantó para tomar una estatua y golpear la cabeza de su padre, este se tambaleó y cayó al suelo, inconsciente.

John, estupefacto, se acercó al cuerpo.

—Está vivo —aseguró después de tomarle el pulso.

—Váyanse —dijo la dama, sus manos aún temblorosas.

—Vente conmigo. No te voy a dejar aquí.

—No puedo irme. Él vendrá a buscarme.

—Te alejaremos de él —insistió Annie, llorosa—. No te encontrará.

Su madre se acercó a ella con lentitud y le colocó una mano en la mejilla.

—Si me ven salir con ustedes, habrá testigos para acusarlos de secuestro. Vete, hija mía. Dame el consuelo de que tú serás libre.

Annie se echó a llorar.

—John, no podemos dejarla —suplicó.

Pero su esposo sí veía la situación con objetividad. Observó a la mujer con lástima.

—Lograré sacarla de aquí —le prometió.

Su madre no respondió, como si hubiera perdido toda esperanza. Cuando él la tomó de la mano, Annie se resistió.

—¡No! —chilló—. Madre, por favor, ven.

El cuerpo de su padre empezó a agitarse. Estaba despertando. John tiró de ella con más fuerza.

—¡No! —volvió a gritar Annie—. ¡Madre!

Al final, John tuvo que cargarla para sacarla de allí.

Y lo último que vio fue la cara de una persona que acababa de aceptar su propia muerte.

***

Cuando Annie se fue, la señora Mirren observó el cuerpo de su esposo removerse y salió del despacho, no sin antes pasarle seguro.

Se encontró con el mayordomo, que parecía no saber qué hacer con lo que acababa de pasar.

—El señor quiere estar solo —informó con voz monótona—. Les ha dado el día libre a todos los criados.

—¿De verdad, señora?

—¿Quieres ir a preguntarle tú mismo?

Aunque por lo general Thomas tenía la costumbre de ser imperturbable, la idea de interrumpir al señor, cuando evidentemente acababa de pasar por un disgusto, no le agradaba.

—No, señora. Ahora mismo le informo a todos los criados que tienen el día libre.

En menos de una hora, toda la casa estaba vacía. Por suerte, Roger no había recuperado la fuerza lo suficientemente rápido para llamar a algún criado por la campanilla.

En su habitación, la señora Mirren tomó una de las velas que usaba para alumbrar en la noche y la encendió. Con calma, se dirigió

al dormitorio de su esposo, ese donde había tan malos recuerdos, y acercó la vela a la tela de la cortina. El fuego se inició casi de inmediato, y ella continuó llevando la vela y prendiendo todo lo que fuera fácil de encender. Cuando pasó por el despacho, escuchó a Roger maldecir y tocar la campanilla. Lo ignoró. El humo casi la había desmayado cuando llegó a la cocina, apagó la vela y se sentó en un pequeño banco que estaba cerca del mesón. Jamás en la vida se había sentido tan contenta.

***

Annie se pasó el resto del día encerrada en su habitación. No almorzó, y tampoco quiso cenar. Fue entonces cuando John, quien había querido darle su espacio en un principio, decidió que era momento de intervenir.

La encontró acostada en la cama, abrazada a la almohada y con la mirada perdida. Se sentó en la orilla y la llamó:

—Annie.

—Tú lo sabías —dijo ella en un murmullo.

No era una pregunta.

—Me enteré hace poco. No quise decírtelo porque… bueno, no es fácil de digerir.

Ella tardó tanto en responder que él creyó que no lo haría.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Cómo es posible?

—Algunas personas son… así. Nacieron corrompidas, corderita, y no se puede hacer nada por ella.

—Todos estos años creyendo que solo era estricto y… y…. —sollozó—. Oh, y mi madre. Por eso quería sacarme de allí. Mi madre,

John, ¿cómo estará ahora?

—La sacaremos de allí, corderita. Te lo prometo. Ya estoy arreglando todo. Solo necesito unos días. No te preocupes, él no le hará nada grave. Sería muy sospechoso.

—El señor Clark nos enseñó que hay formas de desaparecer a una esposa sin terminar en la horca.

—Pero tu padre no es tan imprudente. No pienses en eso. Te prometo que ella estará bien.

En ese momento, tocaron la puerta con apuro.

—Milord, milady —dijo Nelly desde el otro lado—. Un lacayo de los Mirren ha llegado con apuro. Dice que trae noticias.

Annie se levantó como si le hubiese vuelto el alma al cuerpo. John apenas pudo alcanzarla cuando estaba bajando las escaleras.

El joven lacayo era apenas un poco mayor que Nelly, y llamaba la atención por tener toda la cara llena de hollín.

—Milady —dijo el joven apenas la vio—. Ha… hubo, hubo un incendió en casa de los señores. Quedó destruida.

Annie jadeó y John dio un respingo por la sorpresa.

—Mamá —musitó antes de echarse a llorar.

—Pero ¿cómo? —preguntó John.

El lacayo les relató que la señora Mirren les había dicho que el señor les dio el día libre, y que todos se habían marchado aprovechando ese gesto de generosidad. Sin embargo, tiempo después, él había vuelto a la casa porque necesitaba dinero, y observó como esta estaba envuelta en humo. Al abrir la puerta de la cocina, se encontró a la señora desmayada en el suelo.

—Logré sacarla de allí y pedí ayuda, pero cuando entramos a buscar al señor, las llamas se habían avivado y… y no pudimos

rescatarlo. Lo siento.

—¿Pero mi madre está viva? —preguntó Annie con desesperación.

El joven asintió, al parecer, extrañado por la falta de llanto ante la muerte de su padre.

—Uno de sus vecinos la acogió y llamó al doctor. Me han pedido que viniera a informarles.

—Tengo que ir a verla.

Mientras Annie caminaba hacia la puerta con premura, John le dio una palmada en el hombro al muchacho.

—Serás recompensado por esto —le aseguró—. Pero por el momento, no le cuentes esta historia a nadie.

Logró alcanzar a Annie en la salida, que esperaba ansiosa por el carruaje.

—Oh, John. Ella no puede morir —dijo entre lágrimas.

—No morirá —afirmó él.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque la muerte le ha dado una segunda oportunidad para estar en paz.

Capítulo 23

El doctor dijo que su madre estaba bien, y, aunque había inhalado mucho humo, no creía que hubiera problemas mayores.

Annie casi lloró de alegría en cuanto lo escuchó, pero la dicha solo duró esa noche, porque al día siguiente tenían a los agentes de Bow Street investigando el incendio.

Ella no había pensado demasiado en eso, pero una vez llegaron los policías, cayó en la cuenta de que su madre lo había hecho apropósito. Había matado a su padre, y quería morir ella también.

Por suerte para Annie, John era un muy buen mentiroso. Le narró a la policía que todo debió haber sido un accidente, pues el lacayo que había encontrado a su madre lo había hecho en la habitación, y que la señora Mirren estaba encima de la cama, lo que implicaría que se quedó dormida sin apagar alguna vela y eso provocó un incendio. El joven lacayo, por supuesto, reafirmó esa teoría, y a la policía no le quedó otra opción que aceptarla temporalmente.

Annie no estaba segura de cuánto tiempo tendrían, pero se conformaba con que no los importunaran más mientras su madre se recuperaba.

Fue un proceso lento, pero progresivo. Al principio, su madre no habló. Annie estaba acostumbrada a su silencio, así que hizo lo que siempre hacía, hablar ella.

—Soy muy feliz aquí, madre, y verás que tú también lo serás —comentó mientras le trenzaba el cabello, tal y como su madre hacía siempre—. Ahora eres libre. Somos libres y estamos a salvo.

La mención de la frase palabra pareció hacerla reaccionar, porque la miró fijamente, cosa que no había hecho desde que despertó. Sin embargo, no respondió.

—Gracias por siempre protegerme, madre.

Siguió sin hablar, pero sus músculos parecían menos tensos, aliviados. Quizás nunca se enteraría de como su madre descubrió esa faceta horrible de su padre, pero siempre le estaría agradecida por intentar protegerla a su manera. Le hacía saber a Annie que la amaba más de lo que admitía, tanto como Annie la amaba a ella.

Tenía fe de que, con el tiempo, volviera a ser un poco de la madre que conoció cuando era niña, una que su padre casi destruía.

El asunto con la policía logró resolverse con dinero y mentiras. Algunos agentes fueron varias veces a su casa para entrevistar a su madre, pero esta no emitió palabra, lo que sirvió para respaldar la teoría de que se encontraba en un estado de conmoción por la muerte de su esposo, y que todo había sido solo un accidente que la había afectado bastante.

Al final, el caso se cerró por falta de pruebas. La casa había quedado lo suficientemente destruida para determinar dónde inició el incendio, y el cuerpo de su padre fue hallado tan quemado que ni siquiera se podía distinguir el golpe en la cabeza que le había imposibilitado a huir.

Le hubiera gustado decir que se sentía mal por la muerte de su progenitor, pero lo cierto era que la había tratado tan mal toda su vida que no había ningún recuerdo que le permitiese rescatar algo de afecto hacia él. A pesar de eso, se le hizo el entierro que correspondía oficialmente.

Pero ni siquiera con cumplir el protocolo los libró de las murmuraciones.

A donde quiera que Annie salía, siempre se encontraba con alguna mirada indiscreta o un comentario cortante. Algunos decían que su madre se había vuelto loca, otros debatían si no sería hereditario, y solo algunos se limitaban a observar su manera de actuar en silencio.

Annie aprendió a lidiar con eso lo mejor que pudo. Todos lamentaban la muerte de un caballero tan intachable como su padre, y ella no pensaba desatar más las lenguas rebelando sus turbulentos gustos, porque sí, días después del accidente, Annie se había enterado por Charlotte que a su padre le gustaba frecuentar lugares cuestionables.

Había preferido no saber los detalles.

—Temías que casarme contigo me aislara socialmente, pero temo que estoy siendo yo la que te está causando problemas —le comentó una noche, recostada en su pecho—. La gente no deja de hablar de nosotros.

—Pronto lo harán —comentó él con tranquilidad, acariciándole la cabeza—. Siempre surgen nuevos temas para especular. Unos días más y mi tío será el protagonista de las murmuraciones.

John había hecho ese día público el diario de la difunta, y ya habían empezado los comentarios al respecto. Como había supuesto, Las pruebas no eran lo suficientemente sólidas para mandar al señor Clark a la horca, pero sí para que se abriera un caso contra él que se estaría investigando durante los próximos meses. Si llegaría a algo o no, era incierto, pero no había duda de que sería la comidilla de la sociedad durante varios meses. John incluso había escuchado

rumores de que el señor Clark estaba preparándose para un largo viaje al campo.

—Lo lamento, John —murmuró—. Mi familia resultó ser todo un problema.

—Existe la posibilidad de que mi madre haya engañado a mi padre y mi tío sea un asesino. No tengo la moral para juzgar una familia conflictiva. No te atormentes, corderita. Todo estará bien.

En momentos como esos, Annie pensaba que él también la amaba. Nunca se lo había dicho, pero todo su apoyo, su compresión, su trato hacia ella, ¿podía ser otra cosa además de amor?

La respuesta a esa pregunta la consumía. No había querido hacérsela por temor a saber la respuesta, pero en momentos como esos, sentía que no podría vivir con la incertidumbre toda su vida. Si él no la amaba, le dolería, pero al menos sabía que le tenía aprecio, y eso en un futuro podría volverse amor.

Respiró hondo y se preparó para hacer la pregunta más difícil de su vida.

—John, ¿tú me amas?

El parpadeó, sorprendido, y ella se tensó mientras esperaba la respuesta.

—¿Qué clase de pregunta es esa, corderita?

Annie sintió un nudo en la garganta. Era una respuesta evasiva, y eso solo podía significar una cosa.

—Bueno yo… es decir, yo pensé… Oh, no importa.

Se había sonrojado por la vergüenza. Quería una respuesta y la había obtenido. Tendría que afrontar la incomodidad que eso conllevaba.

Bajó la mirada e intentó apartarse de su lado, pero John la rodeó por la cintura para atraerla hacia él.

—Creo que te he amado desde ese primer día que te acercaste a mí a pedir ayuda. Desde ese día, corderita, supe que le darías un vuelco a mi vida, pero no había llegado a imaginar de qué manera. Al principio pensé que serías mi perdición. Ahora pienso que eres lo mejor que me pasado en la vida. Te amo como nunca pensé amar a nadie, y agradezco al destino por haberte puesto en mi camino.

Annie sintió que los ojos le picaban debido a las lágrimas. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que quería llorar de felicidad.

—Oh, John —dijo, abrazándolo—. Soy yo la que agradece a la vida por tenerte. En el fondo había deseado tanto tener al alguien como tú a mi lado…

—Creo que ambos nos necesitábamos mutuamente para sacar lo mejor del otro, corderita, y eso es lo más bonito del amor.

Alzó la cabeza y John la besó. Fue un beso dulce, y tierno, que sellaba promesas silenciosas de un futuro lleno de felicidad.